

5-Evolución de las campañas Una batalla no hace una guerra

La situación de Europa no era entonces la más favorable a una pacificación inmediata; soplaban vientos de guerra y todos se encargaban de avivar el fuego. Lo que empezó como un conflicto interno, acabaría convirtiéndose en un conflicto europeo. Por mucho que quisiera eludirse pronto se vio bien claro que en el territorio hispano se ensayaban conflictos venideros.

Comenzó entonces lo que con acierto Rafael Cruz ha denominado una guerra provinciana, que más tarde, con el apoyo que recibieron los rebeldes por parte de Alemania e Italia se convertiría en una guerra cosmopolita, de dimensiones internacionales. Es precisamente la ayuda de Portugal, Italia y Alemania lo que todos los investigadores señalan como la razón de que la guerra continuara, o por decirlo de una manera más gráfica, el golpe de estado fracasado, que llevaba muy mal camino devino en guerra gracias a la intervención extranjera. De igual manera, como veremos más adelante, las políticas de no intervención de las potencias democráticas influyeron en el devenir de los acontecimientos y sobre todo desde el primer momento en el que decidieron su abstención de intervención determinaron que la causa republicana fracasara.

LA GUERRA DE COLUMNAS

En la zona republicana durante los primeros días de Julio la atención de las distintas organizaciones en buena parte de las ciudades se dirigió hacia el reclutamiento de hombres, la adquisición de armas y el abastecimiento de las fuerzas armadas. Esas actividades se convirtieron en fuente de poder político para quienes las llevaban a cabo con éxito. En los pueblos la obtención de armamento

era más difícil, había que recurrir al asalto a los cuarteles de la Guardia civil de la localidad, si existía, o a utilizar las armas de caza o a los útiles de labranza convenientemente arreglados, como en Quero, donde se confeccionaban unos cuchillos largos que se añadían a esos útiles de labranza, a la manera de bayonetas.

En julio de 1936 la pirámide de la población española se caracterizaba por una base muy amplia, que determinaba una dilatada masa de jóvenes en paro susceptible de engrosar las filas de los distintos batallones que las diferentes organizaciones sindicales y políticas llevaban a cabo. Era fácil convencerles, además de no tener mucho que hacer recibirían un salario más adelante, ahora combatir al enemigo y llevar a cabo la revolución eran tareas inminentes. La impulsividad de la juventud se ponía siempre de manifiesto y determinó en gran medida las represalias en la retaguardia. Pons Prades nos narra cómo un pequeño patrono del ramo de la madera fue asesinado y cuando los responsables del sindicato tuvieron frente a ellos a los asesinos comprobaron que la edad que tenían apenas llegaban a la veintena y que el argumento esgrimido para dar muerte era tan liviano como que ningún patrono podía ser bueno, que su mirada le delataba. La sanción impuesta por el sindicato fue que se marcharan hacia el frente, como así se hizo. También Perea nos habla de una visita a Barcelona en la que jóvenes convertían en el terror su forma de vida y aconsejaba trasladarlos al frente; de hecho, en el momento en el que se militarizó a los milicianos, cesaron muchas de las actividades de los incontrolados. Unos meses después, en el bando republicano se dio un fenómeno al que se refiere Orwell, y es la presencia de niños de once y doce años, cuyos padres les habían enrolado en el ejército para procurarse un salario. Muchos de esos pequeños soldados convertían su presencia en un riesgo, pues acostumbraban a tirar granadas de mano al fuego en el que todos se calentaban para hacer una gamberrada, cuyo alcance no entendían.

El verano de 1936 fue uno de los más calurosos y numerosos milicianos salieron de sus casas prácticamente con lo puesto, en realidad, lo que tenían, una camisa, los pantalones, el mono de trabajo, algún afortunado una chaqueta, unas

alpargatas , más raramente unos zapatos y pocas veces unas botas. Pronto echarían de menos una manta y ropa de abrigo para las noches. Tres meses más tarde el frío y la suciedad se convertirían en el epitome de la guerra .En ese sentido es muy ilustrativa la descripción que de su atuendo lleva a cabo Orwell, uno de los mejores equipados. Una superposición de camisetas interiores, camisas, jerseys, polainas, pantalones, chaquetas, chaquetones, capotes y manta y sin embargo nada de eso le permitía combatir el frío. Las fotografías nos muestran la variedad de atuendos. Caminan hacia el frente con el torso desnudo, con pantalón corto, con correajes y asomando la camiseta interior, con guerrera, con gorro de tela, con casco, sin casco, en cualquier caso un ejército informalmente ataviado.

Antonio Cerdón fue el encargado desde el Ministerio de la Guerra de proporcionar medios de transporte a los grupos que se formaran y de procurarles un mínimo de aprovisionamiento. Su testimonio denota las graves carencias desde el primer momento en las columnas que ya entonces luchaban en los frentes de Madrid. Otros testimonios orales nos hablan de la contribución de los ciudadanos a la causa republicana, entregando alianzas de oro y objetos de valor en algunas agrupaciones socialistas, como en el caso de Vallecas.

Pons Prades relata también en primera persona los problemas que originaban en la visibilidad de quienes conducían los camiones o automóviles requisados la costumbre de los cenetistas de colocar los logotipos de su organización en el parabrisas de los mismos. Era importante identificar los efectos con los que cada organización contaba. De la cantidad de los efectos dependía la consideración de la importancia de la organización. Todavía hoy en los pequeños pueblos del Pirineo oscense recuerdan la llegada de los Aguiluchos, dirigidos por Juan García Oliver con sus camiones repletos de anagramas y protegidos por colchones para evitar las balas.

Continuamente se demandaban monos, cartucheras, fusiles, pistolas, ametralladoras, municiones, y como dice Cerdón “*no teníamos de dónde sacarlo*” (A.Cerdón Memorias de un artillero, pág.500), por lo que a todos los telegramas que

llegaban en ese sentido se les contestaba con una fórmula parecida, en la que se les felicitaba por sus éxitos y se les enviaba moral, que no era poca cosa.

Esta escasez de medios era común a toda la zona republicana. Cuando Orwell llega a Cataluña unos meses más tarde, persigue literalmente al capitán de su compañía para que le enseñe a manejar una ametralladora y la respuesta de éste es siempre la misma, mañana. De manera que llega a la conclusión de que no existen municiones.

Cordón corrobora la falta de municiones y explosivos para cargar los proyectiles de artillería y menciona cómo se derrochaban en aquellos primeros combates con los rebeldes (pag.420). Era hasta cierto punto lógico que se derrocharan; la impericia y la impaciencia por entrar en combate facilitaban esta práctica. Orwell de nuevo nos ilustra acerca de la imposibilidad técnica de alcanzar al enemigo una vez que se traslada al frente de Aragón, habida cuenta de la distancia que mediaba entre ellos y de la antigüedad y mala calidad de las armas de manera que además de haber pocas municiones se desperdiciaban.

Las fábricas de pólvora de Sevilla y Granada habían quedado en manos de los sublevados. Casi todos los especialistas de estas ramas industriales se habían pasado a las filas rebeldes, y también en Murcia se había interrumpido la producción de la fábrica de pólvora y de explosivos. Toledo estaba en manos de los republicanos y allí se encontraba situada la única fábrica de cartuchos pero había varios inconvenientes, ni esa fábrica tenía suficiente capacidad para satisfacer todas las necesidades, ni recibía la cartuchería necesaria para recargarlos.

Los rebeldes también tenían falta de municiones. Pronto Franco consiguió que el gobierno portugués le permitiera que sus camiones atravesaran el país para distribuir las municiones provenientes de Sevilla en el resto de la zona sublevada. De las ciudades leales al Gobierno partieron para los frentes decenas de columnas autónomas entre sí y con un grado de disciplina irregular. Todos los testigos denunciaban la debilidad de las milicias por su indisciplina, miedo al combate, su inexperiencia y las rivalidades políticas.

Aunque el Gobierno republicano tuvo la precaución de colocar al frente de las columnas a militares profesionales, en realidad pesaron distintas circunstancias que dificultaron el éxito republicano en aquellos primeros momentos.

En primer lugar, la tradición antimilitarista del movimiento obrero en general y del español en particular, que se unía a la desconfianza que suscitaban entre los milicianos los militares tras el golpe de Estado, si bien es cierto, como señalan algunos testigos, que aquellos militares profesionales, y ponen ejemplos como Miaja, Mangada o el mismo Perea, que permanecieron leales al gobierno, gozaron de una estima y consideración enorme entre el pueblo, que con el consiguiente apoyo de la prensa les elevó prácticamente a la categoría de héroes.

La segunda circunstancia está íntimamente relacionada con la oficialidad. De los 16.000 generales y oficiales que formaban el ejército español, 7.624 permanecieron en territorio republicano, el 49,64%, y el resto en territorio sublevado. De esos 7.624 oficiales, 1.500 fueron fusilados por desafectos y 1500 sufrieron condena o encarcelamiento, y se calcula que 1000 lograron refugiarse en embajadas y trasladarse al bando rebelde. Por tanto, se estima que tan sólo 3500 oficiales sirvieron en las filas del ejército popular.

Ambas circunstancias determinaron que la estrategia bélica republicana se viera abocada a la defensa más que a la ofensiva en estos primeros momentos determinantes, y que en el seno de las columnas milicianas republicanas se practicara una supuesta guerra de guerrillas, que continuamente se discutía en el seno de los batallones.

La disciplina era interpretada como sumisión y residuo del feudalismo o como la permanencia de una casta, y el tener que discutir y explicar las órdenes a quienes no las aceptaban, dificultaba muchas acciones.

Pronto partieron los batallones hacia los frentes, pero el número de sus miembros era muy variable. Podían recibir visitas de familiares y correligionarios o regresar de improviso a sus domicilios. En ese sentido hay una presencia de esposas y compañeras, incluso de hijos pequeños de visita, como en el caso de Cipriano Mera que en el frente de Guadalajara, más tarde, ruega a su esposa que le envíe a sus hijos pequeños, y así lo hace, permaneciendo los niños en el frente todo un

día, como lo demuestran las fotografías que publicó Perea en su día. Compañeras y esposas como atestigua Orwell que ayudan a vestir a sus consortes o se encargaban de cocinar y de preparar la ropa , están presentes en el frente, e incluso algunas mujeres que participan en los combates, como avalan Perea y la pérdida de la mano de “Rosario dinamitera” .El 27 de julio Queipo clamaba al cielo por las ondas cuando supo que se habían formado según él “*batallones de mujeres para defender la causa marxista*” “*Malo, malo, malo!. Cuando se recurre a este procedimiento es que la situación anda muy apurada y que los hombres escasean*” (citado en Santos Juliá)

El poder del Gobierno de la República no llegaba más allá de la zona Centro y el ejército del Centro era en aquellos primeros momentos una serie de grupos, columnas, compañías y batallones de composición y números variables cada día .Pronto se comprobó que en el bando republicano los militares no eran los únicos responsables de las operaciones y donde lo eran, sufrieron el recelo de los milicianos, ante la sospecha de su incompetencia, curiosa sospecha por parte de quienes nunca habían recibido las más mínimas nociones de tácticas militares, y ante lo que podía tener más sentido ,por su falta de compromiso político.

Una vez más deberemos recurrir a Cerdán como testigo de primera mano en esos momentos, y él refiere que durante las primeras semanas la información que recibía el Ministerio de la Guerra provenía de los diputados y dirigentes políticos y sindicales que acudían a visitar a las unidades milicianas en los frentes. Estas informaciones se complementaban con las que el Ministerio de la Guerra procuraba obtener de las provincias por medio del teléfono y de los teletipos. Así, el conato de Estado Mayor se esforzaba en trasladar a los planos las informaciones que recibían y en trazar una línea del frente más o menos exacta y que se modificaba incluso a cada hora.

En la zona republicana el entusiasmo revolucionario acaparó muchas energías y en un primer momento, en algunas zonas, primó sobre la actitud de defensa. En alguna ocasión, como ocurrió en Barcelona, algunos militantes acudieron al frente en busca de sus camaradas, diciendo que era prioritaria la revolución y que se les necesitaba en el sindicato.(Pons Prades, pág 48)

Por el contrario, en la zona sublevada, los generales que se alzaban precisamente contra el desorden y la falta de autoridad, hicieron especial hincapié en la disciplina, entre otras cosas porque es la esencia misma del militarismo. Hay una anécdota que ilustra el énfasis que el bando rebelde ponía en la disciplina. En una ocasión Franco fue informado de la valentía de un grupo de milicianos falangistas que habían capturado unas fortificaciones republicanas. Su respuesta fue contundente, que la próxima vez que contravinieran sus órdenes fueran automáticamente fusilados *“aunque luego tenga que ir a ponerles encima del féretro la laureada de San Fernando”* (pág.209 de Preston. Franco). Así, aquellos generales establecieron unas políticas autoritarias, suprimieron los partidos del Frente Popular y sometieron los restantes a su autoridad, incluidas las unidades armadas de falangistas y requetés. Enviaron columnas improvisadas de soldados y voluntarios dirigidas por oficiales del ejército, que les imponían disciplina y obligaban a cumplir las órdenes superiores. Actuaban en ocasiones como columnas volantes, requisando camiones y camionetas y transportando esas fuerzas a distintas localidades; conquistaban pueblo a pueblo, y una vez dentro, eliminaban todo atisbo de resistencia y dejaban la tarea de limpieza a los civiles que estaban de su parte.

La situación de ambos bandos estaba a años luz de distancia. El Gobierno republicano no contaba con la obediencia de sus propios partidarios, mientras que los generales sublevados controlaban férreamente su territorio y pronto Mola organizó una Junta de Defensa Nacional que asumió el poder político.

Es cierto que dentro de esa Junta diversas personalidades poderosas podían anhelar y de hecho anhelaban conseguir el mando único o perpetuar su independencia, pero por las razones que analizamos anteriormente Franco fue cerrando el círculo del poder en aras del triunfo final, pues identificó unidad con victoria, y además porque empleó un recurso a la concentración del poder militar, básico en cualquier ejército. Estos términos eran prácticamente impensables al menos en el primer año de la guerra en la zona republicana, pues se pensaba en términos civiles no militares.

Algunos datos cifran en 120.000 hombres armados los efectivos rebeldes, entre soldados y fuerzas de orden público, aunque lo que les distinguía de sus oponentes no sólo era su disciplina sino también su organización y preparación para un conflicto.

En cuanto a los efectivos republicanos, con la excepción de las tropas del ejército y de las fuerzas de seguridad que permanecieron leales y que al menos en teoría contaban con una cierta preparación tanto teórica como práctica, la inmensa mayoría de ellos eran individuos, que como en la Edad Media habían estado practicando sus oficios y profesiones y habían empuñado las armas al sonido del cuerno de la guerra, pero con una salvedad, mientras que en el Medievo quienes acudían al combate eran conscientes de la duración de las campañas, en este caso, tanto unos como otros pensaban en un conflicto rápido, tras el cual volverían a sus quehaceres. Aquellos militantes más combativos que en tiempos de la República habían estado practicando las armas eran realmente diestros si se les comparaba con quienes jamás hasta el momento habían tenido acceso a un arma, y como nos cuenta Orwell, la escasa formación militar que habían recibido había consistido en desfiles al aire libre para conseguir hacer de ellos al menos unas fuerzas organizadas. Pocas lecciones teóricas y mucha ignorancia acerca de cómo se disparaba un arma es más o menos el resumen que se nos da de la constitución de las milicias.

En cambio los rebeldes poseían los efectivos de África, acostumbrados a una guerra de desgaste y a un continuo ataque. Estas fuerzas de élite, entre las que se encontraban los legionarios y los moros, causaban terror entre los milicianos por sus actos despiadados, y es más, se acentuaba su actuación para incidir aún más en el horror que sólo su nombre creaba entre el enemigo. Por ello, no es de extrañar que milicianos que estaban dispuestos a batirse el cobre defendiendo sus ideales, cuando se encontraran en campo abierto, lejos de la protección de las barricadas y de las casas, sufrieran un proceso de pánico y acabaran huyendo en masa, para desesperación de sus jefes y de los militares profesionales.

El fracaso de la sublevación en Madrid, Barcelona, Valencia, Málaga y Bilbao, obligó a los rebeldes a desarrollar un plan de ataque para conquistar el resto de

España. En todos los golpes de Estado decimonónicos había sido primordial la conquista de la capital del Estado, y en esta ocasión Madrid se convirtió en objetivo prioritario. Distintas campañas conseguirían fácilmente según pensaban, la capital de la República. Varias columnas, desde el Norte dirigidas por Mola y desde el sur por Franco se dirigirían hacia allí.

En los primeros días del golpe en Madrid se habían constituido varios batallones, entre los que destacaba el Primero, constituido por socialistas y dirigido por el coronel Mangada, un militar retirado que reingresó en el cuerpo y se dispuso a evitar la llegada a Madrid de las fuerzas rebeldes. Su familia colaboraba en la tarea, al parecer su esposa se presentaba continuamente en el Ministerio de la Guerra en demanda de materiales para la tropa y su hijo se dedicaba a transmitir por teletipo las noticias favorables al batallón.

Los ugetistas formaron parte del segundo batallón y fueron dirigidos por el teniente coronel Julio Marina. Los anarquistas de la CNT el tercero por el teniente coronel Víctor Lacalle. Pero el que sería más famoso es el Quinto Batallón, dirigido por José Fernández Navarro, cuyos integrantes provenían de las MAOC de Cuatro Caminos, fundamentalmente comunistas; de él surgiría el célebre Quinto Regimiento.

Varios batallones se encaminaron bien pronto hacia las montañas situadas al Norte y Noroeste de Madrid, en Somosierra y Guadarrama para detener a las tropas de Mola. Allí, como atestiguaría la prensa, les recibirían los alcaldes y militantes de los pueblos cercanos que les serían de gran utilidad por el conocimiento del terreno. Asesorados por pastores y lugareños que servían de confidentes, contra todo pronóstico, aquellos milicianos desarrapados lograron contener a los militares de Mola. Perea se hallaba en un sector cercano, en la sierra de Guadarrama y nos explica *“con pocos fusiles, sin médicos, camillas ni practicantes, sin morteros ni armas automáticas, y sin enlaces con otras fuerzas del gobierno republicano, escal(aron) las más altas cimas del puerto de Navafría,”*. Se trataba de pequeñas unidades que *“tenían una movilidad extraordinaria, de guerrilla al estilo español, lo que le permitía presentarse rápidamente en todos los puntos”*. La secuencia era siempre la misma; algún paisano les alertaba de la

presencia de soldados enemigos, atacaban por sorpresa y regresaban al atardecer a su base.

En cualquier caso, los ejércitos de Mola no pudieron traspasar el paso de Somosierra al Norte y en el Alto del León al Noroeste, de manera que el frente de la sierra se mantuvo prácticamente invariable a lo largo de la guerra

Otro batallón, en el que predominaban los anarquistas, se dirigió hacia Alcalá de Henares y Guadalajara; tras unos combates en los que participaron Cipriano Mera y Teodoro Mora, en los que se liberó a los presos de la cárcel de Guadalajara, se dispusieron a ir en auxilio de los anarquistas zaragozanos, pero como explica Mera, por instrucciones de un militar, se trasladaron hacia Sigüenza, lugar en el que hubo un intento de asesinato del obispo ante Cipriano Mera, y éste reflexiona, tras impedirlo, que no han tomado las armas para asesinar sacerdotes ni permitir el saqueo del seminario y de algunas casas que se está llevando a cabo.

Otros milicianos voluntarios, entre los que también había anarquistas, se dirigieron a Toledo, para recuperar su control. Lo lograron con el concurso de las tropas regulares, pero los insurrectos, capitaneados por Moscardó, se encerraron en el Alcázar.

Los rebeldes comenzaron a tomar conciencia de que no iba a ser tan sencillo como habían pensado en un principio. La detención de las columnas de Mola en las sierras del norte de Madrid y el envío de otras columnas hacia San Sebastián se sumaron a una contrariedad mayor, el agotamiento de las reservas de municiones y de armas.

Las dificultades de Franco no eran menores. Su ejército debía atravesar el estrecho de Gibraltar, controlado por la escuadra republicana, cuyas tripulaciones se habían amotinado contra los oficiales rebeldes. Es en este contexto en el que tanto Mola como Franco solicitaron la ayuda de Hitler y Mussolini.

Finalmente ésta llegó y dio un gran vuelco a la situación. Veinte Junkers Ju-52 de transporte alemanes se añadieron a los 9 bombarderos que finalmente intervinieron por parte italiana y aquello permitió que se produjera el primer puente aéreo militar de la historia.

El 5 de agosto Franco decidió desoír los consejos de sus colaboradores e impulsó una nueva estrategia. Un pequeño convoy de transbordadores, protegidos por dos hidroaviones Dornier, los bombarderos Savoia 81 y 6 cazas Brequet conformaría lo que más tarde se conocería con el nombre de “*convoy de la Victoria*”. De una sola vez se transportaron desde África hasta la Península ocho mil soldados, con grandes cantidades de suministros y munición, sin que la flota republicana pudiera intervenir a causa de la protección aérea.

Entre Julio y Octubre de 1936, 868 vuelos transportaron a casi 14.000 hombres, 44 piezas de artillería y 500 toneladas de equipo.

Franco había llevado a cabo una innovación estratégica, que contribuiría a su prestigio, pero indudablemente había conseguido situar en la Península a las tropas del cuerpo de élite, cuya sola mención amedrentaba a los milicianos.

Desde el 2 de agosto Franco se encontraba en Sevilla, una ciudad pequeña para albergar dos ejércitos tan dilatados como el de Queipo y el suyo, y comenzó a dar instrucciones con el fin de enlazar los dos cuerpos del ejército sublevado y tomar la capital de España. Desde el sur el camino más recto era a través de Despeñaperros, pero suponía atravesar amplias zonas favorables a la República, que indudablemente ofrecerían resistencia; por ello estableció una ruta hacia el Noroeste, al corazón de Extremadura. El 2 de agosto una columna se dirigía hacia Mérida, con camiones proporcionados por Queipo, al mando del teniente coronel Asensio, que tuvo que enfrentarse a la resistencia feroz de los milicianos por los pueblos que pasaba. Dos columnas más seguían las instrucciones franquistas, mandadas por el comandante Castejón y Rolando de Tella. El avance de estas columnas era muy lento hasta que llegaron los refuerzos del convoy de la Victoria y se puso al frente de las mismas el coronel Yagüe. En poco más de una semana avanzaron doscientos kilómetros, desplegándose por las carreteras legionarios y regulares moros protegidos desde el aire por los aviones italianos y alemanes. Ya no era una guerra de pueblo sino moderna, cosmopolita, y ante el progreso de tropas profesionales fueron cayendo uno tras otro pueblos y ciudades.

El 10 de agosto las tropas de Yagüe entraban en Mérida y repetirían la ceremonia del horror representada en todas aquellas localidades que habían tomado, una

matanza de prisioneros, mujeres violadas o fusiladas, o ambos extremos. Poco después tomaron contacto con las fuerzas de Mola, cumpliendo uno de los objetivos prioritarios, con lo que las dos mitades de la España rebelde se unían. Quedaba el siguiente objetivo, la capital. Franco decidió entonces que Yagüe retrocediera para tomar Badajoz. Todos los historiadores señalan que la ciudad, en manos republicanas, no constituía ningún peligro, por lo que hubiera sido posible dejarla para más adelante, pero la estrategia africana de tierra quemada empleada por Franco le aconsejaba la consolidación de la zona ocupada. Casi dos mil personas murieron durante la ocupación de la ciudad. Jay Allen, impresionado por la matanza escribió una crónica que tuvo mucho eco en la prensa mundial. Así se supo cómo las calles habían quedado sembradas de cadáveres y que doscientos prisioneros, encerrados en la Plaza de toros habían sido abatidos tras el tableteo de las ametralladoras. Las palabras de Yagüe al periodista John Whitaker eran muy elocuentes: *“Claro que los fusilamos. ¿Qué esperaba? ¿Suponía que iba a llevar cuatro mil rojos conmigo mientras mi columna avanzaba contra reloj?(..) que iba a dejarlos sueltos a mi espalda?(..)”*(Preston, Franco 211.).

De nuevo las columnas rebeldes avanzaron siguiendo el valle del Tajo en dirección a Toledo y Madrid. El 3 de Septiembre una nueva carnicería celebrara la toma de Talavera de la Reina.

Mientras tanto, Mola, que había recibido municiones a través del corredor interno portugués, desencadenaba una ofensiva contra Guipúzcoa, asistido por la aviación italiana y la flota rebelde. Cuando cayeron primero Irún y más tarde, el 12 de Septiembre San Sebastián, las provincias republicanas de Vizcaya, Santander y Asturias quedaron aisladas.

Fortalecidas por los éxitos, las tropas rebeldes caminaban hacia Madrid, y Franco tuvo que decidir si iba hacia la capital o auxiliaba a Toledo. Como en tantas ocasiones, no tuvo en cuenta los reparos de sus asesores y se dirigió hacia Toledo. Esta decisión ha sido tenida siempre como un error táctico, pero le aportaría unos réditos políticos. Habían aprendido mucho acerca del poder de las imágenes y prohibieron la entrada de periodistas, pero los que contemplaron la

toma de la ciudad no olvidarán nunca los regueros de sangre que corrían por las calles y el sonido de las armas que asesinaron en los mismos lechos a los heridos del Hospital de Tavera.

LA BATALLA DE MADRID

La batalla de Madrid

Hasta noviembre de 1936, la guerra había constituido un combate desigual entre un ejército adiestrado, con efectivos de élite, como el de África, en el que primaban la autoridad y la disciplina, y por otra parte, unos milicianos en armas que no poseían los elementos básicos de los combatientes.

Madrid significó un punto de inflexión, un vuelco en el desarrollo de la contienda, y todos los historiadores coinciden en señalar que fue la cuna de un verdadero ejército de la República.

Desde septiembre, tras la llegada de Largo al poder, se había puesto énfasis en el establecimiento del mando único y en la militarización de las milicias, que se incorporaron a las nuevas brigadas mixtas, en las que se combinaban las distintas armas y cuerpos. También por esos días se creaba la figura del comisario político, nada nuevo por cuanto ya existía desde el principio de la guerra, con el nombre de “responsable” o “delegado político”. Lo nuevo sería la práctica hegemonía del Partido Comunista en este comisariado.

Pero no fueron las disposiciones oficiales las que crearon el nuevo ejército republicano, sino más bien la experiencia del combate en Madrid, y sobre todo sus éxitos, los que dieron un vuelco en la situación y procuraron una moral de victoria.

El 6 de Noviembre de 1936 el Gobierno decidió abandonar Madrid y designó al general Pozas jefe del ejército del Centro, con cuartel general en Tarancón, y encargó al general Miaja la constitución de una Junta de Defensa. En esa Junta destacaría el Jefe del Estado Mayor, Vicente Rojo, verdadero artífice de la defensa

de la ciudad y que pronto se revelaría como uno de los mejores estrategas de la República.

La descripción que de él hizo Mijail Koltsov es muy conocida: *“Rojo cuenta con la simpatía de la gente por su modestia, tras la que se ocultan grandes conocimientos concretos y una extraordinaria capacidad de trabajo .Lleva cuatro días ante el mapa de Madrid, sin levantarse. Una cola ininterrumpida de jefes y comisarios viene a consultar con él, y él, sin alzar la voz, tranquilo, con paciencia(..) explica, hace comprender, apunta en papeletas, a veces dibuja”*(pág.88 de Moradiellos).

Sin embargo de Miaja las impresiones no son tan buenas. Negrín por ejemplo escribió *“Es un chisgarabís, no sirve para nada, no sabe por dónde va el frente, no le caben en la cabeza cuatro soldados”*(pág.89 de Moradiellos). Claro que Azaña no era menos halagador: *“Miaja es vanilocuo y ligero, un hombre con el que no es posible mantener una conversación interesante.”**Locuaz, anecdótico, salta de una cosa a otra como un pájaro. Sonriente, satisfecho”*(pg.72 de Aróstegui, la Junta de Defensa.)Es probable que estos juicios sean extremadamente severos, lo cierto es que constituyeron un buen tándem, Miaja visitando continuamente el frente y dando ánimos a la población, Rojo en una labor más callada y eficiente, organizando la defensa. El mito de Miaja tenía algo de teatral e infantil. A él le encantaba la popularidad y se enorgullecía de que las mujeres le saludaran al pasar: *“Les saludo y me saludan-decía a Zugazagoitia.-Ellas quedan contentas y yo también. Soy para ellas lo que más me gusta ser: Miaja”*(pág..73 de la Junta de Defensa Aróstegui)

En la batalla de Madrid concurren una serie de factores favorables para la República, como fueron la llegada de la ayuda militar soviética, la intervención de las Brigadas Internacionales, el asesoramiento de los consejeros militares rusos, la labor de concienciación y de elevación de la moral en la retaguardia que llevó a cabo el Partido Comunista, pero es evidente que la defensa fue posible por las medidas militares adoptadas por los jefes republicanos.

En la Junta de Defensa de Madrid estuvieron representados todos los partidos políticos y organizaciones sindicales que participaron en las distintas Consejerías.

El Partido Socialista se encargaba del secretariado, el Partido Comunista de la Guerra, la JSU del orden público, la CNT de la Industria de Guerra, UGT de Abastecimientos, Izquierda Republicana de Comunicaciones y Transportes, Unión Republicana de Finanzas, las Juventudes Libertarias de Información y Enlaces, y el Partido Sindicalista de la evacuación civil. En suma, un verdadero gobierno de concentración que trató de llenar el vacío de poder y de defender la ciudad. Las fricciones con el Gobierno republicano no se hicieron esperar y el 29 de Noviembre fue reestructurada, siendo disuelta el 21 de abril de 1937.

Una de las características de esta Junta era la juventud de sus miembros, habida cuenta de que los principales dirigentes de las organizaciones se habían trasladado a Valencia, y como señala Rojo tal vez por esta circunstancia dotaron a la Junta de una actividad febril y de una moral elevada. La Junta era realmente una organización política y auxiliar y se marcaron sus límites exactos, impidiendo su intromisión en la esfera que correspondía a los militares, a quienes competía la dirección de la guerra.

El sigilo con el que el Gobierno se había marchado hacia Levante causó un notable desconcierto en la población, y aunque algún periódico lo celebraba con un *“Hurra, Madrid sin gobierno”*, es evidente que sobrevolaba la idea de que era inminente la caída de la capital. Entonces sucedió un fenómeno curioso, como señala Rojo *“con el Gobierno se desplazaba el pesimismo, el recelo, la discordia y el derrotismo”*.

Los madrileños tomaron conciencia de repente de su situación; hasta entonces los partes de guerra y la censura de los medios de comunicación les habían mantenido en la ignorancia de la proximidad del enemigo y de los continuos reveses que había sufrido el ejército republicano. La Junta facilitó constantes notas y comunicados a la prensa para informar de sus actividades y de los acuerdos tomados, editó un Boletín, imprimió centenares de impresos y de carteles, utilizó todos los medios de comunicación a su alcance, radio, fotografía, espectáculos, prensa, como base de una política de propaganda. Pero también fueron muy importantes los esfuerzos del Partido Comunista en este sentido.

Dos acciones en paralelo prepararon Madrid para la defensa .La militar, dirigida por Rojo, cuyo lema era resistir a toda costa, y la civil, fundamentalmente protagonizada por los comunistas, que se encargaría de la movilización popular y de la creación de una moral de combate.

En pocas horas una población despreocupada y ajena a la guerra se convertiría en una población entusiasta y combativa gracias a una propaganda dirigida políticamente, con numerosas argumentaciones que tocaban todos los resortes de la atención popular, utilizando todos los medios a su alcance, desde las visitas a las casas, a los barrios, las emisiones de radio, los artículos de prensa, los lanzamientos de octavillas, los carteles en los que se reiteraba el lema de ¡No pasarán!.Ciertamente la población temblaba ante lo que se les refería de que “*en Badajoz los fascistas mataron a dos mil personas. Si entran en Madrid matarán a media ciudad*”, pero en lugar de venirse abajo se produjo el efecto contrario, Los comités de barrio de las organizaciones obreras y los cuarteles de milicias registraban una febril actividad, y los agitadores circulaban por las calles enardeciendo los ánimos. La mesa de aquel café de la Gran Vía en la que se leía “*reservada para Mola* “ era una imagen de cómo recibían los madrileños las malas noticias.(Mola se había citado a tomar un café con un corresponsal extranjero confiando en que Madrid caería rápidamente).

Existió también una cierta coerción, no precisamente gubernamental, sino practicada por algunos grupos políticos y sindicales que hicieron suya la tarea de descubrir a la quintacolumna de la que había hablado Mola ; el miedo a ser acusado de tibio o quintacolumnista también surtió efecto. Dionisio Castillo, que regentaba una pollería en el mercado de la Plaza Vieja del Puente de Vallecas acudió aquella mañana al mercado de Legazpi y allí fue montado en un camión y trasladado a Usera; formaba parte de la “quinta del delantal”, sin saber disparar, sólo ducho en el arte de matar pollos, pasaba a tener un arma en sus manos. Esa noche también se decidió sacar a los presos franquistas de las cárceles, dos mil de ellos acabarían fusilados a las ocho de la mañana del día siguiente en Paracuellos.

Por otra parte existía una férrea voluntad de organización, unos instrumentos canalizadores del esfuerzo y la conciencia de que la lucha iba a ser distinta, ya no en el campo, sino en el medio urbano.

Madrid era un hervidero humano; en las calles y en las plazas vivían acampadas familias enteras de evacuados, que se habían trasladado con sus enseres y algunos con sus animales; los niños jugaban en las aceras y en las noches, al calor de las hogueras, escuchaban las historias de la guerra narradas por los milicianos que habían tenido que batirse en retirada. *“Por todas partes circulaban militantes vestidos con mono azul y abrigados con jerseys arengando a la gente e incitando a los vecinos a construir barricadas y a transformar sus casas en fortines .Grupos de muchachas, cogidas de la mano, de cinco en cinco, les secundaban, entonando canciones improvisadas, invitando a todos los hombres a marchar al frente. De vez en cuando pasaban en tromba camiones repletos de jóvenes combatientes que cantaban la Internacional o la Joven Guardia .Hombres a pie o en camiones descendían hacia los sectores más amenazados”*(Internet ,recuerdos de España 1936).La población quedó movilizada en poco tiempo y hombres, mujeres y niños colaboraron en la tarea de levantar barricadas y de cavar trincheras y fortificaciones.

La noche del seis al siete de noviembre resultó particularmente difícil para Rojo y su Estado Mayor. Sonaban los primeros cañonazos del enemigo, que anunciaban el inicio de la batalla y el frente de combate prácticamente no existía. Las columnas de milicianos que habían contenido a las tropas africanas por la carretera de Toledo y Extremadura estaban deshechas y grupos de combatientes retrocedían hacia la ciudad. En Madrid había restos de unidades militares, de Guardia de Asalto, Guardia Nacional republicana y Carabineros junto a milicianos. Rojo desconocía sus propios efectivos; habla de 15.000 o 20.000, eran tropas irregulares en su organización, arbitrariamente equipadas y armadas. Por si fuera poco se desconocía su ubicación y sus posibilidades, la red de enlace era defectuosa e inoperante, había escaso apoyo antiaéreo y los elementos blindados y anticarro eran insuficientes e incontrolables. Rojo describe su moral *“como variable, la disciplina defectuosa y con significación más política que militar”*.

No existían reservas de fuerzas a disposición del mando y se calculaba que las municiones que albergaba el parque de artillería servirían para tres horas de fuego, de fusilería para Máuser español, unas cien cajas del calibre siete, ametralladoras en recomposición y algunos otros efectivos.

Las órdenes de Rojo fueron claras y concisas: disciplina, resistencia y fortificación. En muy poco tiempo se reorganizaron las columnas del frente, se enviaron las unidades que se improvisaban en los cuarteles de las milicias a los puntos más débiles y se estableció un sistema de transmisiones que posibilitara la dirección de conjunto. Se consiguió articular una línea defensiva y se designó a los jefes militares. El coronel Bueno se encargaría del sector de Vallecas, el comandante Líster, de Villaverde, el coronel Pradas del Puente de la Princesa; el comandante Rovira de Carabanchel, el coronel Escobar de la carretera de Extremadura, los coroneles Mena y Clairac del sector del puente de Toledo; el coronel Alvarez Coque, el teniente coronel Francisco Galán y los comandantes Enciso y Romero del sector de la casa de Campo; el comandante Jose Maria Galán del sector de Húmera y Pozuelo y el comandante Barceló de Boadilla del Monte. También fueron designados jefes de la defensa artillera, de los trabajos de fortificación y de los servicios sanitarios el comandante Zamarro, el coronel Ardid y el doctor Planelles. .En definitiva, un arco que protegía a Madrid desde el sur hasta el Noroeste.

El asalto a Madrid comenzó el 7 de Noviembre y *“progresaba en línea recta sobre la ciudad, frontalmente y por las alas, pero sin revelar el eje principal del esfuerzo, y por tanto el elegido para la ruptura”*(Rojo, “Así fue la defensa, pág.66-72).

Por la mañana se combatía en todo el frente, desde Villaverde hasta Pozuelo y Boadilla, y los republicanos resistían bien a los soldados de Varela, cediendo poco terreno y llevando a cabo algún contraataque; en los alrededores de la Casa de Campo fueron arrollados, pero se defendieron en la zona de bosque, como hicieron las tropas situadas en los suburbios, que supieron utilizar el apoyo de los edificios. Muchos milicianos eran prácticamente unos niños, como los del Batallón Pérez Carballo, generalmente estudiantes de diecisiete años, de la F.U.E que habían recibido una escasa instrucción en un convento de la calle Fuencarral; no

habían realizado ninguna práctica con armamento y partieron hacia el frente sin fusiles. No habían sido los únicos, por la calle de Atocha habían bajado esa mañana desarmados una fila de hombres, del Sindicato de la Construcción. Tomarían las armas de quienes murieran en el combate.

El fracaso de las tropas de Varela en la primera jornada del ataque reforzó el entusiasmo de los madrileños. En los corrillos improvisados se hablaba del éxito de los milicianos anarquistas cerca de los mataderos municipales, primero habían huido en desbandada, pero después se habían rehecho y contraatacado, empujando a los marroquíes hasta Carabanchel bajo. Algunas mujeres habían colaborado en la elevación de la moral, tachando de cobardes a los que retrocedían. Los corrillos se deshacían continuamente cuando sonaban las sirenas que anunciaban la llegada de los aviones alemanes e italianos y la gente aplaudía cuando veía aparecer en el cielo los “chatos”, es decir los I-15 rusos. Las granadas caían sobre las calles próximas a la línea del frente y la gente corría a esconderse en los sótanos y en las estaciones del metro. No había material quirúrgico ni medicinas y se improvisaban hospitales de sangre, pero el ánimo estaba exultante. Rojo escribiría *“la verdadera raíz del éxito se halla en la mutación que se ha producido en el orden moral en las primeras veinticuatro horas, tanto en la masa de combatientes como en sus inmediatos colaboradores de retaguardia.”*

La noche del día siete los republicanos tuvieron un golpe de suerte. Entre las ropas de un tanquista rebelde caído en combate encontraron el plan de ataque de Varela. No era un plan rupturista, sino continuista del tipo de guerra colonial que el ejército de Franco había llevado a cabo hasta entonces. Cada una de las cinco columnas rebeldes penetraría en la ciudad a través de sus puentes.

El ataque masivo se produciría en la casa de Campo y en el Parque del Oeste y mientras, otro secundario, distraería al mando republicano desde el Sur. Así, la atención republicana se centraría en los puentes de Segovia, Toledo y la Princesa, al tiempo que las fuerzas del ataque principal entrarían frontalmente en Madrid por la carretera de la Coruña y la Ciudad Universitaria, el puente de los Franceses y el del ferrocarril.

Rojo y su Estado Mayor analizaron la orden de operaciones de Varela. De ella se desprendería un error frecuente en algunas contiendas, el absoluto desprecio que el ejército rebelde sentía por el enemigo, lo que le llevaba a ignorar su capacidad de reacción y la situación de algunas posiciones. Rojo explica que “contener un ataque frontal era un empeño ilusorio, era mejor actuar sobre el atacante con una acción inesperada, en un punto muy sensible,” señalado precisamente por Mola, la columna número 4. Así, decidió enviar la Brigada 3, dirigida por Angel Galán, la mejor organizada y equipada que desde Húmera, en una maniobra envolvente amenazaría el flanco y la retaguardia de las fuerzas enemigas que se aventuraran en la casa de Campo.

Las órdenes de Rojo fueron taxativas: *“Las columnas del Centro y de la Casa de Campo deberán mantener a toda costa los frentes que ahora ocupan. Las del flanco derecho (Galán y Barceló) y del flanco izquierdo (Bueno y Líster) atacarán sobre el flanco y la retaguardia del enemigo. Las columnas de reserva, en el extremo del paseo de Rosales y en el Puente de Toledo, repondrán bajas y apoyarán el frente donde se les ordene”*.

El batallón de ferroviarios pasó toda la noche en la casa de Campo, escuchando el sonido del movimiento de las tropas enemigas, mascando el miedo y esperando el ataque. Al alba, los marroquíes inician un asalto directo, es una lucha cuerpo a cuerpo, en la que no faltan las bayonetas caladas. Al mismo tiempo la artillería rebelde comienza a golpear las posiciones republicanas en la orilla izquierda del río Manzanares, en un arco que va desde Puerta de Hierro al Puente de la Princesa, es la señal de que ha comenzado la operación.

Tal y como estaba previsto en el plan de Varela, las columnas avanzaron por la casa de Campo, sin esperar el contraataque republicano. Cuando éste se produjo, el jefe de la columna 4, el comandante Castejón resultaría herido en una cadera y son célebres sus palabras al periodista Whitaker: *“Nosotros organizamos esta rebelión y ahora somos nosotros los vencidos”* (pag.177 de Escolá). Todas las columnas rebeldes sufrieron un impacto en su maniobra, bien como consecuencia del contraataque republicano, que les impedía la llegada de refuerzos, bien por el ataque directo, como en el caso de Carabanchel Bajo, lugar en el que

consiguieron apoderarse de algunas casas pero a costa de muchas bajas .Al final de la jornada, ninguna de las cinco columnas que Varela había dispuesto para el asalto a Madrid había conseguido sus objetivos de alcanzar el río Manzanares. Ese día los madrileños recibieron una inyección de moral, llegaban las primeras unidades de las Brigadas Internacionales .Había pocos espectadores en la estación de Atocha para recibirles *“una anciana con lágrimas que le corrían por las mejillas, de vuelta de una larga espera en una cola, levantaba en sus brazos a una niña que saludaba alzando su puño diminuto”*(pag.127 de Preston pequeño)Rápidamente desfilaron con paso marcial por la plaza de Antón Martín , uniformados y bien pertrechados, cantando la Internacional. La gente gritaba *“¡Que vienen los rusos, que vienen los rusos”*.

La XI Brigada Internacional , mandada por el general Kleber, contaba con 1900 hombres y estaba compuesta por los batallones franceses Edgard André y Commune de Paris, y el eslavo Dombrowski Días más tarde llegaría la XII Brigada ,constituida por 1550 hombres al mando del general Lukács y en ella se integraban el batallón André Marty francobelga, el Thaelman alemán y el Garibaldi italiano. Esas brigadas habían sido organizadas en Albacete y en contra de lo que se piensa muy pocos de esos voluntarios habían participado en la primera guerra mundial y bastantes carecían de experiencia bélica, pero desde el primer momento se tejió en torno a ellos toda una campaña de propaganda que tendería a mitificar sus hazañas. En cualquier caso, fueron destinadas a las primeras líneas del frente, a la Ciudad Universitaria y a la Casa de Campo, donde sostendrían las batallas más encarnizadas.

Al mismo tiempo llegaron los refuerzos republicanos de la 4ª Brigada Mixta, al mando del comandante Arellano, que del mismo modo fueron encaminados hacia la Casa de Campo, que se convirtió en un verdadero campo de batalla, sin frente definido. También allí coincidieron los nuevos refuerzos que provenían del frente de Sigüenza, parte de la columna anarquista del Rosal al mando de Mera .En el eje Entrevías-Vallecas Villaverde la Brigada de Líster presionaba al enemigo. Al final del día Rojo concluye que Madrid ha resistido un día más.

Continúan unos días terribles en los que las tropas de Varela se quedan atascadas en un combate encarnizado en la Casa de Campo y ante las trincheras y parapetos del frente de Carabanchel Alto, pero a pesar de todo, el mando rebelde prosigue con su plan inicial, de penetración en la ciudad por la línea del Puente de los Franceses, Ciudad Universitaria y Princesa. El nueve de noviembre desde por la mañana, la artillería franquista bombardea las posiciones republicanas, desde el cuartel de la Montaña hasta el Puente de Segovia y se suceden los combates, ataques y contraataques en la Casa de Campo, fracasando un intento de tomar el puente de los Franceses. El barrio de Argüelles se desaloja, sus casas son destruidas por los impactos de los artilleros, y se ha quedado en primera línea del frente. En el frente de Usera Carabanchel se combate calle a calle, y casa a casa. La XI Brigada Internacional entabla combate entre el Puente de los Franceses, rechazan una infiltración de los soldados marroquíes y resisten el combate a bayoneta calada. Sufren muchas bajas, entre ellas la del capitán Blanche, mando de la comuna de París.

La estrategia de la guerra se ha modificado, ahora hay una lucha de desgaste, de trincheras y de alambradas, parecida a la de la Gran Guerra, lo que marcará la diferencia es quién aguantará más tiempo y podrá reemplazar las bajas.

El día 13 de Noviembre Varela inicia una contraofensiva, ganando terreno en la línea de Usera y Carabanchel, al grito de "*Los moros, los moros*", se inicia una desbandada republicana. En la Casa de Campo rompen las líneas defensivas y consiguen llegar al Puente Nuevo-Puente de los Franceses, pero no atravesarlo. Tienen más éxito al Norte del Puente de los Franceses, cuando llegan al río Manzanares y ocupan un frente de quinientos metros en la orilla izquierda del río. La XII Brigada Internacional tiene su bautismo de fuego y muchas bajas. Ese día se produjo una batalla aérea que elevó la moral de los madrileños; los I-16 rusos mostraron su superioridad sobre los alemanes Heinkel He-51 y los italianos Fiat CR-32. Los catalanes acudieron a socorrer Madrid con dos columnas, una de las cuales estaba mandada por Durruti. Pronto comenzaron las disensiones entre el líder anarquista y el mando de Madrid, sobre todo porque se deseaba que entrara

cuanto antes en el combate y él era partidario de reorganizar y dejar descansar a sus hombres.

Los días 15,16 y 17 de Noviembre hubo combates muy sangrientos en la Ciudad Universitaria. Fracasó un contraataque planeado por Rojo para tomar el cerro de Garabitas en la casa de Campo y las tropas rebeldes consiguieron atravesar el Manzanares y adentrarse en la Ciudad Universitaria, a través del sector encomendado a los anarquistas, que retrocedieron. Madrid es sistemáticamente bombardeado por oleadas de Junkers alemanes y Savoia italianos, mientras que la artillería dispara desde el cerro de Garabitas. La aviación republicana también realiza un intenso ataque contra los marroquíes atrincherados en la ciudad Universitaria .La lucha en el Hospital Clínico es planta a planta , habitación por habitación. Miaja y Rojo acuden al frente, desean observar la situación desde la Cárcel Modelo, a pocos metros del Clínico .Ahí se produce el conocido episodio de Miaja pistola en mano arengando a la tropa que huye desde el parque del Oeste. Aparecen tres camiones con refuerzos y los defensores vuelven a sus puestos. El día 19 Durruti muere en extrañas circunstancias cuando había regresado para atacar el hospital. Un nuevo ataque rebelde dirigido por Barrón fue contenido por los republicanos .Y el día 23 de Noviembre Franco se reunió en Leganés con los mandos superiores, reconociendo implícitamente su fracaso en la toma de Madrid. En los meses siguientes se producirían unos ataques de menor calado en la carretera de la Coruña y hasta febrero no se emprenderían grandes batallas como la del Jarama y la de Guadalajara.

Mientras, la ciudad sufrió un sistemático bombardeo. Un niño de entonces nos relata” *los bombardeos de la artillería y de la aviación eran cada vez más frecuentes, algunas veces enlazaban unos con otros y cada vez era mayor el número de víctimas civiles. Los más espeluznantes son los nocturnos. El sobresalto que supone despertarse a media noche a medio vestir, bajar apresuradamente la escalera dándonos encontronazos con los demás vecinos .A veces contamos con la claridad que entra por las ventanas de las bengalas que lanzan los enemigos para iluminar el campo a bombardear, de las explosiones de las bombas, de los incendios, de los reflectores que escudriñan el cielo, tratando*

de localizar a los Junkers alemanes, unidos al constante sonar de las sirenas de alarma, los estampidos, el tableteo de algunas ametralladores convencionales que han sido adaptadas e instaladas en algunas azoteas como única defensa antiaérea, hacen que cuando llegemos a la vivienda de la portería, en la planta baja, refugio que no es tal, donde está toda la vecindad de pie y sin sitio para moverse en silencio”(internet Madrid 1936). Pero a todo se acostumbran, y llega un momento en el que los madrileños dejan de dormir en el Metro, sobre todo porque a la incomodidad de hacerlo en aquel lugar se suma la plaga de piojos que allí existe ,dejan de bajar a los refugios y optan por seguir en sus camas.

Franco pretendía desmoralizar a la población con bombardeos aéreos. Las víctimas de la incursión del día 16 fueron más de cinco mil víctimas.”*Desde hace veinticuatro horas caminamos sobre la sangre y respiramos entre pavesas”,* escribía Luis Delaprée , corresponsal de Paris Soir el día 17 de Noviembre y continuaba el día 19 “*Yo solo soy un narrador del horror, un testigo pasivo. Sin embargo, quiero hacer esta observación: el sentimiento más fuerte que he experimentado hasta el día de hoy no es el miedo, ni la ira, ni la compasión, ES LA VERGÜENZA. Estoy avergonzado de ser un hombre cuando el género humano se muestra capaz de masacrar de tal forma a los inocentes .Oh vieja Europa, siempre ocupada en tus mezquinos juegos y grandes intrigas. Dios quiera que no te ahogues con tanta sangre”*

A pesar de todo, Madrid sigue viviendo, y sus habitantes emplean mucho tiempo en buscar los elementos más imprescindibles. Comienza una rutina que se repetirá mucho tiempo, las colas. Las mujeres y los niños son los encargados de guardar cola para comprar los escasos alimentos. A veces, después de estar toda la noche esperando, ha sido una falsa alarma; se presenta el dependiente y dice que no tiene nada que vender, otras veces no se sabe lo que se va a vender pero se guarda cola y se compra, porque de lo que se trata es de almacenar víveres. Los niños tienen encomendadas sus tareas, “*En la calle Sombrerete, esquina a la calle Lavapiés, hay una taberna que todavía vende vino(..)Para entrar en el establecimiento, hemos tenido que salvar unos parapetos de sacos terreros, en los que hay instalada una ametralladora, enfilada hacia la calle Valencia, ante la*

posibilidad de que por allí pudiera aparecer el enemigo; sus servidores, a los que tenemos que tener cuidado de no pisar, dos hombres y una mujer, están en actitud expectante, sus uniformes, las ropas de diario de cualquier trabajador, las de ama de casa también de diario”(Internet).

El invierno de 1936 era muy riguroso y en la ciudad acosada cada vez resultaba más difícil encontrar combustible para cocinar y calentarse. Escaseaba la leña y había que procurarse carbonilla. En los alrededores de las vías del ferrocarril se veían ancianas y niños con cubos y palas recogiendo. Maruchi Castillo procuraba a sus siete años no transitar por el cerro de la Plata; en agosto, buscando carbonilla, se había topado con los cadáveres del obispo de Jaén y sus compañeros .Otro niño de entonces relata *“Bajamos a la Glorieta de Embajadores y entramos en el Paseo de las Acacias, que en toda su longitud y anchura, está fortificado por sucesivas líneas paralelas de parapetos contrapeados, contruidos con los adoquines arrancados de su pavimento. Esta disposición hace que caminemos zigzagueando, salimos a la Glorieta de las Pirámides, y cerca del río, en una explanada elevada, está la carbonilla que buscamos. Ahora estamos al descubierto(..)de manera rara y excepcionalmente anormal, el frente está en absoluta calma(..)el enemigo nos tiene que ver. Si este combustible se mantiene en este lugar es debido al peligro que corren los que se arriesguen a llegar hasta él (Internet, Madrid,1936).*

Batalla del Jarama

Cuando acabó Noviembre era patente que Madrid no caería fácilmente gracias a la tenaz resistencia de los republicanos. Franco seguía considerando prioritaria su conquista, la capital constituía “*un objetivo de valor estratégico y táctico, político y social, económico y geográfico*”. En Febrero y en Marzo de 1937 intentaría acometer de nuevo esa empresa, pero como el ataque frontal había fracasado, optó por una estrategia de envolvimiento. Así, las batallas del Jarama y de Guadalajara serían fases subsecuentes de aquella ofensiva inicial por la conquista de Madrid.

Los campos que circundan Rivas-Vacía Madrid, Morata de Tajuña, San Martín de la Vega y Ciempozuelos, y los que envuelven cerros como el Pingarrón y la Marañosá, valles como el del Manzanares, el Jarama y el Tajuña; y puentes como los de Pindoque, San Martín de la Vega y Arganda, todos ellos situados en el sureste madrileño, fueron escenario durante tres semanas de febrero de 1937 de feroces combates desencadenados por Franco para cercar Madrid por su zona meridional y aislarlo de Valencia. Es lo que se conoce como Batalla del Jarama, un episodio bélico en el que participarían más de 70.000 hombres en las distintas fases de la contienda. Por primera vez se libraba una gran batalla en campo abierto, en la que de manera combinada, junto a las tradicionales tropas de infantería, caballería, ingenieros, artilleros, zapadores y pontoneros, intervenían carros de combate, aviones y artillería pesada simultáneamente.

Ambos contendientes pusieron sobre el escenario ingentes cantidades de material extranjero. A finales de diciembre habían llegado algunos aviones alemanes, como los 30 bombarderos Heinkel 111 B bimotores de la Legión Cóndor, quince Dornier 17 F de reconocimiento y bombardeo y veinte Dornier 17 E de bombardeo. Casi al mismo tiempo llegaron aeronaves italianas, los Meridionali RO 37 bis y los bombarderos Savoia 79.

La aviación republicana también había experimentado una sensible mejora .Entre diciembre y enero llegaron 62 cazas I-16 rusos y en los primeros meses de 1937 gran número de cazas I-15 .

Para la operación del Jarama el mando rebelde había organizado cinco brigadas puestas a las órdenes de los coroneles Rada, Sáez de Buruaga, Barrón, Asensio y García Escámez. Contaban también con tres regimientos de caballería, veintiocho baterías, tres compañías de carros ligeros, Ingenieros y Servicios. Destacaba la alta proporción de unidades africanas;de los 48 batallones de infantería, 31 eran marroquíes, y la artillería se distribuía entre todas las brigadas .El total de las tropas de Orgaz no llegaba a los 20.000 hombres.

El Estado Mayor Central de Valencia, dirigido por el general Martínez Cabrera, tenía también previsto un ataque por el sur de Madrid para cortar la retaguardia de las fuerzas de Orgaz y estaba formando nuevas unidades con este propósito. El general Pozas , jefe del Ejército del Centro, debía dirigir las operaciones, pero el ataque no se llevó a cabo debido a las discrepancias con Miaja y Rojo ,quienes no estaban dispuestos a desprenderse de las fuerzas que guarnecían la capital y a dejarla desprotegida.

La ofensiva fue desencadenada por los rebeldes; el día 6 de Febrero cayó Ciempozuelos y se ocupó el cerro y la fábrica militar de la Marañoso. Los atacantes prosiguieron su avance en busca del vado del río y la República agrupó rápidamente reservas para acudir al Jarama .En la zona de la Marañoso convergían las fuerzas de defensa de Madrid y las que dependían del Ejército del Centro. El quinto sector del Frente de Madrid estaba mandado por el comandante de milicias Juan Modesto y obedecía a Miaja, mientras que la 9ª División del teniente coronel Burillo dependía del general Pozas.

Varios puentes franqueaban el paso del río Jarama, entre ellos el del Pindoque, un puente del ferrocarril de vía estrecha que llevaba los productos de la fábrica de la Poveda hasta la estación de Ciempozuelos. Ese puente estaba defendido por la XII Brigada Internacional, a las órdenes de Modesto.

La madrugada del 11 de Febrero de 1937 un destacamento de tiradores de Ifni y zapadores sorprendió a los internacionales que lo custodiaban. Sólo cuatro

consiguieron huir, ochenta y cuatro perdieron la vida. La caballería rebelde cruzó a continuación el puente mientras las baterías republicanas disparaban y ocupó posiciones, permitiendo pasar a la infantería y consolidar la zona. Más al sur, en San Martín de la Vega, la brigada de Asensio también consiguió cruzar el puente, y en poco tiempo los ejércitos franquistas se establecieron a veinticuatro kilómetros de la carretera de Madrid-Valencia, el cordón umbilical de la República. No había ninguna duda de la amenaza que se cernía sobre Madrid y la única alternativa republicana era la búsqueda de una posición defensiva que bloqueara el camino de los rebeldes y su defensa a toda costa. Martínez Cabrera, del Estado Mayor de Valencia, determinó el control de la zona meridional del río Jarama, por lo que se conquistaron una serie de lomas bajas que permitirían cortar el paso del ejército sublevado. Esas posiciones estratégicas serían sistemáticamente bombardeadas y ametralladas, al tiempo que los cazas rusos y alemanes entablaban una feroz batalla aérea.

Una vez se detuvo el avance franquista, los republicanos pasaron a la ofensiva. Concentraron toda la brigada de carros rusos en Arganda y la enviaron después al Jarama. Entró en combate la XV Brigada Internacional, mandada por el coronel Gal. Esa brigada estaba compuesta por voluntarios de veintitrés países y de ella formaba parte el batallón Abraham Lincoln, constituido por norteamericanos, otro inglés, otro francobelga y un cuarto balcánico.

La batalla del Jarama prosiguió con un lento desgaste de un bando contra el otro, y los ejércitos se enfrentaron con todos los medios. Hasta el día 15, dirigió las operaciones republicanas el general Pozas, porque el Jarama correspondía a su territorio; en esa fecha tomó el mando Miaja, y por consiguiente el general Rojo. Se organizó el III Cuerpo del Ejército, con el teniente coronel Burillo como jefe. Esa reorganización distribuyó las fuerzas en cuatro divisiones al mando de Walter, Gal, Líster y Güemes. Un total de doce brigadas, de las que cuatro eran internacionales, además de otras seis brigadas que combatían a las órdenes de Modesto. En total, los republicanos pusieron sobre el campo de batalla unos veinte mil hombres, prácticamente los mismos que el ejército rebelde.

El punto clave de la batalla era el cerro Pingarrón, que dominaba la única carretera de la zona, la que unía Morata de Tajuña con San Martín de la Vega, que servía para los suministros, refuerzos y evacuaciones. Los rebeldes consiguieron hacerse con el cerro, pero fueron desplazados por la 11 División de Lister, tras unos combates sangrientos. El día 16 los franquistas consiguieron el cerro de nuevo, que fue sistemáticamente bombardeado por los republicanos desde el día 20 e intentado inútilmente tomar.

En la batalla del Jarama hubo posiciones que cambiaron de manos hasta catorce veces y en la pugna por el control de apenas quince kilómetros de terreno entre los puentes de Pindoque y de Arganda, que separaban las primeras líneas de ambas vanguardias, se produjeron hasta cinco mil bajas entre ambos ejércitos contendientes. La dureza de los combates fue de tal magnitud que cuatrocientos voluntarios estadounidenses, británicos, polacos y franceses perdieron la vida en apenas unas horas en la Colina del Suicidio y el Cerro Pingarrón.

La contienda recordaba a la Gran Guerra. No sólo se combatía sino que se fortificaba y se jalonaba el terreno de bastiones, casamatas, trincheras, nidos de ametralladoras y otras construcciones bélicas con las que asegurar los contados palmos de terreno ganados a costa de un elevadísimo precio de sangre por republicanos y franquistas.

Rojo consideró más tarde que en el Jarama hubo un *“verdadero derroche de medios materiales”* y que la lucha se limitó a *“un bárbaro forcejeo hasta quedar agotadas las fuerzas de ambos bandos”*. No le faltaba razón, la batalla quedó en tablas y se calculan dieciocho mil víctimas. Si bien los franquistas consiguieron mantener el cerro Pingarrón y cruzar el Jarama, no consiguieron cortar la carretera de Madrid-Valencia. Los republicanos perdieron algún terreno, pero lograron frenar la ofensiva contra Madrid.

Batalla de Guadalajara

Mussolini discrepaba de la lentitud con que Franco llevaba a cabo la guerra, y decidió impulsarla por su cuenta. Desde Diciembre de 1936 envió grandes cantidades de material y cerca de 100.000 hombres, que se integraron en el Corpo de Truppe Volontarie, CTV, y presionó a Franco para que este cuerpo interviniera en Málaga.

El tres de Febrero de 1937 los italianos practicaron “la guerra celere”, y sus tanques, rápidos y ligeros, se beneficiaron de la ausencia de defensas republicanas. Tras intensos bombardeos italianos desde el aire y de los navíos franquistas desde el mar, en tan sólo cuatro días, la ciudad caía.

Alentados por la fácil victoria andaluza, planearon un ataque a Valencia, y como Franco se negó, el Estado Mayor italiano ofreció la alternativa de que el CTV participara en la batalla de Madrid. El 1 de Marzo, Franco admitía la propuesta de cerrar el círculo alrededor de Madrid con un ataque conjunto. Los italianos atacarían Guadalajara desde el Norte, romperían el frente y continuarían avanzando hacia Alcalá de Henares. Los franquistas les respaldarían trasladando hacia allí las tropas del Jarama. De esta forma, los republicanos quedarían atrapados entre las dos fuerzas y se podría cortar la carretera de Valencia y completar el cerco de Madrid. Esta acción, basada en la rapidez de desplazamiento de las unidades, se completaría con la de la artillería y la aviación. Los primeros días de Marzo de 1937 se concentraron en la provincia de Guadalajara 31.218 italianos, situando el mando táctico en Algorta y el cuartel general de Roatta, la máxima autoridad del CTV, en Arcos de Jalón, ubicadas ambas localidades en la carretera de Madrid a Barcelona.

Cantalupo, el embajador italiano, hablaba de estas fuerzas:” *Participaban algunos oficiales a título personal, voluntarios y legionarios de Etiopía, escuadristas y*

jerarcas, oficiales de la milicia y ex militares valerosos combatientes de otra guerra (...) y espíritus aventureros, demasiado rápida y superficialmente instruidos en el riesgo del combate” .Efectivamente, excepto la División Littorio, constituida por miembros del Ejército Regular, las tres divisiones restantes con nombres como Dio lo Vuole, Fiamme Nere y Penne Nere, estaban formadas por milicianos fascistas Algunos de ellos incluso se habían alistado para ir a África y allí estaban, en pleno invierno alcarreño, ateridos de frío con sus trajes coloniales.

Estos italianos serían flanqueados por dos brigadas españolas más pequeñas, compañías de legionarios, marroquíes y requetés bajo el mando del general Moscardó, la División Soria. La II Brigada o Brigada Marzo fue la designada para acompañar por la derecha el avance del CTV; estaba constituida por 8500 hombres, distribuidos en 13 batallones.

El equipamiento de estas tropas era magnífico, carros de combate, piezas de artillería pesada, aviones y camiones. Podía decirse que se trataba de la fuerza motorizada con más armamento pesado que había entrado en combate hasta entonces. Sin embargo, tenía algunos problemas, algunas deficiencias técnicas del equipo, que se pondrían pronto de manifiesto, y la insuficiente preparación de las tropas. Junto a esto, otro problema de gran calado, las susceptibilidades entre los mandos italianos y los franquistas.

El día 3 de Marzo de 1937 Miaja reorganizó el Ejército del Centro republicano. Estaba constituido por tres cuerpos y dos divisiones, la IX y la XII. Precisamente esta última división, al mando del coronel Lacalle, cubría el sector de Guadalajara. Contaba con cinco brigadas, un total de 10.700 hombres y quince piezas de artillería.

Poco antes de la batalla Vicente Rojo visitó el frente. Habla de un frente tranquilo, en el que los contendientes intercambiaban prensa y cigarrillos y en el que sus mandos no estaban especialmente preocupados. Otros visitantes aseguran que ese frente estaba defendido por milicianos mal preparados y posicionados. El asesor soviético Rodimtsev estuvo en Guadalajara un día antes de la batalla y escribe que las trincheras que vio no habían sido organizadas por especialistas y que *“daba la impresión de que los soldados se acababan de meter en ellas al*

vernos llegar”(Rodimtsev “Bajo la bandera de la España Republicana”)Las alambradas “*eran tan bajas que se podían saltar fácilmente, sin engancharse en ellas*” y el cuarto batallón, formado por reclutas y que se encontraba en Torija, carecía de armas.

Un movimiento de tropas enemigas entre Soria y Guadalajara era claramente perceptible, por lo que Miaja ordenó reforzar las tropas de Lacalle con algunas unidades y estableció en Alcalá de Henares contingentes que habían participado en la batalla del Jarama. La posición estratégica de la ciudad, en la carretera de Barcelona, permitía mandarlas de nuevo al Jarama o desplazarlas a otro punto, como ocurrió tras la rotura del frente por parte del CTV. Una compañía de carros, la de Pavlov, se establecía en Torija.

El ataque comenzó el ocho de Marzo, en pleno temporal de nieve y lluvia, con temperaturas que oscilaron entre menos tres y menos diez grados bajo cero durante el día. La niebla dejaba apenas entrever unos campos encenagados y convertidos en un lodazal impracticable, como comprobarían pronto los expedicionarios italianos .El alto mando español había propuesto el día anterior posponerlo, pero los italianos siguieron adelante con su plan.

Como estaba previsto, la división “Fiamme Nere” ,al mando del general Coppi ,avanzó desde Torremocha del Campo hacia Madrid, por la carretera general, rompiendo fácilmente las líneas republicanas. La falta de visibilidad impidió que la artillería apoyara el avance y el mal tiempo imposibilitó que los aviones italianos despegaran de sus pistas de tierra encharcadas, de manera que la guerra relámpago iba a verse dificultada. Pronto se demostró que los tanques rusos T-26 y T 5B eran más útiles para avanzar en aquellas condiciones y se fueron quedando en el camino muchos carros italianos ligeros. A primeras horas de la tarde aparecieron algunos aviones de observación republicanos, seguidos de cuatro escuadrillas de caza y dos de bombardeo, procedentes de Madrid.

Hacia las tres de la tarde el ala derecha del CTV quedó bloqueado ante Almadrones, según el enlace del cuartel general de Franco por el incumplimiento de las órdenes de quien mandaba la columna central y por el defectuoso emplazamiento de las piezas.La Brigada Marzo tomó Mirabueno, Castejón del

Henares y Nava de Almirante. Al final de la tarde el balance era positivo para los franquistas. Las fuerzas de Coppi se habían desplazado veinte kilómetros por la carretera general y quince en dirección a Brihuega. Las tropas mandadas por Moscardó habían cumplido sus objetivos sin problemas.

El tiempo siguió empeorando el día nueve de marzo, y aunque se ocupó Almadrones, gracias a un ataque combinado del CTV y de las tropas del coronel Sotelo, y se tomó Cogollor, los italianos tuvieron que abandonar varios tanques en el barro. La segunda división debía eliminar toda resistencia en los caminos y carreteras para facilitar el avance de la tercera división motorizada, pero la tarea se convierte en el algo imposible; las carreteras son estrechas, falta una organización mínima y se producen atascos, mezclándose las fuerzas de la segunda y tercera división, mientras que la aviación republicana bombardea. No hay forma de avanzar en estas condiciones, sólo se ofrece un blanco perfecto para la aviación.

Al atardecer, el Jefe del Estado Republicano, Vicente Rojo, creó tres agrupaciones con las unidades que habían luchado en el Jarama, una en Torija- Trijueque, al mando de Hans Khale, jefe de la IX Brigada Internacional, otra en Brihuega, a las órdenes del húngaro Matei Zalka, "el general Lucakcs", jefe de la XII Brigada Internacional, y otra en Guadalajara como reserva, a las órdenes de Valentín González el Campesino. Los republicanos trasladaban sus tropas sin problemas, mientras que Coppi exponía peligrosamente su flanco izquierdo y alargaba en exceso sus líneas de comunicación. Estas fuerzas se unen a la compañía de carros soviéticos T 26, a las 60 ametralladoras, dos lanzabombas y una batería antiaérea. Pero la XI Brigada Internacional no ha conseguido detener el avance de los Penne Nere por la carretera general y los italianos continúan su marcha hacia Guadalajara.

El diez de marzo los italianos continuaron avanzando, la tercera división a través de la carretera general y la segunda hacia Brihuega. Se conquista Brihuega, pero se cometen dos errores tácticos muy graves, ni se inspeccionan al pasar los encinares que hay junto a la carretera, ni se controlan las cotas altas cercanas a Brihuega. Las fuerzas de Moscardó consiguen llegar a Miraelrio y Jadraque.

Precisamente en la carretera de Brihuega a Torija se encuentran de improviso italianos de la División Fiamma Nere e italianos del Batallón Garibaldi, pertenecientes a la XII Brigada Internacional que había tomado el Palacio de Don Luis, un punto elevado. Comenzará una guerra psicológica, a través de los altavoces los brigadistas tratarán de convencer a los camisas negras "*Hermanos, habéis venido a esta tierra para asesinar trabajadores*". El frío, la lluvia y el desconcierto, hacen mella en los italianos de la segunda división.

El once de Marzo sigue una climatología adversa y los italianos siguen sin poder contar con su aviación y su artillería. Los carros de combate sólo podían avanzar por carretera, como ocurrió en Trijueque, donde el batallón Commune de Paris, de la XI Brigada Internacional, fue prácticamente aniquilado. Desde Brihuega los italianos avanzaron hacia Torija, descuidando como días antes las alturas. La Brigada Marzo conquista Jadraque, Cogolludo, Membrillera y Arbancón. Roatta llevaba varios días pidiendo un ataque en el frente del Jarama, como se le había prometido, para que cesaran de llegar tropas republicanas, pero Franco posponía la acción.

La República española reestructura de nuevo el ejército, y aparece el Cuarto Cuerpo, a las órdenes del coronel Jurado. Tendrá tres divisiones, la 12ª, del coronel Lacalle, dirigida pronto por Nino Nanetti, la 11ª, de Enrique Líster, en la que se integran su antigua brigada, la 11 Brigada Internacional de Kahle y la agrupación de El Campesino, que se desplegará en el sector de Torija y la 14ª, dirigida por Ciapriano Mera, que engloba entre otras fuerzas a la XII Brigada Internacional. Se adscriben a este nuevo cuerpo dos batallones de carros del general Pavlov, un grupo de caballería, cuatro batallones de fortificación y una compañía de transmisiones. Es la primera vez como dice Rojo, que se concentran tantas fuerzas republicanas de forma rápida y ordenada. Pero sobre todo es ya un ejército profesional, disciplinado y fogueado en las batallas más recientes.

Una nueva fase de la batalla de Guadalajara comienza el doce de marzo ;los republicanos con grandes efectivos, pasan a la ofensiva. La XIV división de Mera se situó en las alturas que dominaban Brihuega mientras que la artillería se disponía en los bosques próximos a Torija y a Trijueque, apoyados por cincuenta

carros de Pavlov. La aviación republicana sigue aprovechando la imposibilidad de que los italianos despeguen por el mal tiempo. Hidalgo de Cisneros escribirá *“el ametrallamiento realizado casi a ras del suelo fue muy eficaz por la disposición de las fuerzas italianas y por la casi impunidad con que se hacía”*

Otsman, enlace del cuartel general de Franco narró el hundimiento de los hombres de la Tercera División, Penne Nere. *“Durante el atardecer y primeras horas de la noche el enemigo empezó su ataque desde el bosque y el sur de Trijueque; la infantería huía dominada por el pánico(...)los de artillería abandonaban sus piezas(..).La gente intentaba montar en los camiones atestados que iban hacia retaguardia.”*

Roatta insistía ante Franco para que relevara sus tropas y éste no accedía. La División Littorio se propuso entonces sustituir a la tercera división en Trijueque y la 1ª División Dio lo vuole a la 2ª en Brihuega. El relevo se produjo en medio del caos. Las carreteras eran muy estrechas y no podían albergar a dos vehículos y éstos se atascaban en el barro cuando se salían. Los soldados huían hacia sus acantonamientos sin orden ni concierto. Mientras, los aviones republicanos descargaban sus bombas y les ametrallaban. La Brigada Marzo conseguía sus objetivos sin problemas, tomando Hita, Valdearenas y Utande, de manera que era más palpable el fracaso italiano.

Una vez más Roatta solicitó a Franco el día 13 de Marzo el relevo de sus tropas, y éste volvió a negarse. Creía que el CTV debía salir por sus propios medios de donde se había metido. El alto mando italiano era consciente de que Franco les utilizaba como instrumentos en su táctica de desgaste, pero también de que se estaba vengando de las humillaciones recibidas anteriormente. El general español venía a decir que la guerra celere podía servir para las colonias, nunca para España, que los italianos habían olvidado que el mejor ejército del mundo era el español, y después el republicano. En realidad Franco deseaba que los italianos soportaran el peso del combate en Guadalajara para ganar tiempo y que las tropas de Orgaz se reorganizaran.

A mediodía se podía decir que la Tercera División del CTV, Penne Nere, había dejado de existir como gran unidad organizativa, y la segunda tenía dificultades. Los batallones italianos emprendían una retirada precipitada y desordenada. El 14 de Marzo el batallón Garibaldi, de la XII Brigada Internacional, atacó el Palacio de Ibarra, la última de las defensas de las alturas de Brihuega, consiguiendo el lugar al atardecer, tras una defensa numantina de sus compatriotas.

Durante los días siguientes cesaron en alguna medida las hostilidades y los republicanos procedieron a reorganizar de nuevo su ejército, mientras que Roatta, incomprensiblemente, no lo hizo. Prefirió seguir insistiendo ante Franco para que sustituyera a sus agotadas fuerzas.

El 18 de Marzo comienza la reconquista de Brihuega, con un ataque directo sobre la ciudad desde los altos del Palacio de Iborra y un continuo bombardeo aéreo. Los italianos huyen sin armas ni equipos, faltos de una dirección efectiva. Roatta se encontraba tratando de convencer a Franco de la necesidad del relevo y Rossi inspeccionaba unos sectores alejados del frente.

Ese día se produjo un hecho que habla de la solidaridad de los italianos con sus compatriotas por encima de las divergencias políticas. A la altura del kilómetro 83 de la carretera de Barcelona había muchas cruces de madera en la carretera de italianos caídos en combate. Las tropas de Líster pasaron por allí y al verlas, algunos, enardecidos por la victoria, las destrozaron a culatazos y comenzaron a remover la tierra de las fosas. Los italianos de la brigada Garibaldi, al ver lo que ocurría, se enfrentaron a sus compañeros incluso con armas. Cuando los hombres de Líster abandonaron el lugar, los brigadistas italianos reconstruyeron y enderezaron las cruces que se habían improvisado con la madera de las cajas de municiones en las que se había escrito el nombre de los caídos.(-pag 176

“Desaparecidos de la guerra de España.Rafael Torres)

El 20 de Marzo Mera obligó a la división Fiamme Nere a evacuar posiciones y el pueblo de Masegoso. Nino Nanetti, jefe de la XII División, desencadenó un ataque general contra las posiciones de la Brigada de Marzo, pero los soldados de Moscardó no cedieron ni un palmo de terreno.

Esa misma noche se puede dar por concluida la batalla de Guadalajara y por cerrada la batalla de Madrid. Los republicanos habían sufrido dos mil muertos y cuatro mil heridos, frente a los 1400 muertos y 4500 heridos contrarios. Pero ganaron una batalla de propaganda, exhibiendo quinientos prisioneros italianos y consiguieron capturar gran cantidad de material.

El valor táctico de esta batalla fue absolutamente nulo, pero obligó a Franco a abandonar la batalla de Madrid .A cambio, obtuvo una victoria política, a partir de aquel momento Mussolini ya no podría actuar por su cuenta y él podría utilizar a los soldados italianos donde deseara.

LA BATALLA DEL NORTE

Vizcaya

El fracaso de Guadalajara, uno más en los sucesivos intentos de conquistar Madrid, obligó a Franco a señalar un nuevo objetivo estratégico.

La lucha se trasladaba al Norte de la Península, donde los republicanos ocupaban Vizcaya, Santander y Asturias .Se trataba de una franja estrecha, separada del resto del territorio republicano, que estaba sometida al bloqueo marítimo de los barcos franquistas. Vulnerable, debido al aislamiento, añadía el atractivo de poseer una gran riqueza minera e industrial.

Las fuerzas armadas republicanas de esta zona se englobaban en el XIV Cuerpo del Ejército Popular, el Ejército del Norte, pero nunca se consiguió una articulación total .El Gobierno autónomo de Euzkadi reclamaba continuamente sus atribuciones en materia de defensa y sus competencias en la organización y administración del Ejército vasco, negando la jurisdicción al general Llano de la Encomienda, jefe del Ejército del Norte.

En el País Vasco se habían formado en los primeros momentos batallones de milicias que mantuvieron durante mucho tiempo su carácter de partido gracias al

interés del PNV y del gobierno autónomo. Existían 47 batallones, de los cuales doce eran del PNV, siete de UGT-PSOE, nueve de JSU y seis de CNT.

Una vez que se obtuvo el Estatuto de Autonomía, el lendakari Aguirre quiso formar un Ejército propio. Puso bajo su autoridad a todas las unidades, armas y cuerpos del ejército que operaban en Vizcaya, llamó a los reemplazos de 1932,33,34 y 35; militarizó las milicias, que a partir de entonces quedaron sujetas al fuero militar y debieron emplear uniformes, estableció zonas de guerra y creó organismos competentes del Estado Mayor y dependencias. En poco tiempo contó con un ejército de 40.000 hombres, y nunca permitió que existieran comisarios políticos.

La República veía a ese ejército con recelo. El mismo Azaña expresaba que *“los nacionalistas no se baten por la causa de la República ni por la causa de España, a la que aborrecen, sino por su autonomía y su semiindependencia”*.

Desde el primer momento el ejército vasco careció de dos cuerpos fundamentales, la aviación y la marina. La topografía no favorecía la construcción de buenos campos de aviación y el fracaso de las compras en el extranjero obligaba a que se enviaran aviones desde la zona republicana del centro y del Nordeste. El transporte constituía un problema, puesto que los aviones poseían una autonomía limitada de vuelo. Cuando llegaron los Savoia se dedicaron a misiones de reconocimiento naval, pero si un hidroavión descubría algo, como carecía de radio, debía amerizar e informar verbalmente. El 30 de Octubre se creó la Marina auxiliar de Euzkadi y en Noviembre se incautaron cuatro bacaladeros que venían de Islandia y Terranova, reconvirtiéndoles en buques armados, al añadirles artillería, o en dragaminas, al dotarles de aparejos para rastrear minas. Esa flota se unió a los dos destructores que estaban en Bilbao, el Císcar y el Jose Luís Díez y a tres submarinos. Las críticas del lendakari a quienes mandaban los destructores eran terribles. Según el mandatario vasco uno era cocainómano aficionado a las mujeres, y el otro un miedoso que colocaba su silla el primero en el refugio.

En realidad se trataba de un conflicto de poder y de un deseo de actuar de forma independiente por parte del lendakari y así los enfrentamientos entre éste y los

representantes del Ejército republicano del Norte fueron continuos, bien con Ciutat o con el general Llano de la Encomienda.

El Ministerio de la Guerra recibía informes poco halagadores del Ejército vasco por parte de los inspectores del Ejército Norte. Se insistía en que carecía de instrucción y en que sus mandos, siempre jóvenes, desconocían los deberes castrenses. *“Eran hombres fuertes y bien cuidados más que batallones en el verdadero sentido militar”* (Martínez Cabrera, Inspector Jefe del Ejército del Norte). El teniente coronel Buzón, jefe de la Sección de Información, cargaba más aún las tintas. Decía que los mandos vascos, ineptos y faltos de preparación, se pasaban la vida en Bilbao, mientras los comandantes de intendencia abandonaban el cuidado de la tropa. Reproches, en suma, de unos y otros.

Los sistemas de defensa vascos descansaban en estrategias de la primera guerra mundial. El cinturón vasco trataba de proteger Bilbao y era una obra de fortificación que iba desde la costa, a trece kilómetros del cabo Machichaco hasta los montes de Somorrostro. Poseía nidos de ametralladora, líneas de trincheras y alambradas e incluso refugios abiertos en la roca viva, y sus muros eran de un metro de espesor. Esa obra de defensa tenía muchos detractores, se argumentaba que carecía de buenos observatorios, que no se habían estudiado los planes de fuego y que existían ángulos muertos en los que la infantería asaltante podía reorganizarse a cubierto. Pero lo peor es que desde el monte Bizcargui el enemigo dominaba la obra a menos de tres mil metros. Desde febrero de 1937 los franquistas tenían en su poder los planos del cinturón, al cambiar de bando el ingeniero Goicoechea.

Mola había organizado una nueva masa de maniobra basada en las Brigadas navarras, más bien divisiones adaptadas al combate en las montañas y en cualquier terreno. Cada brigada constaba de diez batallones de infantería, dos grupos de artillería y demás servicios de ingenieros o sanidad. Esas cuatro brigadas, con algo más de seis hombres cada una, con piezas de 75 y de 105 mm, estaban al mando de Solchaga, con el coronel Vigón de Jefe de Estado Mayor. Precisamente Vigón es quien había propuesto la operación en un primer momento, coincidiendo con Sperrle, el comandante de la Legión Cóndor.

Sperrle había sugerido la operación y ofrecido la intervención de la Legión Cóndor. Su Jefe de Estado Mayor, Von Richtofen, presentó a sus homólogos españoles una nueva estrategia, *"el estrecho apoyo aéreo"*. Significaba en suma que la aviación reforzaría el ataque terrestre destrozando la moral de los enemigos. Ese apoyo implicaba una coordinación entre los responsables de las fuerzas aéreas alemanas y el Alto Estado Mayor franquista y de hecho se acordó que dos horas antes de cualquier ataque los españoles serían informados (aunque luego alegaran ignorancia tras el bombardeo de Durango y Guernica). El mando alemán deseaba desarrollar sus técnicas de ataque aéreo sobre objetivos terrestres, una nueva concepción de la guerra. Y se acordó que los ataques se llevaran a cabo *"sin tener en cuenta sus efectos sobre la población civil"*. Esa nueva estrategia bélica pretendía implicar a la población civil en la marcha de la guerra. El terror y la destrucción desanimarían a la población no combatiente y la llevaría a presionar a sus dirigentes para que se rindieran.

Los italianos también habían ofrecido su ayuda. Varias unidades de la Aviazione Legionaria combatirían bajo las órdenes de Richtofen y el CTV participaría en la contienda, aunque en realidad hasta Abril éste no estuvo dispuesto para una acción de gran escala.

Franco firmó la orden de operaciones el 21 de Marzo de 1937. La maniobra consistiría en cortar el País Vasco en una línea Sureste-Noroeste, que iría desde Mondragón-Elgueta hasta el Bizcargui, atenazando la capital finalmente.

Las Brigadas navarras se preparaban para el ataque. En Vergara se concentraban ochenta carros de fabricación italiana y en Vitoria más de cien bombarderos Heinkel 51, cincuenta Fiat CR 32 y dos escuadrones de aparatos de persecución.

Las unidades italianas se hallaban dispuestas en la costa, eran las brigadas Flecha y la División 23 de Marzo, motomecanizada; sumaban unos sesenta y cinco batallones con doscientas cincuenta piezas de artillería y sesenta tanques.

El ejército vasco seguía prácticamente la concentración al minuto, pues una sección de transmisiones del batallón Azaña había interceptado la línea general telefónica que utilizaba el enemigo. Poco podían hacer sin embargo. Sus cincuenta y un batallones, cuatrocientas cincuenta ametralladoras, ciento ochenta

y cuatro morteros y cuarenta y seis piezas de artillería se sumaban a una docena de aviones de caza en unos improvisados aeródromos que podrían ser ametrallados fácilmente por sorpresa. Carecían del elemento que iba a definir la contienda.

El treinta y uno de marzo comenzó la campaña del Norte. Mola recurría una vez más al ejercicio del terror, radiando una proclama en la que amenazaba con arrasar Vizcaya y destruir las industrias de guerra si no se rendían de forma inmediata. A las siete de la mañana despegaban los aparatos 20 JU-52 de la Legión Cóndor y 128 piezas de artillería hostigaron las posiciones del frente, los nudos de comunicaciones, algunas localidades inmediatas a las líneas de fuego donde se encontraban los cuarteles y los puestos de mando, y más allá Durango. En esta ciudad murieron en el bombardeo 127 civiles y otros 131 unos días más tarde, como consecuencia de las heridas. Entre ellos un sacerdote que oficiaba la misa y catorce religiosas. Como ocurriría después en Guernica, el Estado Mayor de Franco negó que se hubiera producido ningún bombardeo sobre la ciudad. La petición de fuerzas aéreas por parte del Gobierno vasco fue tan dramática como inútil, aunque también lo solicitara el general Llano de la Encomienda. Los vascos se sentían indefensos y así lo manifestaban el día 2 de abril en un telegrama, "*la indefensión aérea cólmanos de rabia*" y presagiaban la catástrofe. Douglas, el asesor soviético de aviación, seguía asegurando la imposibilidad técnica de que los aviones llegaran desde el centro o el Nordeste de la Península. El avance de las tropas franquistas fue muy lento durante los tres primeros días del ataque, debido a los contraataques de las tropas vascas. Sabigain y el puerto de Urquiola estuvieron varias veces en manos de ambos ejércitos. Tampoco las tropas de Mola avanzaban sobre la sierra de Elgueta, y tuvieron que emprender días más tarde una maniobra envolvente de las peñas de Udala. En la segunda quincena de Abril Mola no había conseguido romper la primera línea defensiva del ejército, a pesar del apoyo de la aviación y de una masa considerable de artillería. Hasta el 25 de Abril no ocuparon Elorrio, Elgueta y Eibar, casi destruida por la aviación. Necesitaban una acción contundente.

Franco había previsto una campaña de tres semanas, infravalorando claramente la determinación de los vascos, a los que se habían sumado seis brigadas asturianas y santanderinas enviadas por el general Llano de la Encomienda. Durante la cuarta semana de Abril el Estado Mayor franquista impulsó una segunda fase ofensiva en la que el soporte aéreo alemán representaría el papel más importante. Alemanes y franquistas debían coordinar la aviación, la artillería y la infantería y tratarían de cortar la retirada a los vascos en torno a Guernica. Guernica era la antigua capital del País Vasco y un lugar emblemático para los vascos. El 26 de Abril de 1937, desde las 4,40 hasta las 7,45 de la tarde, fue bombardeada por la Legión Cóndor y la Aviazione Legionaria mandadas por Richthofen. Era un día de mercado y se calcula que podía haber unas diez mil personas. Las autoridades militares habían intentado suspender el mercado por la proximidad del frente, pero los campesinos de los alrededores se habían trasladado a la ciudad. Durante tres horas, de manera implacable, se lanzaron doscientos cincuenta kilos de bombas explosivas y de bombas incendiarias y se ametralló a continuación a quienes huían hacia los campos. Hubo un número indeterminado de víctimas, el Gobierno vasco calculó 1.645 muertos y otros 889 heridos.

Cuando la prensa propagó los hechos, se desencadenó una oleada de manifestaciones en repulsa en muchos países, y Guernica se convirtió entonces en el símbolo de la capacidad destructiva de Franco, de sus aliados, y por ende, de las ideologías que les sustentaban.

El servicio de prensa internacional franquista negó que hubiera existido ningún bombardeo y en su discurso exculpatorio acusó a los vascos de haber bombardeado la ciudad. (pág.307 de Preston, Franco).

Al día siguiente los requetés navarros ocuparon Guernica y los batallones vascos se replegaron al triángulo formado por los montes Bizcargui, Sollube y Jata, con el fin de proteger Bilbao. Mola envió nuevas tropas para atacar esa línea, 2 brigadas navarras, la división motorizada italiana 23 de Marzo y varios Tabores de regulares, que lucharon protegidos por la aviación contra vascos, cántabros y asturianos que resistían tenazmente.

Durante los sucesos de Barcelona, del tres al siete de Mayo, el lendakari Aguirre comunicó a Largo Caballero que asumía personalmente el mando de las operaciones militares en Euzkadi. Los argumentos de Aguirre descansaban en la falta de autoridad de los órganos del Estado y en la baza moral que para muchos combatientes podría suponer ese mando. Aunque antes se había negado, ahora creaba un Comisariado político en el Ejército de Euzkadi. La lucha continuaba y los vascos seguían en desventaja, sin una fuerza aérea.

Julián Zugazagoitia telegrafiaba a Madrid el dieciséis de Mayo, describiendo la situación y señalando cómo Bizcargui había sido reconquistado seis veces y perdido de nuevo por la falta de aviación, y cómo el enemigo estaba a las puertas de Amorebieta. *“Llevamos cuarenta y siete días resistiendo la ofensiva más potente desarrollada, sin pan, sin aviación, sin auxilio de la marina, sin auxilio de la evacuación, entregados exclusivamente a nuestras propias fuerzas”*(Tuñón de Lara en La guerra Militar, pag.24 en la guerra en el Norte, Madrid, 1996)

El 17 de Mayo de 1937 Negrín se encargó del Gobierno, y Prieto, vasco, asumió la cartera de Defensa. El nuevo ministro había enviado a Euzkadi días antes una escuadrilla de quince “chatos” que debían aprovisionarse en Toulouse, burlando la vigilancia del Comité de no Intervención, pero habían sido descubiertos y tuvieron que regresar a Valencia, como ocurrió el día de su nombramiento como ministro.

El Estado Mayor Central republicano se decidió entonces por los “vuelos autónomos” e introdujo algunas modificaciones técnicas a los cazas. El 22 de Mayo salieron seis aparatos que alcanzaron Santander; entonces surgió el problema del doble poder, de a quién debían obedecer, si al general Gámir Ulibarri, enviado por el Gobierno central o al Gobierno vasco. Esta situación se repetiría con las escasas escuadrillas que fueron llegando a Santander.

Vicente Rojo, por aquel entonces jefe del Alto Estado Mayor Republicano, intentó varias ofensivas en otros frentes para aliviar la situación de Euzkadi, en la Granja y en Huesca, pero apenas se distrajeron fuerzas franquistas del Norte.

Una vez muerto Mola, Dávila prosiguió las operaciones hasta llegar al cinturón de hierro de Bilbao, que se mostró claramente obsoleto ante la concepción de la guerra total que practicaban los alemanes y franquistas. El 12 de Junio de 1937 la

aviación y la artillería franquistas concentraron su actividad sobre el sector más débil del cinturón, entre Gaztelumendi y Fika y en días sucesivos se fue avanzando hacia Bilbao .

El 14 de Junio las fuerzas de la defensa de Bilbao seguían contraatacando mientras que la población civil huía hacia Santander, ametrallada de vez en cuando por la Legión Cóndor. El Gobierno vasco se sentía traicionado por la República, y sin embargo ésta trataba de auxiliarla de forma coherente. Ese día se reunía el Estado Mayor Central Republicano y Rojo expuso lúcidamente la superioridad del adversario por tierra, mar y aire, se decidió entonces enviar varios aviones para bombardear los puntos de la retaguardia de las tropas que atacaban Bilbao.

Bilbao seguía resistiendo, pero el 16 de junio iban cayendo una tras otra las defensas de Archanda y las alturas del Pasagardi. El Gobierno vasco convocó a una reunión a los altos mandos militares, y todos coincidieron en la imposibilidad de defender la ciudad, en la conveniencia de que el ejército se retirara y en que la destrucción de las fábricas y de los edificios no se excediera de las exigencias de la lucha.

El tema de las fábricas resultó muy controvertido .Al principio de las operaciones Mola había sugerido a Sterrle que se destruyeran, a lo que éste rebatió que era un contrasentido destruir unas industrias que iban a estar poco después en sus manos. Los argumentos de Mola no tenían desperdicio, que España estaba totalmente dominada por sus centros industriales de Bilbao y Barcelona y que la salud de España requería la eliminación del proletariado industrial.(pag.301 de Preston).

La entrega del aparato industrial prácticamente íntegro fue una decisión de los políticos vascos. Los militares eran partidarios de su destrucción masiva, para evitar que cayeran en manos de sus enemigos; los políticos creían que el pueblo vasco no se lo perdonaría y como decía el lendakari Aguirre prefirieron “*apagarlos y algún desperfecto bien pensado, para que no puedan utilizarlos en muchos meses*”. No sucedió así, en pocos meses la producción siderometalúrgica aumentó más del 100%.

El 19 de Junio la 5ª Brigada Navarra ocupaba Begoña, el Ayuntamiento y el casco viejo de la ciudad, mientras los seis batallones del PNV, encargados de la defensa de la ría se rendían. El resto de los soldados vascos huía a Santander.

Brunete

En Julio de 1937 Bilbao había caído y Santander se sentía amenazada. Vicente Rojo, Jefe del Alto Estado Mayor Republicano, diseñó una ofensiva para tratar de salvar la ciudad y ganar tiempo permitiendo que las tropas republicanas se reagruparan y organizaran las defensas.

El punto elegido debía estar distante, para obligar a los rebeldes a distraer sus fuerzas , pero también debía estar próximo a Madrid, en cuyos alrededores se concentraban los mejores efectivos .Otro segundo objetivo consistía en el intento de provocar una ruptura en la zona sublevada, aislando el sur del Norte franquista. Así se determinó que Brunete fuera el escenario de la batalla y que Miaja tuviera el mando de tres cuerpos del ejército, el V, mandado por Modesto, con las divisiones de Líster, El Campesino y Walter, el XVIII, dirigido por Jurado y luego Casado, con las divisiones de Galán, Enciso y Gal y el II Cuerpo, mandado por Romero. En conjunto constituían una fuerza numerosa, de cerca de 85.000 hombres, pero muy desigual, pues mientras que el V Cuerpo y el XVIII poseían hombres preparados para el combate y fogueados en el Jarama y en Guadalajara, el II Cuerpo acababa de ser improvisado para la ocasión. Esa fuerza heterogénea iba a disponer de toda la aviación, unos trescientos aviones, cien carros, treinta blindados y ciento sesenta y cuatro piezas de artillería .La batalla de Brunete se planteaba como una ofensiva en toda regla, como un enfrentamiento a gran escala en el que la República llevaba la iniciativa.

El plan de operaciones consistía en que los cuerpos V y XVIII rompieran el frente franquista de Madrid y avanzaran hacia el Sur. Dos cuerpos de ejército romperían el frente de los rebeldes en Brunete y después en Navalcarnero, se lanzarían contra el cuerpo del ejército sublevado por su retaguardia. Otros dos cuerpos de ejército llevarían a cabo acciones auxiliares desde el norte de Aranjuez y el

sudeste de Madrid.El II Cuerpo llevaría a cabo un movimiento secundario para encontrarse con ellos en Alcorcón. La idea era cortar las comunicaciones de Franco y cercar parte de su ejército.

A las cinco de la mañana del seis de Julio, tras un intenso bombardeo de la artillería y de la aviación, atacó la división de Líster y avanzó unos kilómetros, rodeando el pueblo de Brunete ; a las siete ya habían entrado y habían hecho 250 prisioneros y 12 bajas en el ejército rebelde .Otra patrulla de esta división entró fácilmente en Navalcarnero.

A los franquistas les sorprendió la ofensiva sobre Brunete .No contaban con demasiadas fuerzas en la línea que había que soportar el golpe más fuerte, sólo elementos dispersos de la División 71 en su mayoría falangistas y unos mil marroquíes .El cuartel General del Sector estaba en Villa del Prado y ordenó resistir a las escasas reservas nacionales mientras que las escasas reservas del frente de Madrid acudieran en su ayuda. Desde Burgos se decidió que las brigadas de Navarra aplazaran su avance en el Norte para reforzar al Cuerpo del Ejército de Madrid.

A la derecha de Líster ,El Campesino llegó a Quijorna y se detuvo; a su izquierda, la división Walter llegó a Villanueva de la Cañada y no pudo tomar esta posición hasta las nueve y media de la noche. Tanto Líster como sus compañeros se habían retrasado conquistando pueblos, en lugar de avanzar rápidamente hacia sus últimos objetivos, permitiendo que entraran en el fuego dos tabores de Regulares que se habían mandado el día 5.

El día 7 de Julio los republicanos se centraron en Villanueva del Pardillo, donde participaron entre otros la XII Brigada Internacional Garibaldi y bastantes carros de combates. Tanto este ataque como los sucesivos en Villafranca del Castillo no tuvieron ningún éxito hasta el día 10.Miaja temía perder el control de la situación y ordenó permanecer en Brunete hasta que cayeran Quijorna y Villanueva de la Cañada .Ese mismo día había comenzado una maniobra secundaria de II Cuerpo que partía de Vallecas. Su misión consistía en romper el frente enemigo entre Villaverde y el Basurero, avanzar sobre Carabanchel Alto y luego hacia Alcorcón, donde enlazaría con las unidades del XVIII Cuerpo. Ya dijimos que eran unas

fuerzas poco iniciadas en el combate, y a mitad de camino, asustados ante la perspectiva de combatir en campo abierto, se replegaron y regresaron al cuartel. Salió de nuevo al día siguiente, pero el enemigo detuvo su avance.

Quijorna estaba defendida por la Falange local, dos centurias de la Quinta Bandera de Castilla y una Compañía del Tabor Ifni-Sahara. A pesar de las órdenes, Valentín González el Campesino, no traspasó el río Perales y permaneció atacando el pueblo desde el día seis; dos días más tarde los defensores de Quijorna consiguieron abrirse paso entre dos Brigadas Mixtas e incorporarse a las líneas propias en Navalagamella.

Desde el día diez los republicanos fueron perdiendo en Brunete el impulso atacante. Los franquistas, dirigidos por Varela, trasladaron a la zona un gran número de las unidades que operaban en el frente Norte, por medio de camiones que habían comprado a crédito en Estados Unidos, pero el factor decisivo fue la llegada de la aviación alemana. Vicente Rojo señala que a partir del séptimo día, los republicanos se vieron obligados a suspender la maniobra, y que el adversario inició su contraofensiva. La inferioridad aérea republicana era notoria; día y noche se sucedían los servicios de los aviones alemanes e italianos, con una potencia y frecuencia desconocidas hasta entonces. *“El ametrallamiento era casi incesante, obligando a nuestros hombres a mantenerse pegados al suelo, sin posibilidad de defensa ni de maniobra, y de noche se sucedían las acciones de hostigamiento de nuestra retaguardia entorpeciendo notablemente los servicios y provocando numerosos incendios en las zonas de bosque donde se guarecían nuestras reservas”*(pg.225 de Carlos Blanco Escolá “Vicente Rojo, el general que humilló a Franco, Barna 2003). La superioridad alemana era evidente, tanto en cantidad de aviones como en la calidad de sus medios materiales y técnicos. La legión Cóndor empleaba los bombarderos rápidos Heinkel He 111 y los caza Messerschmitt Bf-109 y los italianos seguían enviando a Franco aviones, algunos de los cuales intervinieron en Brunete.

La aviación llevaba a cabo ametrallamientos a ras del suelo y obligaba a los soldados supervivientes a salir corriendo en desbandada, dominados por el pánico; sólo después de su intervención la infantería franquista se lanzaba al

asalto. Era una guerra de desgaste que provocó miles de muertos en ambos mandos y el aniquilamiento de la capacidad ofensiva y de la moral del XVIII Cuerpo de Ejército de Jurado, que quería rebasar la línea del cauce del río Guadarrama. La XV División Internacional quedó absolutamente deshecha, perdiendo a uno de sus jefes, George Nathan, y la XIII abandonó el combate. El V Cuerpo del Ejército tampoco estaba mucho mejor la 11ª División de Líster tuvo que ser relevada por la 14 ante la posibilidad de su derrumbe. La moral estaba por los suelos; en aquella llanura el sol de Julio se desplomaba sobre los combatientes, sin posibilidad de aplacar la sed por la falta de agua.

El día 18 Varela contraatacó y empujó a los republicanos hasta sus bases de partida. El 24 recuperó las ruinas de Brunete a costa de muchas pérdidas, y el día 25, un gran bombardeo de artillería y de aviación destrozó a los republicanos. La propaganda franquista, en un remedo de la batalla de Clavijo, insistiría en que ese día, en el que se conmemoraba la festividad de Santiago Apóstol, algunos creyeron verle combatiendo a caballo con la boina roja bajo el casco, lanzando granadas sobre las posiciones enemigas.

La batalla de Brunete se saldó con muchas bajas humanas y pocos kilómetros conseguidos. Veinte mil republicanos y diecisiete mil franquistas perdieron la vida para que quedaran en manos republicanas Quijorna, Villanueva de la Cañada y Villanueva del Pardillo. Ambas partes sufrieron grandes pérdidas de material que afectaron más a los republicanos porque no podían reponerlas. Cien aviones y numerosos tanques los republicanos, al desplegarlos siguiendo el modelo francés, en apoyo de la artillería y veintitrés aviones y menos tanques los franquistas, al concentrarlos a la manera alemana. Pero desde el punto de vista estratégico cumplió sus objetivos, consiguió distraer al mando franquista del frente del Norte y retrasar las operaciones de Santander.

Santander

La maniobra republicana en Brunete modificó los planes estratégicos de Franco y preocupó seriamente a algunos militares, como Vigón, Jefe del Estado Mayor del Norte. Este veía claro que los republicanos no pretendían más que detener la

ofensiva del Norte y alertaba acerca de los riesgos que entrañaban las operaciones improvisadas que dejaban de lado los planes diseñados con anterioridad y en avanzada ejecución.

Vicente Rojo había diseñado una estrategia bélica que repelía el ataque en el lugar que se producía, con las fuerzas que allí existieran, pero procuraba no gastar excesivos recursos en la resistencia de una plaza cuando se daba por perdida. Su respuesta a la agresión era la apertura de un nuevo escenario bélico, en un punto distante, para que el enemigo tardara un tiempo en desplazar sus fuerzas. En realidad sus esquemas bélicos eran clásicos, de academia, y hubiera podido tener más éxito si hubiera contado con un ejército organizado y cohesionado, y con unos equipos materiales adecuados.

Reorganizaba una y otra vez el ejército, pero se le presentaban siempre los mismos problemas, la falta de preparación técnica de sus miembros, entre otras cosas porque carecía de tiempo para su formación, En ese sentido, la tarea de los instructores soviéticos era muy importante, pero insuficiente, y además la escuela militar soviética resultaba anticuada para el tipo de guerra que se venía desarrollando. Un problema considerable era la carencia de mandos, sobre todo de mandos intermedios, y no se solventaba ascendiendo en el escalafón a los soldados, se requería además una formación. Algunos altos mandos no es que no le dieran importancia a este extremo, sino más bien no estaban dispuestos a que se desviarán hombres del frente para que acudieran a las escuelas de militares. Malamente se les podía formar en los tiempos muertos entre las batallas, como propagaban las fotografías en las que los soldados aparecían sentados sobre las rocas con cuadernos sobre sus rodillas.

En ocasiones la reorganización del ejército dejaba mucho que desear. Cuando se organizaron las Brigadas Mixtas, debían estar constituidas por el conjunto de todas las armas y servicios que podían luchar y vivir por su cuenta. Pero la realidad era otra. Los brigadistas internacionales se sorprendían de que en España no existiera una brigada similar a otra y de que la unidad militar que aquí recibía ese nombre no tuviera necesariamente la composición de una brigada.

Ludwig Renn, de la XI Brigada Internacional, señalaba medio en broma que el

único rasgo en común de las brigadas españolas era que todas poseían un Estado Mayor y una cocina de campaña.(Elizaveta Parshia, "La brigadista", pa.221, Madrid, 2002). El mayor problema al que se enfrentaba Rojo era a la imposibilidad de reponer el material bélico debido a la política de no intervención; así, mientras Franco no tenía reparos en emplear masivamente medios y equipos, el alto Estado Mayor republicano debía ejercer una economía de forma continuada. Tanque o avión que se perdiera no tendría sustituto, mientras que al bando franquista llegaban los mejores modelos en fase de experimentación y sin cortapisas.

Pero quizás el problema más acuciante al que se enfrentaba Rojo era a la politización de la guerra, o mejor dicho, a la continua injerencia de los políticos en la marcha de la misma .Unas veces el PCE, otras los socialistas, todos tenían planes y estrategias militares, a las que se añadían las de los consejeros soviéticos.

Vigón era uno de los militares más lúcidos del ejército franquista .Hasta el 14 de Agosto los franquistas no retomaron las operaciones en el frente del Norte. Ese día dirigieron un fuerte ataque por los dos extremos de las posiciones republicanas que, formando una gran bolsa, intentaban la defensa de los puertos de montaña de Reinosa y el Escudo. Tras un intenso bombardeo de la artillería y de la aviación comenzaron los combates y el día 17 los franquistas ocuparon esas posiciones. El ejército republicano no estaba con la moral muy alta ;el general Gámir había organizado en cuatro cuerpos las diez divisiones mermadas que poseía pero no podía suplir las carencias de artillería y aviación.

Los franquistas oponían sesenta mil hombres de las Brigadas navarras, dos de Castilla, algunas con efectivos de división y el CTV con tres divisiones y dos unidades menores hispanoitalianas. La artillería y la aviación se encuadraban en tres masas independientes que prepararían el avance de la infantería.

La configuración orográfica del frente determinó que Dávila decidiera estrangular la bolsa de Reinosa y el alto Ebro para descolgarse después desde las cumbres cantábricas por las rápidas pendientes de las carreteras que se dirigen a Santander, partiendo en dos la zona y cortando la retirada a Asturias, al tomar del revés las posiciones.

Ciutat, uno de los mandos militares más importantes del ejército del Norte escribió que en la batalla de Santander fueron decisivas las maniobras de las unidades de montaña, las brigadas de Navarra, por las alturas de las divisorias, combinada con la incesante presión aérea. El militar republicano consideraba que los republicanos deberían haberse defendido en las zonas montañosas, prescindiendo del peligroso saliente que la línea mantenía en Reinosa y sobre todo que no se deberían haber cambiado los mandos, como se hizo antes de comenzar las operaciones.

Los republicanos habían constituido una Junta Delegada del Gobierno cuya responsabilidad militar correspondía a Gámir, pero sirvió de poco, era muy tarde. Días más tarde comenzó la segunda fase de la ofensiva franquista, marchándose hacia Santander, a pesar de las destrucciones de los puentes.

En plena debacle los soldados vascos, siguiendo directrices del PNV se negaron a obedecer a las autoridades del Ejército del Norte y se replegaron hacia Santoña, Laredo y Limpias. En la primera de las localidades el 23 de Agosto, conocedores de que se estaba negociando la rendición, se apoderaron de la Academia de Oficiales y liberaron a los 2500 presos franquistas detenidos en El Dueso. No les sirvió de gran cosa, pues aunque los italianos habían pactado una solución negociada, Franco se negó a ella. En Laredo el 25 de agosto se entregaron doce batallones vascos y el día 26 otros 8.000, un total de 20.000. que rápidamente adquirieron la categoría de prisioneros y pronto la de desaparecidos.

La guerra continuaba; el día 25 caía Torrelavega y el 26 el CTV penetraba en Santander, seguido de las tropas franquistas. La conquista de Santander, además del enjuiciamiento y fusilamiento de los disidentes políticos, supuso la rendición masiva más importante de la guerra, 50.000 prisioneros capturados en pocas semanas. También se capturaron más de catorce carros de combate y ciento veintisiete cañones.

Belchite

Dos días antes de la caída de Santander, Vicente Rojo emprendió una nueva ofensiva. Esta vez el objetivo estaba en el frente de Aragón y culminaba con la conquista de Zaragoza. Se trataba como siempre en la estrategia de Rojo, de defender indirectamente un punto atacado, en este caso Santander, iniciando una ofensiva en un punto distante para tratar de que las fuerzas enemigas que combatían en el frente Norte se trasladaran al nuevo foco de conflicto.

Aunque se habían barajado otros puntos como Huesca, finalmente se optó por Zaragoza, porque se suponía que tenía la entidad suficiente para que Franco desviara hacia allí sus fuerzas y porque podría arrastrar la caída de Huesca y facilitar la de Teruel.

El frente de Aragón permanecía prácticamente idéntico que en el verano de 1936 cuando las columnas anarquistas que salieron de Barcelona a Zaragoza, Huesca y Teruel quedaron detenidas. Era un frente secundario, en el que ambos contendientes poseían escaso número de tropas, pero en el que los anarquistas tenían un peso específico.

Antonio Cerdán fue el encargado de elaborar la orden de operaciones y pronto señaló varias dificultades. La más significativa, la premura de tiempo para la preparación y desarrollo de la ofensiva. Zaragoza debía ser ocupada por sorpresa, aprovechando la superioridad de medios y de fuerzas. Para eso, primero había que trasladar al ejército hasta allí sin que el enemigo se percatara. No fue excesivamente difícil, pues el servicio de información de Franco bien dice Rojo *“como en ocasiones anteriores tenía los ojos cerrados”*.

Otro problema era la naturaleza del terreno y en la estación del año en el que se tenía que operar. Si en el caso del frente Norte Franco tenía que actuar rápidamente antes de que comenzara el otoño por las lluvias, aquí había que maniobrar en pleno estío, con elevadas temperaturas, en unas llanuras desoladas

en las que los árboles eran prácticamente inexistentes y previendo la escasez de agua.

Un tercer problema era la calidad de las defensas de algunos pueblos que se encontraban situados en las principales arterias de comunicación. Tanto Mediana como Quinto o Belchite poseían unas fortificaciones consolidadas, en las que no se había escatimado en cemento o en hierro.

En el frente de Aragón los anarquistas habían llevado a cabo un intenso proceso de colectivización y el Consejo de Aragón era un órgano prácticamente independiente. Unos días antes de la ofensiva, el 11 de agosto de 1937, se disolvió ese Consejo. La guerra se convertía en prioridad absoluta y justificaba la centralización del poder. El gobierno de Negrín, temiendo que la medida provocara una reacción violenta, envió a la zona a Líster y a la 11ª División, que estaban acantonados en Caspe. Líster se excedió en la aplicación del Decreto de Disolución y mantuvo una actitud represora innecesariamente brutal. Disolvió el Consejo y arrestó a muchos miembros de la CNT.

La disolución del Consejo y la detención de muchos miembros de la CNT se producían en las vísperas de una gran ofensiva, y es indudable que minaron la moral de la tropa destinada en Aragón. Primero en Mayo los poumistas, ahora los cenetistas, es indudable que los comunistas ganaban terreno.

Los comunistas tenían cada vez más peso en la marcha de la guerra y en la reestructuración del ejército, y manejaban dos consignas, disciplina y centralización. En Aragón no hacían más que quejarse de las dificultades a las que tenían que enfrentarse con los anarquistas y aseguraban que los comités de la FAI que habían actuado como únicos mandos de las columnas anarquistas, deseaban continuar dirigiendo las nuevas divisiones, entorpeciendo la labor de reforma del ejército. Era tal su aprensión a la disciplina, argüían, que ni sus mandos se colocaban las insignias que correspondían a sus grados. (Cordón, pág.5337-540).

Volviendo al análisis de la situación previa a la batalla, cabe señalar que el problema más importante al que se enfrentaba el mando republicano era a la inexperiencia de muchos soldados, porque algunas de las unidades de élite que

se formaron para la ofensiva de Zaragoza, se habían completado con contingentes de reclutas no fogueados, que venían a sustituir a las bajas causadas por la operación de Brunete.

Vicente Rojo creó una agrupación militar al mando del general Pozas, jefe del Ejército del Este, en la que se integraron el V Cuerpo, dirigido por Juan Modesto y otras unidades como el XII Cuerpo del Ejército de Sánchez Plaza; la División 27 de Trueba y la División 45 de Kleber.

Antonio Cerdón dividió el frente en cuatro sectores. Al Norte del Ebro se hallaban las divisiones 27 y 45 y al sur el V y el XII Ejército. Las órdenes eran claras, avanzar en todas las direcciones posibles hacia Zaragoza, evitando acciones frontales que entretuvieran el avance.

Hasta el 20 de Agosto no se pudieron concentrar las fuerzas en las bases de partida y como se necesitaba algún tiempo para reconocer el terreno y organizar los transportes y demás servicios, se decidió que la ofensiva comenzara la noche del 23 de Agosto, sin el apoyo de la artillería como era costumbre para asegurar la sorpresa.

El ataque concebido por el mando republicano se llevaría a cabo en ambos márgenes del río Ebro. Allí coincidirían 80.000 soldados republicanos, numéricamente superiores a los 30.000 que existían en el frente franquista de Aragón. En Zaragoza convergerían tres ataques, dos secundarios, al Norte del Ebro, los sectores de Zuera y de Farlete y el ataque principal, al sur del Ebro, en los sectores de Azaila y de Azuara.

Sobre el V Cuerpo descansaría la acción principal, al sur del Ebro. Esa agrupación de Modesto estaba compuesta por la 11ª División de Líster, la 35ª División de Walter, la división mandada por Toral y la 4ª Brigada Autónoma de Caballería bajo el mando de Buxó. Debían avanzar el día 23 de Agosto a las 9 de la noche hasta la línea de Fuentes de Ebro y Mediana, aislar a Quinto de Zaragoza, seguir hasta el valle de Huerva para cortar las comunicaciones del enemigo y entrarían en Zaragoza con una columna motorizada. Parte del XII Cuerpo colaboraría en la acción. Partiría de la zona de Pina la madrugada del día

24, vadearían el Ebro, se apoderarían de la estación de Pino y se fortificarían en la carretera de Quinto a Zaragoza para atacar Quinto al día siguiente.

El plan diseñado por Cordón no se llevó a cabo. La operación comenzó como siempre, con cierto éxito, pero pronto comenzaron las dificultades que se agravaron con la llegada de los refuerzos franquistas

Los ataques por los dos sectores del Norte, de Zuera y Farlete quedaron frenados pronto. La agrupación de Trueba, situada en la zona de Valdecomanche, no cumplió la misión encomendada e incluso una de sus brigadas, que se había aproximado a Zaragoza, se detuvo y retrocedió. La otra agrupación del Norte, dirigida por Kleber, se retrasó en la operación porque habían encontrado defectos en las piezas de artillería; cuando ésta se inició, alcanzaron Villamayor del Gállego a seis kilómetros de Zaragoza

Al sur del Ebro hubo dificultades. Una de las brigadas de la 11ª División no había recibido suficiente instrucción ni estaba acostumbrada a combatir de noche, cuando tuvo que hacerlo en la madrugada del día 24, se dispersó. Otras dos brigadas que debían ser motorizadas no pudieron comenzar a la hora prevista por falta de camiones que las trasladaran. Algunos batallones prosiguieron a pie, avanzaron más de treinta kilómetros entre el polvo, el calor y la sed y había que reemplazarles. El día 25 las vanguardias alcanzaron la línea Mediana-Fuentes del Ebro y el 26 caían los reductos de Quinto y Codo, era el momento de lanzar la maniobra motorizada. Modesto propuso entonces conquistar Belchite y el alto mando republicano lo aceptó, con lo que la batalla de Zaragoza se convirtió en batalla de Belchite. Quinto y Belchite entretuvieron gran cantidad de tropas, sobre todo esta última localidad que resistió durante doce días, agotando demasiados refuerzos.

La ofensiva consumió las energías del ejército republicano y la dilación en el tiempo permitió que los franquistas enviaran las tropas a taponar las brechas. Acudieron las divisiones de Barrón y Buruaga desde Madrid, en lugar de las tropas del Norte como se había previsto, pero el elemento definitivo fue una vez más la aviación, que simultaneó allí sus acciones con las de Santander. Belchite, bien fortificado y con unos dos mil hombres de guarnición, quedó aislado el 26 de

agosto y cayó el 6 de Septiembre. Tras la toma de Belchite, la batalla se fue extinguiendo lentamente. Se habían ganado unos mil kilómetros cuadrados, pero no se habían logrado los objetivos tácticos y estratégicos propuestos.

Belchite había sido una maniobra de distracción, que había desviado pocas fuerzas del Norte. El curso de la guerra era cada vez más desfavorable para la República. Las ofensivas que en un primer momento triunfaban, quedaban en seguida paralizadas y volvían al punto de partida tras sufrir grandes pérdidas de material y de hombres.

Asturias

En los últimos días de agosto de 1937, mientras que se estaba combatiendo en Belchite, en el frente Norte se produjeron unos acontecimientos que tendrían trascendencia, tanto a nivel militar como político. El detonante fue la caída de Santander, que acarreó miles de prisioneros y cuantiosas pérdidas de material que ya no iban a poder ser repuestos. El 26 de Agosto el Consejo Interprovincial de Asturias y León, en el que estaban representados socialistas, comunistas, anarquistas y republicanos se convertía en Consejo Soberano, y aludiendo a la dificultad de establecer comunicación con el gobierno republicano en unos momentos en los que había que actuar rápidamente, asumía la plena responsabilidad y el mando en el territorio. Belarmino Tomás, presidente del Consejo soberano, hacía un duro llamamiento a la disciplina, "*Nadie tiene que pedir nada, Nadie tiene sino (que) obedecer y callar*". Sin que desaparecieran las consejerías, se acordó funcionar por comisiones, entre las que se encontraban la de Guerra, Industria y Fortificaciones, en la que participaba Belarmino Tomás, la de Abastecimiento, Transporte y Evacuación, Sanidad etc.

Una de las primeras decisiones que tomó el Consejo Soberano fue la reestructuración del ejército, destituyendo a Gámir y nombrando jefe del Ejército de Asturias al coronel Prada, y jefe del Estado Mayor a Ciutat. Se organizó la defensa del territorio encargando a Galán, con el reconstituido XIV Cuerpo del

Ejército el frente oriental de Asturias, a Gallego Argües el frente Sur, zona de León y puertos, con el XVI Cuerpo del Ejército y a Linares Aranzabe el frente occidental, con el XVII Cuerpo del Ejército. Son unos ochenta mil hombres que no poseen ni la mitad de los fusiles que necesitan, pocas armas automáticas y algo de artillería; en cuanto a la aviación conservan dos escuadrillas de caza, la mitad de los cuales son biplanos.

El ejército franquista avanza en dirección a Asturias, son 110.000 hombres perfectamente equipados y armados, a los que se suman los pertenecientes a las unidades auxiliares de ingenieros, zapadores etc. Su superioridad aérea es manifiesta, cuentan con la Legión Cóndor. El general Solchaga avanza por el Este y Aranda presiona desde León.

Asturias tiene el mar al Norte, pero son escasas sus defensas marinas. Posee dos destructores, tres submarinos y el torpedero, y algunas unidades menores, pesqueros y lanchas habilitadas para el dragado de minas y la vigilancia costera. Los franquistas han sufrido pocas variaciones en la Marina del Cantábrico, tan sólo ha entrado un nuevo minador, el Vulcano, y el destructor Velasco sigue reparándose en el Ferrol, sigue bloqueando la zona.

Los últimos días de Agosto los franquistas bombardearon los puertos de El Musel y el de Avilés y las fuerzas republicanas del Cantábrico quedaron reducidas al submarino C-6, al destructor Císcar y al torpedero nº 3. La escasez de medios era tan grande que el jefe de las fuerzas navales del Cantábrico conocía el estado de su flota a través del ministro Prieto.

El sector Este parecía el más amenazado, dada su proximidad a Cantabria y Prada estableció una primera defensa en la margen izquierda del río Deva, fronterizo entre Asturias y Cantabria. Las fuerzas que allí se encontraban eran unidades salvadas del desastre de Santander y otras que provenían del frente occidental de Asturias. Por tanto, se trata de tropas cántabras, batallones vascos no nacionalistas y batallones asturianos.

El general franquista Dávila había planeado una operación similar a la “*guerra de bolsas de Santander*”, varias maniobras que parecían aisladas, se coordinarían en el centro de la zona asturiana. Así se combinaría un ataque de este a oeste con

otro de sur a norte, envolviendo la zona enemiga, hasta llegar a la línea Ribadesella-Cangas de Onís-Puerto del Pontón.

El CTV y las brigadas de Flechas no participarían en la operación; se organizaron cuatro brigadas navarras, al mando de Solchaga, que formaba la Agrupación del Este, que debía avanzar desde Santander hasta el centro de Asturias y una agrupación del Sur con Aranda, al mando del VIII Cuerpo de ejército, la 31 división, las tropas asturianas de Martín Alonso, dos brigadas navarras y una de Castilla. Doscientos cincuenta aviones apoyarían la operación.

El 1 de Septiembre se inició el ataque. Solchaga atacó por la costa con cuatro brigadas navarras y la de Castilla, rompiendo la línea establecida en el río Deva. Comenzaba la batalla del Oriente de Asturias, una suma de continuas batallas que concluyeron el 17 de Octubre cuando las tropas de Franco cruzaron el río Sella camino de Gijón.

El 5 de Septiembre las tropas franquistas habían conseguido Llanes y el aeródromo de Cue, pero en esos días se produjeron algunos combates. Manolín Álvarez, al mando de la 184 brigada republicana contenía las fuerzas de la V y VI Brigadas de Navarra en las Peñamelleras de la Sierra de Cuera, al tiempo que miembros de la División vasca se reorganizaban en el sector del Mazuco, consiguiendo detener el avance de la I Brigada Navarra en el alto de la Tornería, fundamental paso de montaña por carretera de esa sierra.

El día 7 de septiembre habían llegado refuerzos republicanos al oriente de Asturias todos los efectivos de la 1ª Brigada Móvil, dirigida por Higinio Carrocera, anarquista de la Felguera, quien desplegó sus fuerzas por los sectores cabraliegos de la sierra de Cuera.

El 8 de Septiembre el ejército republicano consiguió estabilizar el frente en las alturas del Mazuco, en el Pico Turbina y Peña Blanca, y pudieron mantenerlo durante catorce días.

La aviación alemana pulverizaba las posiciones republicanas. Adolf Galland, uno de los jefes de las escuadrillas de la Legión Cóndor manifestaría más tarde que en la sierra de Cuera habían experimentado por vez primera con un napalm rudimentario. Los mecánicos alemanes habían inventado un nuevo procedimiento.

Sobre un recipiente lleno de gasolina o de una mezcla de ésta con aceite de los motores, se acoplaban unas bombas incendiarias u otras de fragmentación que, tras el impacto, incendiaban y derramaban el contenido.

Al mismo tiempo que se producía ese ataque, el crucero Almirante Cervera bombardeaba a gran distancia y su acción se reforzaba con el fuego de la artillería de montaña.

El anarquista Carrocera y sus hombres pudieron resistir en el Mazuco hasta el 15 de septiembre, retirándose al margen izquierdo del río Bedón. Pero en esta zona se mantuvo el batallón cántabro de Infantería de Marina, concretamente en Peñas Blancas, una línea defensiva formada por los picos Tiedu, Cabeza Ubena y la propia Peña Blanca. Nadie hubiera dado nada por este batallón, había sido organizado con marineros y tropas sobrantes de las tripulaciones de los barcos y la defensa costera. Muchos de sus integrantes habían pertenecido a los batallones disciplinarios y habían permanecido siempre en la segunda línea; ahora se convertían en la vanguardia del ejército republicano.

Una y otra vez el ejército franquista presente en la zona, intentó el asalto a sus posiciones, primero el X de Zamora, después los escuadrones, más tarde el X de América, sin conseguirlo el día 16 ni el 17. El día 18 la aviación ametralló y bombardeó las posiciones del batallón de marina, quienes agazapados esperaron a que se retiraran los aviones y se defendieron lanzando bombas de mano. El día 20 las baterías de artillería de montaña marcaban una y otra vez los objetivos que debía cumplir la aviación, las escuadrillas batían continuamente el sector de Peñas Blancas y finalmente el teniente coronel Mora atacó con varios batallones tomando los tres vértices de Peñas Blancas. La superioridad del ejército franquista era evidente, había concentrado en el sector 18 batallones de soldados, con su artillería de montaña, treinta y seis aviones de combate y el crucero Almirante Cervera. Ese día concluyó la batalla de la sierra de Cuara, pero continuaba la batalla del Oriente de Asturias.

El 1 de Octubre los batallones de la Brigada de Castilla consiguieron traspasar los pasos de montaña y ocuparon el santuario de Covadonga, llegando a la línea defensiva del Sella el día 8 de Octubre.

El avance franquista por el Sur se producía con muchas dificultades, y Dávila reforzó las fuerzas con 24 batallones más al mando de Muñoz Grandes; sólo el 5 de Octubre ganaron la vertiente cantábrica , debido a la tenaz resistencia republicana.

El día 10 de Octubre se produjo un vuelco en la situación, Solchaga conseguía cruzar el Sella mientras que la Legión Cóndor destruía Arriondas e Infiesto. El 14 llegaban los navarros a Arriondas, mientras que el CTV partía de Pravia y atacaba en dirección a Avilés. Al día siguiente los soldados de Solchaga y Aranda enlazaron en Infiesto.

A partir de ese momento se desplomó la resistencia y empezó la huida por mar. El día 17 el Consejo de Asturias y León había solicitado resistir durante tres días para que los mandos militares y los mejores batallones pudieran pasar a Francia y de allí a la zona centro. El día 20 el Estado Mayor Central dió la orden de que se evacuaran los efectivos por mar, pero no se contaba con buques suficientes, pues el destructor Císcar había sido hundido por la aviación y algunas pequeñas embarcaciones presentes en los puertos de Gijón y Avilés no estaban dispuestas porque la Legión Cóndor había incendiado los depósitos de gasolina del Musel. En cualquier caso, los combatientes fueron embarcados en la noche del 20 al 21 de Octubre y sólo la mitad pudieron llegar a Francia; el resto fue apresado o hundido por los vencedores.

La mañana del día 21 abandonaban Gijón los mandos militares, y aquella misma tarde la IV Brigada de Navarra entraba en Gijón. Había desaparecido el frente Norte.

El balance de la operación fue desastroso para la República ; hubo 35.000 muertos, se perdieron 14 divisiones, cayeron 22 batallones prisioneros, cinco se echaron al monte y sólo diez batallones consiguieron llegar a Francia. La resistencia asturiana proporcionó al menos tiempo a la República y permitió crear el Ejército republicano de maniobra de la zona centro, que un mes después lanzaría un ataque contra Teruel evitando la ofensiva franquista contra Madrid. Por el contrario la desaparición del frente Norte reportó considerables ventajas a

Franco, entre ellas la existencia de un frente único desde el Pirineo hasta la costa del sur de Granada y la disponibilidad de muchos efectivos.

HACIA LEVANTE

Teruel

En el verano de 1937 un informe del Estado Mayor Central republicano comunicaba el ataque que se había producido en Branchales y alertaba acerca del peligro que podía constituir Teruel para las comunicaciones entre Cataluña y Levante. Se creó entonces el Ejército de Levante, al mando de Hernández Saravia con los cuerpos del Ejército XIII en el frente Norte de Teruel y el XVI en el sur. Las fortificaciones llevaron su tiempo y en noviembre todavía faltaba la artillería y unos 14.000 hombres.

En noviembre de 1937 se tenían fundadas sospechas de que Franco intentara reanudar la batalla de Madrid y que en este momento lo hiciera a través de Guadalajara o bien que pensara dirigirse a la zona mediterránea para partir en dos la zona republicana. Rojo y su Estado Mayor diseñaron tres estrategias para adelantarse a los acontecimientos, Extremadura-Andalucía, Huesca y Teruel. De las tres la que parecía menos arriesgada era Teruel y se optó por esta opción en Diciembre cuando se conoció que doce divisiones franquistas se estaban concentrando desde el valle del Jalón hasta Medinaceli. Su situación en el territorio republicano, en un saliente de la línea de frentes, el tamaño de la ciudad, su escasa guarnición y sobre todo su lejanía en una zona escasamente poblada, fueron determinantes. En realidad este objetivo no era estratégico; lejos de todas partes, mal comunicado, no había ninguna ruta ni permitía continuar la ofensiva ni ofrecía nuevos recursos; más bien podía ser un objetivo político. La República necesitaba una victoria fácil. Rojo diría *“los momentos son trascendentales,*

necesitamos una victoria resonante a toda costa y todo el ejército tiene puestas sus miradas sobre nosotros”

El plan de operaciones llevó el sello de Rojo. Factor sorpresa, rapidez en la ejecución, y maniobra envolvente. Se cruzarían las líneas enemigas durante la noche, se aislaría la ciudad y se consolidarían las posiciones procediendo a tomar la capital. Dos columnas atacarían por la espalda, cortando la retaguardia, mientras que otra columna dirigiría su ataque de frente .Se realizaría en Diciembre y para ello se reforzarían los dos cuerpos del Ejército de Levante con el recién creado Ejército de Maniobra. Para la operación se movilizaron un total de 77.000 hombres, 3.230 vehículos y 2.350 caballos. Cada columna contaría con un batallón de tanques y se repartirían 148 piezas de artillería. Ibarrola, al mando del XXII Cuerpo atacaría por el Norte, Fernández Heredia con el XVIII Cuerpo por el Sur y Arturo Menéndez chocaría frontalmente por el centro con el XX Cuerpo del Ejército.

Como estaba previsto, de madrugada, el 15 de diciembre de 1937, en medio de una oleada de frío comenzó la ofensiva republicana .La 11ª División de Lister partió de Villalba Baja y cortó la carretera de Zaragoza tomando después Concul. Los otros dos cuerpos avanzaron más despacio .Hasta el día 20 el XVIII Cuerpo del Ejército, que había salido de Rubiales no pudo enlazar con el XXII Cuerpo del Ejército. El XX Cuerpo del Ejército, que tuvo que actuar con dos divisiones, quedó detenido durante cuatro días en el puerto del Escandón, a pesar de los tanques. Teruel estaba guarnecido por una brigada del coronel Rey d´Harcourt, de 4.000 hombres, a quienes se unieron unos centenares de voluntarios. Rápidamente se dispusieron en las posiciones que rodeaban la ciudad y en la Muela, una cresta situada al Oeste de la población. La aviación republicana bombardeaba continuamente, provocando el terror entre los habitantes de la ciudad .La Muela cayó en manos de la 34 División el día 18 y al día siguiente se desplomaron las posiciones franquistas del puerto del Escandón .Mientras los franquistas se replegaban hacia la ciudad, se fueron ocupando la zona del cementerio de Teruel, los arrabales y el campo de fútbol en medio de un intenso temporal de nieve.

El día en que comenzó la batalla de Teruel, Franco decidió suspender la operación sobre Madrid y acudir a Teruel. Según su concepción del honor militar, ni podía perder una capital de provincias, por pequeña que fuera, ni abandonar a los compañeros en peligro. Ordenó a Rey d'Harcourt resistir a toda costa, mientras llegaban dos cuerpos de ejército del Sur y el Norte de Turia, al mando de Varela y de Aranda.

El 22 de Diciembre los republicanos penetraban en la ciudad y los sitiados decidieron fortificar dos reductos urbanos, uno, en torno al Seminario, la iglesia de Santiago y los conventos de Santa Clara y Santa Teresa, defendido por el coronel Barba .Otro con los edificios de la Plaza de San Juan, el Banco de España, el hospital de la Asunción, el Hotel Aragón y la Comandancia Militar, dirigido por Rey d'Harcourt . Las tropas franquistas supervivientes, unas 3.700, se hacinaban en los sótanos con unos cuatro mil civiles. La situación en el interior de esos edificios era insostenible. La aviación y la artillería republicanas seguían bombardeando y numerosos tanques avanzaban hacia la ciudad. No había alimentos ni agua, ni material sanitario en el interior de los refugios y cerca de un millar de heridos no podían ser atendidos. Mujeres, ancianos y niños morían diariamente.

El día 24 los republicanos dieron por fracasada la contraofensiva franquista y Rojo, que había presenciado las operaciones, regresó a Madrid con la idea de retomar su plan de ataque a Extremadura. En el interior de Teruel se seguía combatiendo, y milicianos y carabineros trataban de asentar la ciudad definitivamente. El día 25 se decidió volar con minas los edificios de la ciudad; cayeron el Casino y el Banco de España y se saqueaban las tiendas y casas de Teruel. Los civiles encerrados temblaban, *“el ruido sordo de la piqueta, sobre todo por la noche, ponía en el corazón mejor templado escalofríos de espanto”*

Pronto comenzaría la contraofensiva franquista y Rojo tendría que regresar al frente. El general Kindelán había organizado la aviación franquista en cuatro unidades: la legión Cóndor, la aviación legionaria, la I brigada aérea hispana y las fuerzas aéreas de Baleares, además de varios grupos independientes para la cooperación por tierra; en total, más de 400 aparatos bien equipados y puestos a punto .Cuando el 29 de Diciembre atacaron, los cuerpos de Varela y de Aranda

fueron protegidos por la Legión Cóndor mientras Rey d´Harcourt continuaba resistiendo. La Muela cambiaría varias veces de mano hasta que el 31 las tropas de Agustín Muñoz Grandes la tomaran, llegando a las afueras de la ciudad al atardecer.

Las batallas se desarrollaban en unas condiciones muy penosas, en uno de los inviernos más fríos que se recordaban, con temperaturas que rondaban los veinte grados bajo cero. Algunos soldados disparaban ráfagas de ametralladora para calentarse las manos con los tubos, otros tenían tan heladas las manos que debían arrancar con los dientes el seguro de las granadas de mano. Los campos amanecían cubiertos por un manto de nieve que se convertía pronto en hielo; las bajas temperaturas hacían estallar los motores y depósitos de agua de los automóviles y camiones. El frío causó estragos en los combatientes, detuvo la logística e inmovilizó a los dos ejércitos, afectando más a los franquistas.

En Teruel la Nochevieja de aquel año fue inolvidable; sin luz, con mucho frío, con gran parte de los edificios destruidos y la certeza de que los combates proseguían. Rey d´Harcourt no podía resistir más y estaba dispuesto a rendirse al amanecer. No sabía que sus sitiadores, dos brigadas de carabineros, habían abandonado la ciudad, aunque presionados por sus mandos, regresaron de madrugada a sus posiciones. Rojo había advertido a sus fuerzas que la suerte de la batalla dependería de la conducta de los mandos y tropas y que quien abandonara sus posiciones de defensa sería juzgado sumarísimamente.

Los carabineros fueron reforzados con dos brigadas de la División 25 y de la 40, y el V Cuerpo del Ejército, dirigido por Modesto debía prepararse para intervenir. Estas fuerzas, que constituían el cuerpo de élite del ejército de maniobra, iban a ser empleadas para un ataque frontal, es decir se arriesgaban los mejores efectivos en un combate directo, con lo que se acentuaría el desgaste de efectivos.

Durante la primera semana de Enero de 1938 en Teruel se estaban produciendo dos batallas concéntricas, una en el interior de la ciudad, en la que resistían Rey d´Harcourt y Barba, hasta que se rindieron al final de la semana, y otra en torno a

la ciudad, en la que Varela y Barba creaban situaciones difíciles para los republicanos pero no conseguían ningún objetivo concreto, a pesar de su superioridad artillera y aérea. Las temperaturas eran tan extremas que el ejército franquista se vio obligado a paralizar las operaciones desde el día 5 al 16. Dos metros de altura de nieve, los soldados mal pertrechados para el frío, los mecanismos de las máquinas atascados y la falta de refugios donde guarecerse así lo recomendaban.

En el interior de Teruel la lucha continuaba en torno al hospital de la Asunción, en el que se habían refugiado los soldados del Gobierno Militar y el Convento de Santa Clara, donde se encontraban los defensores del Seminario. El 7 de Enero Rey d'Harcourt se rindió y con él los que permanecían en el hospital, 1500 personas entre las que se encontraban soldados, heridos, mujeres y niños. Habían transcurrido veinticuatro días en los que las condiciones iban cada vez empeorando y no poseían más víveres, agua, ni medicinas, se habían agotado las municiones y aumentaban las deserciones. Resistir en tales condiciones no llevaría más que al sacrificio del personal no combatiente. Más tarde se rendiría Barba, pero el impacto de su rendición no fue tan grande como la de Rey d'Harcourt a quien el Cuartel de Franco acusó de traición al día siguiente, cuando proclamó su derrota. Es cierto que Rey d'Harcourt había cometido algunos errores, se había precipitado en hacerse fuerte en los principales edificios de la ciudad sin abastecerse previamente de armamento pesado, agua, alimentos y medicinas. Había permitido la entrada de la población civil cuyo hacinamiento y dificultades de supervivencia habían minado la moral de los defensores. Pero también se habían producido algunos fallos en las tropas que venían a rescatarles. Conquistada la Muela el día 31, no habían aprovechado la desbandada republicana de ese día para alcanzar la capital y liberarles.

Las bajas republicanas hasta ese día habían sido 6838, según Rojo y se habían capturado 3567 prisioneros. La prensa republicana se hizo eco de la primera victoria militar importante, y Teruel se convirtió en una baza de propaganda de la República, que sirvió para elevar la moral de la tropa y de la retaguardia. El

general Rojo volvió a ausentarse del frente, creyendo que la batalla había concluido.

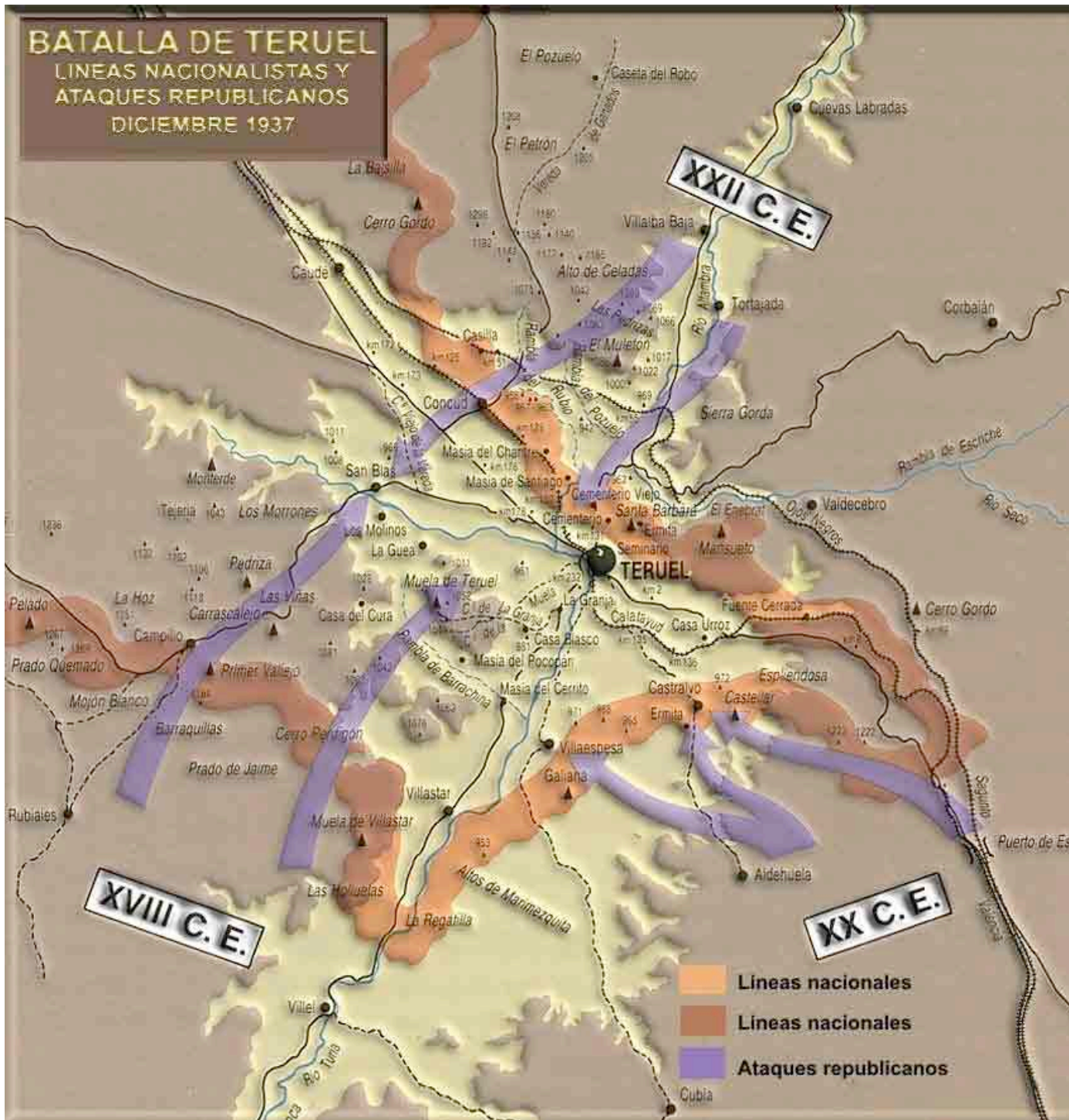
Lejos de esto, el día 14 comenzaba la segunda fase. El general ordenaba a Aranda y Varela que reconquistaran la ciudad, al mando de sus tropas que ahora eran designadas Cuerpos del Ejército de Galicia y Castilla. Aranda debía atacar por el Norte y Varela por el Sur y Sureste. Cuando el primero hubiera conseguido atravesar el Alfambra, el segundo cortaría las comunicaciones de la ciudad y saldría a su encuentro.

Los republicanos también habían reagrupado sus fuerzas .Al Ejército de Levante, con los cuerpos de ejército XIII y XIX y al Ejército de Maniobra con los Cuerpos XVIII,XX y XXII, se sumaban el V Cuerpo y el XXI.

El ataque de las tropas franquistas duró desde el 17 al 22 de enero y acabó con un fracaso ante las tropas de Hernández Sarabia; el 19 entraron en acción las Brigadas Internacionales que habían descansado durante la primera fase de la batalla .Entre el 25 y el 29 una contraofensiva de Hernández Sarabia recuperó terreno hasta que debió retirarse ante la fatiga de los hombres y la intensidad de los ataques aéreos. El 30, Dávila recibió refuerzos hasta contar con los cuerpos de Castilla, Galicia, marroquí y la división de caballería, preparándose para atacar de nuevo. Quería llevar el frente hasta el sector de Perales y asegurar las comunicaciones entre Teruel y Zaragoza. Franco, criticado por alemanes e italianos por la manera de conducir la guerra, intentaba desbordar al enemigo .El dos de Febrero se intenta una maniobra de envolvimiento que debía terminar con la conjunción de los cuerpos de ejército y marroquí a retaguardia del frente. El cuerpo de Castilla, hasta entonces quieto, completaría el cerco de Teruel saliendo al encuentro del IV Cuerpo del ejército de Galicia, que habría atravesado el Alfambra.

Mientras, Rojo pretendía continuar con las otras ofensivas, creyendo que Teruel se había liquidado. Dejó en las mismas posiciones a sus tropas, sin replegarlas a unas posiciones más favorables; sus enemigos, en cambio, se reforzaban. La llamada batalla del Alhambra comenzó el 5 de febrero, cuando las catorce divisiones de Dávila empujaron y hundieron el frente de ocho divisiones republicanas, y la caballería de Monasterio dio una carga tremenda contra los agotados republicanos, que sufrieron 15.000 muertos y heridos y 7.000 prisioneros. Una reacción conjunta de los ejércitos de Maniobra y Levante intentó taponar la brecha, pero el 17, Yagüe atravesó el río con el cuerpo marroquí mientras los bombardeos republicanos se habían concentrado para buscar la escuadra enemiga. Rojo reorganizó sus fuerzas y concentró todos los efectivos en ese frente; trataba de proteger la plaza y a quienes la defendían. La aviación republicana, mandada por Ignacio Hidalgo de Cisneros, colaboraba en la tarea y saldría muy perjudicada. Los franquistas avanzaban lenta e inexorablemente hacia la ciudad y entonces El Campesino, que con la 34 División se hallaba dentro de ella, ordenó por su cuenta y riesgo una retirada nocturna a costa de muchas vidas. Aunque Rojo y Prieto le dieron la razón, Lister y Modesto le criticaron abiertamente. El día 22 de Febrero los ejércitos franquistas entraban en Teruel. Una vez perdida la plaza, y por consiguiente la batalla, arreciaron las críticas entre los republicanos. Se consideraba que la aviación no había apoyado lo suficiente, pues en lugar de defender la ciudad el día que cayó, se hallaba bombardeando el crucero Almirante Cervera en el Mediterráneo. En realidad poco podía hacer la aviación republicana frente a la superioridad aérea franquista.

Teruel había sido una operación concebida para tratar de ganar tiempo, mientras se producía, el Ejército del Centro de Miaja estuvo alerta por si Franco emprendía de nuevo la batalla de Madrid. Concluía sin que ninguno de los contendientes pudiera derrotar totalmente al contrario y sin embargo acarreó gran número de muertes y de pérdidas de material bélico.



Fuente del mapa : http://www.teruelirwal.es/teruel/batalla_teruel.html

Hacia el mar

Una vez perdida Teruel, la desmoralización hizo mella en el Ejército republicano. El propio Rojo, abatido, ofreció su dimisión, pero no le fue aceptada. El Gobierno de la República era consciente de las dificultades que entrañaba hacer frente a la guerra, por mucho que se perdiera en inútiles discusiones acerca de cómo abordarla. Hasta ahora, para contrarrestar la superioridad de los medios materiales y técnicos del enemigo, se había opuesto la moral de combate, ahora se instalaba el desánimo en aquellos combatientes y en quienes les dirigían. A pesar de ello, Rojo se repondría y con él muchos militares, que aún conscientes de que hasta ahora no habían podido obtener ningún éxito, no estaban dispuestos a darse por vencidos. Alguna alegría, como el hundimiento del Baleares, servían para elevar la moral de todos.

Entre Marzo y Abril de 1938 se produjeron dos batallas, la de Aragón y la del Maestrazgo, que permitieron que la República quedara partida en dos y que los franquistas llegaran al mar Mediterráneo. Si analizamos su desarrollo, comprobaremos cómo el agotamiento de los soldados republicanos y su inexperiencia estuvieron presentes en esos momentos, y de igual manera cómo Franco llevó a cabo una serie de acciones que escaparon a la lógica del momento y que desconcertaron no sólo a los republicanos sino también a algunos de sus mandos militares. Madrid dejaba de tener importancia en sus planes estratégicos, y se empeñaba en conquistar una parcela de terreno abrupta, montañosa y prácticamente despoblada, la zona de los Monegros, los pueblos alejados de Teruel, el Maestrazgo, y se dirigía hacia Valencia. Pero en esos momentos la capital de la República no se hallaba en esta ciudad sino en Barcelona, y también contra todo pronóstico, cuando estuvo en sus manos una fácil victoria, tras la caída de Lérida, optó por dejar acantonadas sus fuerzas, con el consiguiente disgusto de los mandos militares que ya se veían en las Ramblas. Italianos, alemanes y ahora los propios franquistas se daban cuenta de que Franco no tenía ningún interés en acabar la guerra, y no puede deberse a su

ineptitud, aunque sus dotes de estrategia distaran bastante de lo que sus hagiógrafos pretendieran. Para explicar esta dilación, que llevó a prolongar la contienda un año más sólo nos queda pensar que estuviera aplicando una batalla de desgaste moral en toda regla a todo el país, para que el recuerdo del sufrimiento físico y moral padecido asegurara una victoria duradera.

Franco había observado que el ejército republicano podía mantener una batalla decisiva en un frente continuo y organizado, pero que en campo abierto, como había venido sucediendo desde el primer momento, su capacidad de maniobra se reducía. Era lógico que eso sucediera, pues pocos efectivos militares republicanos podían recibir en puridad la denominación de profesionales, sobre todo cuando los reemplazos se sucedían. Si antes eran quince días de instrucción, ahora los plazos se reducían y entraban muy poco en combate. Muy jóvenes, con la experiencia de cerca de dos años de contienda, sufriendo sus rigores en la retaguardia, ya no sentían la perentoriedad de defender a ultranza a la República, pues percibían los vaivenes que se estaban produciendo en su política.

A primeros de Marzo de 1938 el frente de Aragón era una discontinua línea dividida en dos tramos por el río Ebro. Al norte de éste, desde los Pirineos, se disponían los ejércitos franquistas de Navarra, dirigidos por Solchaga y Aragón, mandados por Moscardó. Al sur del Ebro se encontraban el Ejército marroquí de Yagüe, la Agrupación García Valiña, el CTV, mandada por Berti y el Ejército de Galicia.

Los republicanos defendían esas posiciones con el Ejército del Este, el de Maniobra y el de Levante, pero a lo largo de las batallas unas divisiones del primero y del último se adscribirían al de Maniobra.

La ofensiva franquista comenzó el 9 de Marzo de 1937, con el apoyo de la Legión Cóndor, de la Aviación Legionaria y de la Brigada Aérea Hispana, eran muchos batallones y baterías. El peso de la operación recaería en Yagüe, que no encontró grandes dificultades para acabar con el XII Cuerpo del Ejército republicano y reconquistar Belchite.

A los tres días de iniciarse las operaciones, los franquistas avanzaban hacia Caspe y Rojo encargó al XVIII cuerpo del Ejército y a Fernández Heredia que lo

impidiera, pero el día 13 las tropas de Valiña y el CTV atravesaban la primera línea de defensa, el río Martín y continuaban hacia el río Guadalope.

Rojo era consciente de la debilidad de sus fuerzas. Andorra y toda su zona se habían perdido sin apenas lucha; de todas sus tropas sólo salvaba al cuerpo XXI de Perea, y dice textualmente *“el resto de las tropas no sirve prácticamente para nada”*

Cuando los marroquíes y Yagüe estuvieron en Caspe, Franco decidió que se prosiguiera el avance hacia la costa, y es más, adelantar las líneas hasta el Cinca y si podía ser, hasta el Segre. Rojo creía que la verdadera ofensiva estaría centrada en Madrid, pero no fue así. Los franquistas llegaron al Guadalope y tomaron posiciones. Menéndez sería el encargado por la República de dirigir el cuerpo del ejército del Ebro, pero apenas pudo evitar la debacle.

La marcha de la guerra influyó en los acontecimientos políticos y provocaron el hundimiento de la retaguardia republicana. Prieto comenzó a ser cuestionado y atacado desde todos los flancos, especialmente por los comunistas. Negrín le destituyó y asumió la cartera de Defensa.

El 30 de Marzo Juan Perea había sustituido al general Pozas, jefe del Ejército del Este; cuando llegó a hacerse cargo del mismo se percató de que sus fuerzas estaban absolutamente colapsadas. Sólo resistía El Campesino, defendiendo Lérida, que cayó pronto ante Yagüe.

La caída de Lérida produjo discrepancias entre los mandos militares franquistas. Dávila y Yagüe calculaban que en sólo dos semanas estarían en Barcelona, pero Franco se opuso. Sus hagiógrafos justifican su oposición en base a la existencia de unas divisiones francesas en el sur de los Pirineos que pudieran participar en la contienda en el caso de que Barcelona fuera atacada, pero era harto improbable que el Gobierno de Francia interviniera. El ejército franquista hubiera obtenido una fácil victoria en Cataluña pero Franco optó por una solución más compleja, continuó con el ataque secundario desde el Maestrazgo, apuntando hacia el sur de Tarragona.

Comenzó así la batalla por el Maestrazgo, una complicada zona montañosa despoblada. En esta zona se encontraba el Ejército de Maniobra, de Menéndez y

más al sur el Ejército de Levante del coronel Hernández Saravia. El primero de ellos intentó reorganizar la línea del Ejército de Maniobra y mantener reservas para contraatacar e impedir el avance hacia la costa. En el caso de que no tuviera éxito su iniciativa, sus tropas podrían replegarse hacia el sur de Cataluña.

Los italianos del CTV se encaminaron hacia Tortosa, pero en el delta del Ebro les cerraron el paso las Divisiones III y XI de Líster, impidiéndoles avanzar a partir del 30 de marzo. En el interior, las tropas de García Escámez estaban detenidas en Beceite y Aranda se encontraba más al sur, en el Maestrazgo, en una misión secundaria. El 4 de abril había conquistado Morella, y se le encomendó que avanzara hacia la costa. Era una forma de salir del impasse y un intento por el sur de cortar el frente. El 10 de abril Aranda consiguió romper el frente y en días sucesivos los requetés de la IV División de Navarra avanzaron por el Maestrazgo. El 14 de abril todavía los republicanos hicieron frente y tuvieron que emplearse la aviación y los carros de combate, pero ese día consiguieron ocupar una línea de treinta kilómetros paralela a la costa.

Al día siguiente el Cuerpo del Ejército de Galicia avanzaba hacia el mar y dominaba la carretera y el ferrocarril de Valencia-Barcelona, y esa misma tarde las primeras tropas de la IV de Navarra entraba en Vinaroz. Ese 15 de abril de 1938 es cuando se produjeron las imágenes que se han hecho famosas con los soldados que por primera en su vida veían el mar, entrando en el agua y saludando brazo en alto al Mediterráneo. García Valiño, más al norte, también llegó al mar ese día en Ulldecona y Alcanar, unos pequeños pueblos de Tarragona.

Entre el 15 y el 19 de abril Aranda distribuyó el Cuerpo de Ejército de Galicia por la zona costera y el 18 los italianos penetraron en Tortosa. Los territorios republicanos quedaban separados en dos mitades.

Franco había alcanzado su objetivo pero volvió a sorprender a propios y extraños. Sus tropas estaban en Lérida y en Vinaroz, y en poco tiempo hubieran podido tomar Cataluña y con ella Barcelona, lugar en el que residía ahora el Gobierno de la República. La pérdida de Cataluña probablemente hubiera sido determinante para el fin de la guerra. Sin embargo, ordenó girar hacia Valencia, cuando la

capital ya no estaba en ella. Optaba una vez más por una guerra larga, que le permitiera someter a los altos mandos militares, fueran españoles, italianos o alemanes, domesticar a la derecha y aniquilar a la izquierda.

LA BATALLA DEL EBRO

Vicente Rojo rehízo el Ejército del Este y consiguió organizar un nuevo ejército, el del Ebro. Pudo hacerlo gracias a la llegada de material bélico a través de la frontera francesa y a que Franco había decidido no continuar la batalla de Cataluña una vez conquistada Lérida. La nueva unidad estaría mandada por Modesto y la formarían los cuerpos de ejército V, dirigido por Líster, el XV que correspondía a Tagüeña y el XII a Etelvino Vega. Los cuatro jefes pertenecían al Partido Comunista, por lo que Azaña, que admiraba su disciplina interna, escribía que el ejército del Ebro estaba lleno de comunistas. Su presencia no tenía que ver con la ideología sino más bien con la confianza que Rojo había depositado en ellos, confianza que descansaba en los resultados en el campo de batalla. Como vimos anteriormente, la llegada a Vinaroz había dividido en dos a la República y había tenido dos secuelas importantes, el aislamiento de Barcelona y la amenaza sobre Valencia, un peligro que se convirtió pronto en una realidad en la batalla de Levante. Valencia resultaba vital para la República por su producción agrícola e industrial y sobre todo por su puerto, últimamente era el sostén económico de la zona Centro.

La República necesitaba una victoria, la venía necesitando desde hacía mucho tiempo, que sirviera de balón de oxígeno y que pudiera levantar los ánimos de los combatientes y de la retaguardia. Los soldados, en la primera línea del frente, soportaban las dificultades, pero se desmoronaban anímicamente cuando conocían las miserias que sufrían sus familiares directos, y llegaba un momento en el que era inútil la labor del comisariado político.

Una vez más Rojo proyectaría una operación que auxiliara de forma indirecta a una zona asediada y que tuviera unas mínimas garantías de éxito. El lugar elegido se encontraba en el tramo entre Mequinenza y Amposta; se trataba de situar las unidades del Ebro al otro lado del río pero como toda operación militar con un curso de agua a sus espaldas, tenía la dificultad de que pudieran quedar aisladas, sin posibilidad de recibir apoyo logístico. Rojo sopesó todos esos

inconvenientes pero siguió adelante porque tal vez no fuera la mejor sino la única maniobra que en ese momento se pudiera ejecutar con pocas tropas para remediar la situación de Levante. Era una batalla ofensivo-defensiva que contaba con la consiguiente reacción del enemigo y que estaba al corriente de que la mentalidad militar de Franco podía impulsarle al sacrificio de miles de vidas si entendía que su prestigio podía estar en entredicho, y Franco solía creer que siempre su prestigio lo estaba. Negrín no sólo apoyaba la operación, sino que según algunos autores la impulsó decididamente, en su deseo de alargar la guerra mientras estallaba el conflicto internacional que se aproximaba a Europa.

La ofensiva de Rojo descansaba en el establecimiento de una cabeza de puente en Gandesa y en la penetración hacia Caspe y Vinaroz al abrigo de las sierras de Pandols y Baceite. Desde sectores distintos los cuerpos del Ejército XV y V atravesarían de madrugada el río para coincidir en un mismo punto de la retaguardia. En el sector principal intervendría el XV Cuerpo de Tagüeña, que atacaría por Ribarroja y Ascó, avanzando hacia Gandesa por la carretera de Flix. Al Sur el V Cuerpo desarrollaría su ataque teniendo como eje la carretera de Tortosa a Gandesa; una de sus brigadas marcharía hacia Gandesa por Benifallet y una de sus divisiones por Ginestar, también hacia Gandesa. Mientras esto sucedía, se debía confundir al enemigo con dos ofensivas secundarias, al Norte y al Sur del ataque principal; la 46 División traspasaría el Ebro en las cercanías de Amposta y la 42 cerca de Mequinenza.

El cuerpo marroquí de Yagüe se hallaba a cargo de la margen derecha del Ebro y desde hacía un tiempo llegaban noticias de que los soldados enemigos se estaban entrenando para el vado de los ríos, y también se observaba gran movimiento de tropas que traían y llevaban barcas, pasarelas o compuertas que camuflaban cerca de la orilla. Los franquistas preveían un ataque en esa zona, pero no el calibre del mismo; en cualquier caso, los requerimientos de tropas por parte de Yagüe no fueron atendidos por Franco, pues consideraba prioritaria la batalla de Valencia.

El 25 de Julio, a las 0,15 de un día tan emblemático como el de Santiago, comenzó la batalla del Ebro. Esa noche los republicanos descubrían los ramajes

que habían ocultado las barcas y se tendían hileras de tabloneros colocados sobre hexágonos de corcho o barricas en el lecho del río para transportar los materiales más ligeros. Cruzaron al otro lado por catorce puntos e hicieron infinidad de prisioneros. El primer objetivo había sido cumplido; las sierras de Caballs, Pandols y Fatarella habían sido conquistadas por el ejército del Ebro, y Gandesa, clave de una gran cabeza de playa, se estaba defendiendo del ataque de la 35 División republicana. Al Norte, cerca de Mequinenza, se había formado otra bolsa menor; el paso del río estaba asegurado y los republicanos ocupaban Ascó, Flix y Ribarroja. Un frente de cerca de setenta kilómetros acababa de establecerse.

Yagüe se percató en seguida de que el ataque principal se encontraba en Gandesa, mientras que Dávila creía que se dirigiría hacia el sur, en paralelo a la costa. Cuando éste último percibió que en Amposta no aumentaba la intensidad del ataque, envió a Gandesa los refuerzos de los que disponía, a las órdenes de Barrón, de Alonso Vega e incluso desde el frente del Segre y desde Extremadura. Un soldado que participó en la operación refiere cómo marchaban a pie *“bajo los inmensos bosques de pinos que cubren toda la sierra hasta las puertas de Gandesa, y esos pinares que nos ocultaban de la aviación, resultaron nuestros peores enemigos, pues los Stuka y Fiat los regaron con bombas incendiarias.”*. Para evitar el ataque, se detuvo el avance hasta la noche y de madrugada se llegó a las proximidades de Gandesa, pero *“cuando la 46ª División penetró en los suburbios de Gandesa, fue diezmada, sin ver un sólo enemigo”*. El planteamiento inicial de la batalla por parte de Rojo no preveía el apoyo de la aviación, y esto suponía un defecto considerable del plan de ataque. La aviación era un arma moderna, y olvidar este recurso implicaba una concepción tradicional de la lucha. La primera fase de la operación consistía en atravesar el río en barcazas al tiempo que los pontoneros construían puentes y pasarelas que permitirían transportar al otro lado los equipos pesados. Precisamente esos equipos garantizarían la rapidez del avance, sin dar tiempo a que los franquistas reagruparan sus tropas y recibieran apoyos. Los aviones republicanos estaban defendiendo Valencia, pero hubieran podido apoyar la operación; no lo hicieron hasta más tarde y esa circunstancia condicionaría el resultado. Los franquistas

enviaron rápidamente su aviación e impidieron la construcción de pasarelas y de puentes con sus continuos bombardeos. De manera que los soldados tuvieron que esperar la llegada de los camiones y carros de combate al otro lado del río, y al no recibirlos, debieron desplegarse por la zona a pie, con lo que cuando llegaron a los puntos indicados, estaban completamente agotados. Tampoco se tuvo en cuenta el hecho de que el enemigo controlaba los embalses del tramo superior del río, ni la posibilidad de que abrieran, como lo hicieron, las compuertas, elevando el nivel de las aguas cerca de tres metros

El retraso que se produjo permitió que los enemigos se fortificaran y la carencia de material de apoyo desvirtuó totalmente la acción primigenia. Hubo también problemas inesperados, como la necesidad de custodiar a miles de prisioneros, como ocurrió en la zona de Mequinenza, hasta que se habilitó un campo de concentración en Falset, y sobre todo existieron serias dificultades para establecer comunicaciones entre una y otra orilla del río.

Si se deseaba tener éxito, era imprescindible que los republicanos trasladaran cuanto antes sus efectivos al otro lado, de manera que la maniobra de profundización en el territorio pudiera llevarse a cabo, pero el día 26 continuaron los ataques de la aviación y la apertura de las compuertas de los embalses del Pirineo volvieron a dificultar las operaciones. Los pontoneros republicanos construían los puentes durante la noche y los franquistas los destruían desde el aire al día siguiente.

Gandesa concentró las aspiraciones de los republicanos y desde el día 26 de Julio hasta el 3 de agosto los soldados de la 35 División Internacional trataron de conquistarla sin éxito; ese día llegaron a los alrededores pero no consiguieron tomarla. Sin embargo las dos divisiones del V Cuerpo de Líster ocuparon Mora de Ebro y lanzaron una expedición en torno a la Plana. La primera fase de la operación se consideró un éxito, y como tal se propagó en la prensa republicana, pero era un éxito relativo; la continuidad dependía de la llegada de la artillería y de los carros de combate, que como hemos visto estaban detenidos por la acción de la aviación. Hasta dos días después de iniciada la operación, esa misma 35 División no pudo contar con el armamento pesado, y así era imposible hacer frente

a quienes defendían, parapetados en sus muros, y fortificados, la ciudad de Gandesa.

Los días siguientes endurecieron la lucha e hicieron realmente difícil el traslado del material republicano. Puentes como el de Flix tardaron cinco días en estar dispuestos, pero se mantuvo operativo apenas unas horas del día 30., el mismo día en el que por vez primera los aviones republicanos actuaban en Gandesa.

En esos primeros cinco días se había decidido el destino de la batalla; la iniciativa republicana se había beneficiado del factor sorpresa, pero la carencia de efectivos materiales impedía que se siguiera profundizando en el territorio. Una vez más se optó por fijarse al territorio y se dio la orden de proceder a atrincherarse y de mantener las posiciones alcanzadas. Una trinchera de muchos kilómetros se empezó a cavar entre Fayón y Cherta.

Como vieron pronto los franquistas, se pasaba de una acción ofensiva a otra defensiva. Cambiaba el estilo de los comunicados y de los boletines de las unidades republicanas, aparecían las prevenciones contra las deserciones, las automutilaciones y los actos de negligencia. Las órdenes de Modesto y de Lister fueron taxativas, “*vigilancia, fortificación y resistencia*”. No se podía retroceder, conllevaba directamente la muerte. Lister repetía una y otra vez que quien perdiera un palmo de terreno debería reconquistarlo al frente de sus hombres si no quería acabar ante el pelotón de fusilamiento.

Gandesa continuaba siendo inexpugnable, a pesar de los ataques por tres sectores diferentes que llevaban a cabo las columnas republicanas; no en vano allí se habían concentrado quince batallones de infantería, un regimiento de caballería y tres grupos de artillería franquistas, y además habían tenido tiempo más que suficiente para organizar sus defensas y parapetos.

En realidad el territorio por el que se combatía carecía de importancia estratégica tanto para uno como para otro ejército, pero Franco no podía admitir que nadie cuestionara su superioridad bélica; con gran disgusto de sus altos mandos se dispuso a humillar a los republicanos del Ebro, a costa de sacrificar sus mejores tropas, de perder material de guerra e incluso de posponer la victoria. Negrín tampoco podía aceptar una derrota, y así comenzó una batalla de desgaste que

recordaba a la primera guerra mundial y que costó miles de vidas a ambos bandos.

Los republicanos desplegaron sus fuerzas en un frente de Norte a Sur en la bolsa de Gandesa. Al Norte Tagüeña con el el XV Cuerpo, desde la desembocadura del río Matarraña hasta las estribaciones meridionales de la sierra de la Fatarella. Al Sur Líster, con el V Cuerpo, entre Gandesa y el río Canaletas. El 1 de agosto comenzó la ofensiva de Gandesa, una sucesiva oleada de ataques y contraataques sin un resultado visible. Un brigadista lo narra así *“A las siete comenzó el fuego graneado. La artillería disparaba tan rápido que resultaba imposible contar las granadas que caían, ni siquiera en treinta metros a la redonda.(..)* El teléfono había dejado de funcionar, tanto en las compañías como en las brigadas. Los telefonistas trataban de reparar las líneas una y otra vez, pero en vano. En dos horas teníamos 18 muertos entre los telefonistas(..) entraron en funcionamiento los mensajeros, y sus esfuerzos serían sobrehumanos..Tras una hora de fuego nutrido, calló la artillería enemiga. Entonces aparecieron los bombarderos. Llegaban a nuestras posiciones en oleadas de 50 a 80 aviones, en escuadrillas de cinco. Buscaban tranquilamente sus objetivos y entonces lanzaban las bombas .Nosotros nos encontrábamos indefensos(..).El efecto de las explosiones fue tal que nuestra compañía de reserva, que se encontraba a unos quinientos metros de nosotros, resultó aniquilada por completo.”

A partir del seis de agosto el signo de la guerra varió, y comenzó la contraofensiva franquista. En Mequinenza se había formado otra bolsa más pequeña, que servía de protección a Gandesa. La 42 División Republicana la protegía, pero en unas condiciones difíciles. El terreno era abrupto, carecían de agua y sólo mantenían comunicación con el otro lado a través de una ligera pasarela, desde donde les protegían con el fuego artillero. Hubo varios intentos de destruir esa bolsa, pero sobre todo a partir del 5 de agosto la confluencia de tropas franquistas aconsejó a los republicanos el repliegue. El día seis ,tras el consiguiente fuego de la artillería y con la protección de gran número de aviones, una compacta masa de carros, seguida de la infantería comenzó la subida del vértice Auts, conquistándolo y dominando la meseta.

Durante la batalla inicial por Gandesa Líster había ocupado parte de la sierra de Pandols, unas alturas que controlaban la zona, pero en la que no había agua ni sombra ni medios para guarecerse. Un combatiente que entonces tenía dieciocho años refería que entró en combate por primera vez subiendo a los cerros de Gandesa, y que de una compañía de 130 hombres, sólo bajaron 26 soldados, horrorizados, agotados y exhaustos. Tras vagar tres días por la sierra, aparecieron en Corbera y allí, en una casa bombardeada, pudieron comer almendras y llenar sus cantimploras de vino. El 9 de agosto, después de varios días de infructuosos ataques, la 4ª División franquista comenzó la ofensiva contra la sierra para cortar la carretera de Gandesa a Pinell. Amparándose en las sombras de la noche, ascendieron por el camino de Fontcalda sorprendiendo a los defensores republicanos. La sierra se llenó de explosiones y de humo y se fue combatiendo cota a cota, forcejeando con los republicanos al borde de los precipicios. Así se combatió durante varios días, hasta que el 14 de Agosto los franquistas conquistaron la cota 705.

Fueron unos días especialmente duros, sin comida, alimentándose de raíces, con las cantimploras vacías y el hedor de los cadáveres expuestos al sol, que no lograba combatirse con las bolas de alcanfor que se llevaban colgadas al cuello, con bombardeos continuos de la artillería y de los aviones. Unas tropas eran relevadas por otras en ambos bandos, en una inútil defensa y en un más inútil ataque en aquellas ásperas sierras. No se podía cavar trincheras por las características del terreno y el impacto de las bombas en las rocas aumentaba la dispersión de la metralla. No es de extrañar pues que la división navarra perdiera el 70% de sus efectivos y que se calculen más de 5000 bajas entre los republicanos.

La siguiente ofensiva franquista se produjo entre Villalba de los Arcos, Corbera y el monte de Gaeta. Se pretendía tomar los montes de la Fatarella, para descender y envolver a las tropas enemigas concentradas frente a Gandesa. Se preparó a la luz del día una gran maniobra frontal con las divisiones 102, 152 y 74. Comenzó el 19 de agosto tras un masivo ataque aéreo a las posiciones de mando y una oleada de granadas de artillería; continuó con la apertura de los embalses de

Barahona y Camarasa, que destruyó los puentes de Flix, Mora y Ginestar .Prosiguió al día siguiente con la infiltración de carros de combate y el desbaratamiento de la 135 brigada republicana. Varios días de pugnadas durísimas, en los que los republicanos de Tagüeña se defendían en medio de altas temperaturas, semidesnudos , descalzos y en ayunas para conseguir un resultado en tablas. Era el desgaste por el desgaste, y el paisaje lunar lo atestiguaba, el monte bajo y los pinares destruidos por la acción de los bombardeos, tan demolidos como los propios combatientes.

El 3 de septiembre comenzó una nueva ofensiva franquista para romper el frente al norte de Corbera, y de nuevo la misma táctica, la concentración de medios y ataque al asalto en unos frentes estrechos que se convirtieron prácticamente en mataderos en los dos bandos; cotas como la 343, que dominaba la salida de Corbera se perdió y fue reconquistada cuatro veces en un día por los republicanos. De nuevo doce días con pobres resultados estratégicos y territoriales pero con un abrumador número de víctimas .Más de 10.000 hombres de la República y 6000 franquistas perecieron, para no conseguir la causa de Franco más que el vértice de Gaeta.

Hubo unos días de calma, entre el 13 y el 20 de septiembre, previos a la Conferencia de Munich, tiempo que ambos ejércitos emplearon en reorganizarse. El 18 de septiembre una nueva ofensiva de los ejércitos de Franco, con un planteamiento un poco peregrino, el avance por el cauce del río Sec, encajonado entre las sierras de Fatarella y Caballs, para conseguir acceder al cruce de carreteras de la Venta de Camposines, donde se hallaba el cuartel general de Modesto. Los republicanos habían podido atrincherarse y resistieron hasta finales de mes, cuando un temporal de lluvias detuvo las operaciones.

Esos últimos días de Septiembre fueron definitivos para la República. Negrín había anunciado ante la Sociedad de Naciones la retirada de los voluntarios internacionales que luchaban con la República y solicitado el nombramiento de una comisión de control, de manera que los Brigadistas desaparecerían del campo de batalla. Pero el golpe terminante para la causa republicana se asestó el 30 de septiembre de 1938, fecha en la que se firmaron los acuerdos que cedían a las

exigencias de Hitler. En ese momento, Negrín, que estaba convencido de que la guerra española era el prólogo de la europea, tuvo realmente la certeza de la soledad de la República. Hacía tiempo que no peleaba con la convicción de triunfar, no era un iluso, sino con la idea de poder obtener una paz en las mejores condiciones posibles, de ahí su empeño en resistir.

El otoño venía acompañado de lluvias, y en las trincheras, mal equipados a esas alturas, mojados, ateridos de frío y con la mente en la retaguardia, los soldados republicanos sufrían una tortura psicológica mayor; en ocasiones las bombas lanzaban unas cargas con efectos retardados; se trataba de octavillas en las que leían cosas como “¿Cómo se pasará en vuestras ciudades un invierno sin pan, sin luz, sin carbón”(octavilla expuesta en el CEBE, Gandesa). Eran octavillas escritas en castellano, catalán e italiano, e incluso en inglés y francés, y había que destruirlas rápidamente pues en ocasiones informaban acerca de la marcha de la guerra, un extremo que ignoraban las tropas. En otras octavillas se leía “*lo mismo que en la bolsa de Mequinenza os pasará en esta. Presentaros que no os pasará nada y viviréis bien entre nosotros*”. Esta guerra psicológica a través de la propaganda era practicada por ambos bandos y constituía un arma poderosa; los aviones republicanos lanzaban folletos desde el aire en los que se instaba a los italianos que combatían junto a Franco a exigir su repatriación,. Se argumentaba que la República había aceptado la salida de los brigadistas y se les aseguraba a los italianos que en el momento en el que ellos desaparecieran acabaría la guerra. La batalla del Ebro se encontraba en un punto muerto, y las presiones de los aliados de Franco propiciaron que el 23 de Octubre de 1938 se acordara asaltar definitivamente la sierra de Caballs. Se preparó una gran masa artillera, quizás la mayor de la guerra, Franco siempre decía que la artillería conquistaba el terreno y la infantería lo ocupaba, y se dispuso la participación de cien bombarderos con su protección de cazas, determinándose que el día 30 la 1ª División de Navarra asaltara las posiciones.

En aquel sector se encontraba la 43 División Republicana, y su 130 Brigada recibió el grueso del ataque artillero de ese día, y se cobijó en los refugios excavados en la roca, pero ese era el propósito de los atacantes, que ignoraran

que las fuerzas de la 1ª División de Navarra se hallaban trepando hasta sus posiciones. La toma de la sierra de Caballs fue sencilla, lo difícil vino los días siguientes, entre el 31 de Octubre y el 3 de noviembre, cuando a las tropas de Líster, se añadieron las de Tagüeña y les hicieron frente.

La superioridad numérica de los franquistas era sencillamente abrumadora, y en pocos días ocuparon Miravent, Mora de Ebro y la sierra de Picoso, y para entonces la estrategia de Rojo de iniciar un ataque en otros puntos era harto conocida, de manera que no hicieron mucho caso cuando se iniciaron maniobras de distracción en el sector de Nules-Sagunto y en el de Serós.

Tagüeña recibió el mando del Ejército republicano de la bolsa del Ebro en ese tiempo; debía resistir pero en el caso de una retirada, debía hacerlo con las menores pérdidas posibles. Y eso fue lo que hizo el 15 de Noviembre, sin la autorización de Rojo o de Líster, con quienes había intentado comunicar sin éxito. Mientras la infantería se defendía para retrasar al enemigo, ordenó replegar los cañones y todos los depósitos al otro lado del río Ebro, pues el avance franquista en Camposines era imparable. De madrugada, en medio de la niebla, los tanques y los camiones republicanos cruzaron por Flix y Ascó y terminaba la batalla del Ebro, tras 116 días de combates, el río seguía siendo la divisoria.

Una vez perdida la batalla del Ebro, arreciaron las críticas sobre Rojo. El general Gamir subrayó que la operación había conseguido un éxito táctico pero también había constituido una verdadera catástrofe estratégica porque había absorbido todas las reservas republicanas. Y volvemos al punto por el que comenzamos, Rojo había planteado una acción de defensa indirecta de Valencia, un señuelo que Franco aceptó y no paró hasta conseguir el territorio. No le hubiera costado nada hacer caso omiso y seguir hacia Barcelona, como le aconsejaban sus generales, y se hubieran ahorrado muchos muertos, pues la guerra hubiera terminado unos meses antes.

Los comunistas, y Cordón a la cabeza, consideraban que Rojo debía haber lanzado un ataque de mayor calado, que pudiera cambiar el signo de la guerra. Estaba bien que se resistiera a ultranza y que se procurara mantener una moral de victoria, con el fin de acceder a una paz en mejores condiciones, pero la realidad

suele ser terca, y es evidente que a esas alturas del conflicto la República había perdido la guerra, desde el momento en el que sus enemigos poseían una evidente superioridad en cuanto a los medios de aviación y artillería. Y llega la hora de cuestionar, como lo hicieron entonces sus generales, la forma de actuar de Franco. Podía, porque le sobraban medios para hacerlo, haber llevado a cabo unas acciones envolventes, desde el punto de vista militar más refinadas, pero optó por un ataque frontal, optando por destruir las trincheras republicanas a costa de grandes cantidades de bombas de aviación y de proyectiles. Rojo, un profesional del ejército lo resumiría “*No hay arte, domina la ciencia del aplastamiento.*”. Y llegaría más lejos en su apreciación del vencedor “*las bajas no importan, no hay más que una acción brutal*”. Curiosamente, la misma crítica que habían expresado en privado sus generales.

LA OCUPACIÓN DE CATALUÑA

Una vez concluida la batalla del Ebro la voluntad de resistencia republicana se mantenía; los militares, porque ninguno de ellos conjugaba el verbo desistir, y los políticos porque cada vez era más notoria la voluntad de Franco de erradicarles para siempre del país. Franco insistía una y otra vez en que “*los delincuentes y sus víctimas no pueden vivir juntos*”, (pág. 394, de Preston) de manera que la zona republicana se mantenía en pie de guerra sobre todo por el pánico que suscitaban las evidentes represalias de los franquistas. La población civil sin embargo estaba absolutamente desmoralizada; a las dificultades de la supervivencia en la retaguardia se unían la tristeza y el desánimo que conllevaba un conflicto tan largo, en el que quien más o quien menos temía perder o había perdido a algún miembro de su familia. Las derrotas ininterrumpidas generaban un estado de ánimo que preocupaba al comisariado político. En las tertulias, en los paseos, en los espectáculos, y en las trincheras crecía la convicción de que la guerra estaba concluyendo. El cónsul inglés en Valencia lo apuntaba certeramente, “*algo está*

sucesos detrás de la cortina de humo de las proclamas de luchar hasta el final"(pág.298 de Miralles:"Juan Negrín, "La república en guerra".(Madrid 2003).

Cataluña era vital para la supervivencia de la República; constituía el cordón umbilical que la unía a Europa y que permitía su aprovisionamiento, proveía de productos industriales, sobre todo bélicos y desde hacía algún tiempo residían en ella los gobiernos central, de Cataluña y de Euzkadi. La población civil catalana sufría los bombardeos italianos desde las cercanas bases de Mallorca y dada la inferioridad aérea y antiaérea se encontraba absolutamente indefensa. Eran ya muchos meses de guerra, de hambre y de privaciones, y la situación se complicaba aún más con la constante afluencia de refugiados y de funcionarios llegados con la Administración central. Comenzaba a haber conflictos entre los recién llegados y los naturales de la zona por una mera cuestión de supervivencia. Negrín se encontraba en una difícil situación, cada vez era más evidente que no iba a llegar la ayuda francobritánica y por todas partes surgían voces contrarias a su gestión política y al excesivo protagonismo del Partido Comunista en la vida política y en el ejército. Rojo era continuamente cuestionado y él mismo se quejaba de que la lucha política se había extendido al interior del ejército, cuando lo cierto es que esto se venía produciendo desde el principio de la guerra. No había que ser excesivamente perspicaz como para adivinar que la próxima batalla se libraría en Cataluña, si bien Franco todavía manejaba la idea de un ataque en Madrid o en Valencia. Los generales italianos y españoles intentaban hacerle disuadir de un ataque en la región Centro, pues suponían que el Ejército del Centro se encontraba indemne, y señalaban la debilidad del ejército que protegía Cataluña, muy mermado por su participación en las batallas del Ebro y del Segre.

Cataluña estaba protegido por el Ejército de la Región Oriental, dirigido por Hernández Saravia, y constituido por el ejército del Ebro, situado entre el Mediterráneo y Lérida, y por el Ejército del Este, entre la frontera francesa y Lérida. El Ejército del Ebro se encontraba en peores circunstancias, había sufrido considerables bajas en la batalla del Ebro y defendía una zona poco protegida; sin embargo, el ejército del Este, dirigido por Perea, se desplegaba en una zona

propicia para la defensa y se suponía que conservaba su potencial. Ambos ejércitos poseían en conjunto 220.000 hombres, de los cuales sólo 140.000 estaban encuadrados en brigadas mixtas, unas 25 piezas de artillería, unos 120 aviones, 40 tanques y 60 carros blindados.

Sin embargo, a pocas jornadas de comenzar la ofensiva franquista en Cataluña, el 6 de diciembre de 1938, Perea informaba a Rojo acerca de la situación de la gran unidad que dirigía. Señalaba la falta de mandos, de cómo existían secciones mandadas por cabos y batallones mandados por tenientes, e indicaba que las promociones que se efectuaban en la Escuela Popular de guerra de Barcelona eran claramente insuficientes, instando a promocionar a más candidatos o bien a permitir que las promociones se llevaran a cabo en el mismo seno de las unidades. Cifrabas el número de bajas de su unidad en 41.188 personas, teniendo en cuenta los muertos y heridos en las acciones del Ebro y del Segre, y solicitaba su inmediata reposición. Pero quizás el punto más llamativo de su informe era aquel que indicaba la penuria de medios materiales, solicitaba 9000 fusiles individuales, 300 fusiles ametralladoras, 460 ametralladoras, morteros y 12 baterías antiaéreas. El ejército del Este se hallaba absolutamente desprotegido frente a los ataques aéreos; en un frente de doscientos kilómetros, señalaba Perea, no existía ni un sola batería antiaérea, de manera que no existía más remedio que construir refugios para eludir los ataques de la aviación. Pero como también se carecía de hormigón, había que construirlos con procedimientos de construcción de la llamada fortificación de campaña, lo que les hacía más endebles. El capítulo de la alimentación tampoco ofrecía ninguna duda; sólo existían víveres para dos días, en lugar de los ocho reglamentarios que debían existir en los depósitos.

Rojo era consciente de esos problemas, y cifraba la supervivencia republicana en la capacidad de obtener abastecimientos, tanto de alimento como de material de guerra, y sobre todo en la posibilidad de mantener una moral exaltada y una organización del ejército continuamente perfeccionada. Sugería que Estados Unidos y la URSS podían aprovisionar de víveres y de equipos bélicos, de forma regular o por medio de acciones de contrabando organizado a gran escala. Esas

gestiones podían llevarse a cabo, pero después el problema era traspasar la frontera, cuando ésta, como entonces, se hallaba cerrada, o desafiar el bloqueo marítimo.

La propuesta de Rojo de remodelar el ejército realmente era difícil de llevar a cabo en aquellas circunstancias; deseaba purificar los organismos del Estado y perseguir a los emboscados de la retaguardia. La situación se hallaba ya muy viciada, y las disensiones políticas se veían agravadas con el continuo fracaso en la contienda. Los apoyos de Negrín eran cada vez más escasos, los comunistas se veían obligados a continuar prestándole su ayuda, como decía Togliatti, había que *“defenderle de sus enemigos, que eran al mismo tiempo nuestros enemigos, y esforzarnos por ayudarle y obligarle a corregir sus defectos”*(299 de Moradiellos), pero en la medida que le apoyaban crecía la hostilidad hacia Negrín y hacia el comunismo. Azaña a la cabeza, los diferentes partidos republicanos, prietistas y caballeristas, se encontraban directamente en contra.

Era evidente que Cataluña sería el siguiente lugar de operaciones, y como tantas veces, Vicente Rojo aconsejaba una ofensiva en otro territorio, activar los demás frentes y defender Cataluña atendiendo a un plan que se basara en la maniobra y en la resistencia. En eso se basaba la defensa activa republicana desde que Rojo estaba al frente de los organismos rectores del ejército, en una maniobra diversiva que obligara a Franco a trasladar sus reservas desde la región catalana y retardara así el ataque en la zona.

El 6 de Diciembre se dictó el plan concreto de operaciones, que comprendía una maniobra escalonada en tres fases. En la primera se procedería a un desembarco en la costa de Granada por Motril; en la segunda un ataque principal en el frente Córdoba-Peñarroya y en la tercera un ataque complementario en el frente del Centro para cortar las comunicaciones del adversario con el frente de Extremadura. Miaja, jefe del Grupo de Ejércitos de la zona Centro Sur se negó a ejecutar las órdenes del alto mando republicano, y Negrín y Rojo no tuvieron más remedio que aceptar su desobediencia; era la primera de muchas que vendrían después. Los argumentos de Miaja eran categóricos, sin víveres ni armas en la zona no podía emprenderse ninguna operación ofensiva. Ciertamente contaba con

más de quinientos mil soldados, pero no tenía más que 230.000 fusiles y 4800 fusiles ametralladoras, poseía 683 cañones, pero más de la mitad se hallaban averiados, y poco podía hacerse con 68 tanques y 193 blindados. La aviación republicana era escasa, tres escuadrillas de Natachas, biplanos de ataque a tierra de escasa calidad, dos de bombarderos Katiuskas y unos 25 cazas.

Por aquellas fechas, Hidalgo de Cisneros fue comisionado para gestionar un empréstito en la URSS y adquirir armas .El material fue embarcado y llegó a tiempo a Burdeos y otros puertos de Francia, pero llegó tarde a Cataluña por las dificultades que pusieron las autoridades francesas.

El 10 de Diciembre de 1938 la presión de los italianos y la opinión favorable de los generales de su Estado Mayor decidieron a Franco a intervenir en Cataluña; para ello dispuso que se establecieran en ese frente 300.000 hombres. El Ejército del Norte, que dirigía Dávila , poseía seis cuerpos, uno de ellos italiano, que había sido remodelado hacia poco tiempo, y que aunque Franco hubiera preferido en un segundo lugar, ocupaba un lugar preeminente, en la cabecera del despliegue. Junto a ese CTV dirigido por Gambarra, se hallaba en ese sector central el Cuerpo de Navarra, de Solchaga. En el Norte estaban los cuerpos de Urgel ,de Muñoz Grandes y de Aragón, de Moscardó, situados más o menos frente al Ejército del Este republicano. En el Sur los cuerpos marroquí de Yagüe y del Maestrazgo, de García Valiño. Todos esos cuerpos estaban protegidos y apoyados por la aviación; la Legión Cóndor protegía a los cuerpos marroquíes y de Navarra; la Aviación legionaria al CTV y las dos brigadas de aviación española a los cuerpos del Maestrazgo, Urgel y Aragón.

Algunos italianos habían sido evacuados en contrapartida con las Brigadas Internacionales el 15 de Octubre, pero la División Littorio había permanecido en España .Aquellos doce mil hombres integrarían una división italiana y formarían parte de tres divisiones con soldados españoles y mandos italianos y españoles, unos 35.000 hombres en su conjunto, mientras que el material era íntegramente italiano. Constituirían el CTV, designado por los españoles Cuerpo del Ejército de Tropas Voluntarias, una fuerza de élite. Sus jefes serán Gambarra, Bitossi, Babini,

La Perla y Batisti, y las presiones del primero sobre Franco reservaron a ese cuerpo una acción importante.

Durante los primeros días de Diciembre la aviación franquista actuó ininterrumpidamente sobre algunas ciudades costeras y puertos catalanes. Pero no fueron las únicas, también algunas ciudades del interior como Cerverá y Gavá sufrieron esos bombardeos .Barcelona, Badalona y Mataró fueron sistemáticamente hostigadas .Los bombardeos generaban impotencia y desconcierto, porque ni la población civil ni las autoridades sabían cómo debían actuar frente a unos ataques que llegaban de improviso, y que en pocos minutos devastaban amplias zonas. Era una estrategia militar que atacaba directamente a los habitantes de la ciudad y les sumía en una conmoción; se venía practicando desde 1937 en Barcelona, aunque el bombardeo de marzo de 1938 fue el de mayor amplitud y dureza. En aquella ocasión durante cuarenta y una horas se produjeron doce ataques masivos y se lanzaron cuarenta y cuatro toneladas de bombas. La población huía en busca de un refugio, y la situación se agravó por la explosión de un camión cargado de trilita que había sido impactado por una bomba. Dos manzanas enteras habían ardido y se había especulado con la invención de un nuevo explosivo, de "*aire liquido*" En Diciembre de 1938 se volvían a vivir situaciones dantescas, cuando la aviación franquista practicaba el "*bombardeo por saturación*". Con un intervalo de tres horas se arrojaban toneladas de bombas, pero ahora caían sobre una población absolutamente agotada, desnutrida y moralizada, que no acababa de ver el final del conflicto. En Diciembre del 38 ya existían algunos refugios, de los mil que llegó a haber en la ciudad, algunos improvisados, pero la mayor parte de las veces diseñados por Ramón Perera, un desconocido ingeniero barcelonés que fue nombrado jefe de construcción de refugios por la Defensa Pasiva de Cataluña .Se intentó promover una resistencia como en Madrid, pero el tiempo no había pasado en balde, y pocos acudieron a la llamada de la Defensa.

El mal tiempo retrasó las operaciones en Cataluña y Perea nos refiere cómo los combatientes del Ejército del Este esperaban la embestida anunciada y los altavoces del ejército no cesaban de funcionar día y noche desafiando a los

franquistas, insultando a sus jefes a los que acusaban de temer la lluvia y la niebla, y repitiendo como cantinela “! *Qué salga el toro, que salga el toro!*”. El 23 de Diciembre de 1938 la artillería franquista comenzó la ofensiva, durante dos horas hostigó las posiciones republicanas, y más tarde dejó paso a la aviación. Los dos puntos básicos del ataque se concentraron en Tremp, donde el XI Cuerpo republicano fue atacado por los Cuerpos de Urgel y del Maestrazgo, y más al sur, en el sector de Serós, al sur de Lérida, donde el CTV y el Cuerpo de Navarra cayeron sobre el Ejército del Ebro, concretamente sobre el XII Cuerpo republicano, que fue ampliamente desbordado. La concentración de piezas de artillería y los ataques continuos de la aviación franquista provocaron una desbandada de los republicanos, y propició que en una sola jornada el CTV rompiera el frente y se encontrara con que no había fuerzas republicanas organizadas. Perea critica la táctica defensiva utilizada por los republicanos, que se dedicaron a colmatar, es decir, taponar la brecha abierta por los italianos, cuando realmente era imposible frenar el avance de las fuerzas enemigas motorizadas y blindadas, y asegura que hubieran sido más eficaces varios contraataques por los flancos de las fuerzas enemigas, pero siempre es más fácil opinar cuando se trata de enjuiciar la labor de otro. En realidad la brecha estaba ya abierta en el ánimo de los carabineros que huyeron y de los soldados republicanos que vinieron a continuación.

El día 24 el azar favoreció a los republicanos, se encontró en un soldado muerto la orden de operaciones del CTV y se pudo organizar un contraataque contra los flancos italianos; el V Cuerpo con dos compañías de blindados y el XV Cuerpo republicanos, con dos batallones de blindados acudieron a salvar la situación. Los combates fueron encarnizados, a campo abierto, sin ninguna protección de fortificación alguna ni la posibilidad de ser relevados, en medio de un combate aéreo entre los dos ejércitos y del fuego artillero. Consiguieron detener el avance franquista durante más de diez días.

Perea y sus hombres del ejército del Este resistieron once días entre Tremp y Artesa, hasta que el 4 de enero, el cuerpo de ejército de Aragón, el de Urgel y Maestrazgo consiguieron entrar en Artesa del Segre .Al día siguiente Rojo daba la

orden de que se replegaran las unidades que resistían difícilmente en la bolsa del Segre, era consciente de que se habían agotado las reservas generales y de que las unidades en línea eran constantemente amenazadas de desbordamiento.

El CTV consiguió avanzar rápidamente; ocupó Castellodons y cruzó el canal de Urgel, y tomó Les Borges Blanques y más tarde alcanzaron la carretera de Lérida a Tarragona. Para aliviar la presión, el Ejército del Centro intentó una última maniobra de distracción en Valdesequillo, pero no sirvió para sus propósitos.

La segunda fase de la batalla de Cataluña se desarrolló entre el 6 y el 15 de Enero; en el sur los cuerpos italiano y marroquí entraron en Tarragona ese último día, concluyendo la maniobra iniciada el día 23 de Diciembre. En el Centro, los Cuerpos de Aragón y del Maestrazgo consiguieron ocupar Cervera y desbordar Igualada .

El 12 de Enero de 1939 Negrín decretó la movilización de los últimos reemplazos posibles, que agrupaban a hombres mayores de cuarenta años, y la utilización de todos los ciudadanos de ambos sexos entre diecisiete y cincuenta y cinco años.

Se agravó el problema de las deserciones que venía preocupando en todo el frente catalán desde hacía algún tiempo. Las movilizaciones anteriores habían llevado al frente a hombres no voluntarios, entre los 19 y 20 años y a otros mayores de 32 años. Hijos de pequeños propietarios o payeses, casados y con hijos los segundos, habían tratado de eludir su responsabilidad y no habían acudido más que cuando no habían tenido más remedio. El contacto con la realidad de la guerra y su indiferencia política, les hacía proclives a la huida y susceptibles de sucumbir a los altavoces enemigos. A estas alturas de la guerra tenían meridianamente claro cuál era el bando de los vencedores.

El ejército republicano se desplomaba, la moral de la retaguardia se hundía y la amenaza se cernía directamente sobre Barcelona. Los comunistas intentaron, como en Noviembre de 1936, fomentar el entusiasmo entre la población y promover la resistencia, pero la fatiga de la guerra lo imposibilitaba. De nada sirvieron las pancartas por las calles en las que se leía “Barcelona, otro Madrid, fortificada”, o las acciones de algunas mujeres arrancando adoquines para

construir barricadas. Nadie parecía dispuesto a seguir luchando, se quería acabar cuanto antes.

El 21 de Enero se incorporó al frente republicano la 196 Brigada, creada rápidamente por el Ejército del Centro; su llegada fue una inyección de moral momentánea; al poco de entrar en combate sus hombres se unieron a la masa de fugitivos civiles y militares que huían a Francia. Al día siguiente el Gobierno Negrín celebraba el último Consejo de ministros en Barcelona y declaraba, muy tarde, el estado de guerra en todo el territorio. El 23 de Enero comenzaba la marcha de los organismos oficiales a Gerona, y Companys y Aguirre salían de la ciudad al tiempo que dos mil guardias de asalto destinados en Barcelona

El 25 de Enero los franquistas atravesaron Llobregat y las unidades encargadas de defender la ciudad ya no constituían un ejército, sino que eran grupos de hombres de nula utilidad militar; aunque se había reabierto la frontera y habían llegado las armas rusas ya era tarde, no era posible activar la resistencia.

Hacia las cuatro de la tarde del día 26 de Enero las tropas de Dávila desfilaban por la ciudad que se les entregaba sin lucha; mientras, las carreteras que conducían a Francia rebosaban de una ingente cantidad de tropas republicanas y de civiles en busca del exilio.

El Gobierno de la República intentaba instalarse en Gerona, pero fue imposible; el caos y los bombardeos continuos lo desaconsejaron. El 1 de Febrero se llevó a cabo la última sesión de las Cortes republicanas en el castillo de Figueras. Negrín dio cuenta de la situación y mostró su determinación de continuar la lucha en la zona centro, al menos para tratar de conseguir una paz honrosa. Formuló una propuesta de paz basada en tres puntos, la independencia de España, la iniciativa para que el pueblo español eligiera el régimen y el destino que deseara y el cese de la persecución y de las represalias. Pero ya no estaba en condiciones de imponerla.

El 4 de febrero Azaña, Companys y Aguirre se refugiaron en Francia. Negrín, que les había acompañado, regresó a España. Las barreras francesas se levantaban al día siguiente para permitir el acceso al ejército vencido. Un testigo presencial describe la situación “*Soldados sucios, barbudos, abatidos por la derrota, civiles*

que deciden seguir el mismo camino, forman una interminable riada, desconocedores de lo que les iba a deparar el destino. En sus ojos, con la mirada vuelta hacia atrás , un triste destello(..)”

EL FINAL DE LA GUERRA

La pérdida de Cataluña supuso un duro golpe para la República y ahondó aún más en las divergencias que existían entre los responsables políticos. Arreciaban las críticas y se instalaban los rencores y acusaciones que llevaban algún tiempo fraguándose y que se convertirían en una rutina durante el exilio. Algunos, como Azaña, consideraban que la guerra había concluido, y que no quedaba más que un intento de negociación para una paz honrosa, en realidad llevaba ya mucho tiempo manteniéndolo; otros, como Negrín, no veían más salida que continuar luchando hasta que se obtuvieran garantías de que no existirían represalias contra los vencidos. Rojo era consciente de la imposibilidad de modificar la situación y optó por permanecer en Francia, una actitud que le merecería las invectivas de muchos, pero el desánimo y la frustración eran monedas corrientes en aquellos momentos. No fue el único militar de alta graduación que permaneció en suelo francés, también lo hicieron Jurado y Hernández Saravia .Entre los políticos, Azaña y Giral se negaron a volver a España.

Negrín consideraba que debía asumir sus responsabilidades, no era un iluso ni un inconsciente, tan sólo creía que su lugar estaba en su país, y que su misión concluiría cuando lograra una negociación que asegurara la retirada de los combatientes, tanto militares como civiles, que hubieran contraído graves responsabilidades, por ello regresó a España .Sus primeros contactos fueron con Miaja y Matallana el 10 de febrero, quienes mostraron abiertamente su sorpresa y su frialdad; al día siguiente se reunió el gobierno, que con la excepción de Giral estaba de nuevo en el país y se trasladaron a Madrid. La determinación de

Negrín era clara, se iban todos o se hundían juntos, pero su soledad era absoluta, y su figura era cada vez más cuestionada.

Tan sólo los comunistas daban muestras de apoyarle aunque en realidad seguían su propia política, pero al unir sus destinos se convertían en los chivos expiatorios de toda la situación. Parece claro que Negrín no estaba de acuerdo en ocasiones con ellos, y también parece evidente que le instrumentalizaron, pero de ahí a hacerles cargar con todas las culpas, media un abismo. Tampoco puede decirse que la actitud de los comunistas en aquel momento fuera muy acertada; no podía hacerse una autocrítica como ellos hacían de lo sucedido en Cataluña apelando a la cobardía de los demás ni a las traiciones de los “capitulacionistas” ni a la debilidad del gobierno fruto de las intrigas constantes. No mejoraba las cosas la conferencia del PCE de Madrid del 9 y 11 de Febrero de 1939 en la que se señalaba claramente a Miaja y a Casado como traidores.

El 16 de Febrero Negrín convocó a los altos mandos militares en la base militar de los Llanos, cerca de Albacete; acudieron Miaja, jefe del grupo de ejércitos, Matallana, jefe de su Estado Mayor, Casado del Ejército del Centro, Menéndez de Levante, Moriones de Andalucía, Escobar de Extremadura, Buiza jefe de la flota, Bernal, jefe de la base naval de Cartagena y Camacho, jefe de la aviación de la zona sur. En esa reunión Negrín expuso los resultados de las gestiones que había llevado a cabo con los gobiernos británico y francés y su esperanza de que pudiera variar la coyuntura internacional, concluyendo que no existía más solución que seguir resistiendo. Casado y Matallana argumentaron que la desmoralización y la escasez de material bélico y de transportes desaconsejaban la resistencia, y otros como Menéndez, Escobar, Camacho y Moriones creían que podían resistir cinco meses más con sus quinientos mil hombres, pero se cuestionaban si merecía la pena, ya había existido suficiente número de víctimas. La intervención de Buiza sorprendió por su dureza, amenazó con la retirada de la flota si el 4 de Marzo no se había negociado la paz.

La situación del Gobierno no era envidiable; sin sede fija, con dificultades para comunicarse entre sí, con imposibilidad en ocasiones de trasladarse a algún lugar

por falta de transporte; entretanto, se multiplicaban las confabulaciones y las reuniones a dos y a tres bandas. Franco acababa de ser reconocido por el gobierno francés y Azaña había dimitido el día 27 de Febrero, asumiendo Martínez Barrio sus atribuciones.

La conspiración de Casado extendía sus alas a todos los sectores militares y civiles; excepto los comunistas y los socialistas fieles a la Comisión Ejecutiva, los grupos políticos, republicanos, anarquistas y socialistas, confiaban en la deposición de Negrín como garantía de la firma de una paz inmediata. Los apoyos internacionales habían quedado patentes en el Pacto de Munich y el desinterés de los soviéticos era una evidencia, Negrín era el último obstáculo. Hacía ya tiempo que Casado había contactado con los servicios secretos franquistas y que las conversaciones con Julián Besteiro, con Cipriano Mera y los representantes de los partidos republicanos habían perfilado una Junta o Consejo de Defensa que negociara la paz.

En las proximidades de Elda, en una finca denominada El Poblet, conocida en términos militares como "Posición Yuste", el último gobierno de la República se asentó provisionalmente. Allí recibió el día dos de Marzo Negrín de nuevo a Matallana y a Casado, comunicándoles que cuatro días más tarde se dirigiría al país por radio. Los preparativos del golpe se aceleraron. Ese mismo día Buiza estaba en Cartagena en franca rebelión, no en vano había advertido que la flota abandonaría sus posiciones y así se lo informó a los jefes y comisarios. Tras un enfrentamiento con Paulino Gómez, ministro de la Gobernación, Negrín decidió sustituirle.

El 3 de marzo se publicaban los nuevos nombramientos, Francisco Galán se convertía en jefe de la base naval de Cartagena y Etelvino Vega, comunista como el anterior, era designado comandante militar de Alicante. Se disolvía el grupo de ejércitos del Centro, lo que significaba un puesto honorífico más que efectivo para Miaja y se designaba a Matallana jefe del Estado Mayor central en tanto no regresara Rojo, que ya había dicho por activa y por pasiva que no lo haría. Esos nombramientos fueron un pretexto para el desencadenamiento de los hechos, y se vieron, porque así interesaba en ese momento, como la evidencia del

inminente golpe de Estado comunista, que nunca existió. Negrín no trataba más que situar en los puestos claves de las provincias de Levante a personalidades enérgicas, que pudieran mantenerlas en manos de la República. Togliatti con su lucidez acostumbrada apuntaba *“Si hubieran sido provocadores, no lo hubieran hecho mejor”*,

En Cartagena coexistían tres tramas conspirativas; confabulaban los casadistas, dirigidos por Ramírez, jefe del Estado Mayor de la flota; otra trama estaba dirigida por Oliva, jefe del Estado Mayor de la Base, pero también existía la quinta columna, dirigida por el comandante de artillería Arturo Esplá. Cuando el día 4 Galán llegó a hacerse cargo de la base naval, los franquistas, sin contar siquiera con Burgos, se sublevaron y le detuvieron. Buiza amenazó entonces con cañonear la Base si no eran liberados Galán y Ramírez y en una confusión total en la que no faltó una incursión aérea italiana que hundió un destructor, éstos fueron liberados, subieron a los buques y abandonaron España en dirección al puerto argelino de Bizerta.

La 206 Brigada, mandada por Artemio Precioso, alertada anteriormente por Galán, conquistó toda la ciudad, salvo el Castillo de la Concepción al atardecer de ese mismo día. Burgos envió a los sublevados un convoy naval con tropas franquistas; el almirante Moreno, conociendo que la ciudad había sido recuperada por las fuerzas republicanas, ordenó la retirada de los barcos, pero dos de ellos, que no contaban con radio, penetraron en el puerto; el Castillo de Olite fue destruido por la artillería de costa, pereciendo los más de 2000 hombres que iban a bordo.

El domingo cinco de Marzo Negrín convocó un Consejo de Ministros en Elda y citó a Miaja, Casado y Matallana. Este último acudió, pero Miaja, con su estilo de siempre, consiguió zafarse de la invitación; Casado, que acababa de ser nombrado Jefe de Estado Mayor se negó literalmente a desplazarse. Negrín seguía enfrascado en sus tres posibles alternativas, la negociación de una paz sin represalias, el beneficio de un agravamiento de la situación internacional y la retirada escalonada y ordenada por Levante.

Al tiempo que se reunía el gobierno en la Posición Yuste , en los sótanos del ministerio de Hacienda de Madrid se daban cita Casado, Besteiro, Wenceslao Carrillo, socialistas, los dirigentes de la CNT local García de Pradas, Marín y del Val; el general Martínez Cabrera, socialista y gobernador de Madrid, el coronel Prada, el teniente coronel López Otero, Pedrero ,socialista y jefe del SIM de Madrid ,Cipriano Mera, anarquista,y Miguel San Andrés, de Izquierda Republicana. A medianoche Besteiro comenzó a hablar por la radio y argumentó que desde la dimisión de Azaña y la ausencia de los diputados , el Gobierno de Negrín carecía de legitimidad; un Consejo Nacional de Defensa acababa de constituirse y el poder legítimo de la República estaba transitoriamente en manos del poder militar. Mera vino a decir que a partir de aquel momento España tenía un gobierno y una misión, la paz, pero una paz honrosa, basada en postulados de justicia e igualdad. Finalmente Casado pidió la paz, pero aseveró que no se abandonarían las armas hasta que no se tuviera la certeza de que habría una paz sin crímenes. Esa Junta sería presidida por Miaja, ausente en ese momento, y desempeñarían los cargos más importantes Casado, en Defensa, Besteiro en Estado y Wenceslao Carrillo en Gobernación.

Durante la madrugada hubo conversaciones entre los sótanos del Ministerio de Hacienda y la posición Yuste, pero el diálogo fue brusco y desabrido. Casado mostró su determinación de seguir con el golpe adelante, y ninguno de los ministros consiguió convencer a sus correligionarios de que desistieran de su actitud .Matallana, reclamado por Menéndez, pudo abandonar la posición Yuste. A las cinco de la mañana Negrín consideró que la situación estaba perdida y pidió a Giner que solicitara el envío de unos aviones desde el aeródromo de los Llanos. Por la tarde, desde el aeródromo de Monóvar partían en un avión Douglas Negrín y sus ministros. Poco después lo hacían Dolores Ibárruri, Cordón, Sánchez Mazas,Rafael Alberti y Maria Teresa León.

A las diez de la noche se reunieron los cuadros dirigentes comunistas en la casa denominada Posición Dakar en la que habían permanecido hasta el último momento Negrín y sus ministros y las personalidades comunistas. Con ellos estaba Uribe, que se había negado a salir con el Gobierno, y Palmiro Togliatti,

conocido como Alfredo. Analizaron la situación y Modesto y Lister reconocieron que el Partido Comunista no poseía fuerza para dominar por sí mismos la situación. Pablo Checa, Claudín y Togliatti fueron los únicos que no montaron en los últimos aviones aquella noche, cuando las fuerzas de Casado ocupaban ya los lugares próximos; debían comunicar las decisiones adoptadas y crear las bases de la clandestinidad. Consiguieron salir el 24 de Marzo, en situaciones muy difíciles, tras haber sido detenidos y después liberados.

En Madrid, desde la madrugada del seis de Marzo el Consejo determinó la detención y destitución de los comunistas, en un claro gesto de Casado de congraciarse con Franco. La situación era confusa, los comunistas creían que Negrín seguía en el país y desconocían que los máximos dirigentes del Partido habían abandonado España, por eso no aceptaban la autoridad del Consejo. En previsión de lo que pudieran llevar a cabo, las tropas de Mera se distribuyeron por la ciudad.

Barceló, comunista y jefe del I Cuerpo, movilizó a su primer cuerpo de ejército para cerrar todas las entradas de la capital. Ocupó Nuevos Ministerios, el parque del Retiro y el anterior cuartel del ejército de la Alameda de Osuna. Durante los enfrentamientos, tres de los coroneles de Casado y un comisario socialista resultaron muertos. Los coroneles Bueno y Ortega enviaron tropas del 2 y 3 cuerpo de ejército en apoyo de Barceló. De esta manera, la mayor parte del centro de Madrid quedó bajo el control de los comunistas.

Cipriano Mera contraatacó con el IV Cuerpo de Ejército, y su 12ª División ocupó Alcalá y Torrejón. Madrid se convertía en escenario de una nueva guerra civil dentro de la guerra civil, en este caso, entre republicanos.

Casado llegó a parlamentar con el Partido Comunista, concretamente con Mendezola la noche del 8 al 9 de Marzo, pero los comunistas no podían tomar ninguna decisión, puesto que no podían contactar con ninguno de los escasos miembros del Comité Central que permanecían en España, de manera que la lucha continuaba. Las tropas de Mera seguían avanzando, habían reconquistado

el puesto de mando Jaca de la Alameda de Osuna .El día 10 llegó a Madrid Montoliú, comunista, con instrucciones de la dirección del Partido. Mera ya dominaba los lugares estratégicos de la ciudad y Casado ofrecía liberar a aquellos comunistas “*que no fueran criminales*”;finalmente se decidió negociar un alto el fuego que sería efectivo a las ocho de la mañana del día 12.El balance de las víctimas de aquellas jornadas se calcula en unas dos mil personas, a las que hubo que añadir los fusilamientos de Barceló y del comisario José Conesa. Casado intentaba negociar con Franco, pero pronto quedó claro que éste no estaba dispuesto más que a una rendición incondicional. El 26 de Marzo de 1939 los franquistas se dispusieron al avance definitivo. Extremadura cayó sin resistencia, más tarde Almadén y algunas localidades de Toledo. El 28 de Marzo las tropas republicanas que defendían Madrid se entregaron .Una tras otra se iban rindiendo las últimas ciudades republicanas, Alicante, Jaén, Cartagena, Cuenca y Guadalajara. El ejército republicano se fue poco a poco rindiendo, o simplemente retornando a sus domicilios, aunque muchos de ellos se echaron al monte; el avance de los franquistas no dejaba la más mínima duda de lo que se avecinaba, el campo de concentración, el exilio o la muerte.

Casado, saldría de Gandía con todo su Consejo, excepto Besteiro, que se negó a hacerlo, el día 30 de Marzo en un buque inglés, Galatea .En el puerto de Alicante unas quince mil personas se agolpaban ese día; eran jefes militares, políticos, combatientes, miembros de partidos políticos, mujeres y niños, esperando en vano los barcos que les trasladaran fuera de España; Gambara, que se ocupó de su rendición ,leyó con estupor las órdenes de Saliquet, “*que se les reduzca por las fuerzas de las armas*”. Era el lenguaje de la Victoria.

El 1 de Abril de 1939 Franco dictaba el último parte de guerra, “*En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado*”.